ANDREA HARTUNG

ARCHIVO CRIMINAL



El mal está en todas partes

Planeta


ARCHIVO
CRIMINAL

Este libro no podrá ser reproducido, ni total ni parcialmente, sin el previo permiso escrito del editor. Todos los derechos reservados.

© 2023, Andrea Hartung
Derechos exclusivos de edición:
© 2023, Editorial Planeta Chilena S.A.
Avda. Andrés Bello 2115, 8º piso, Providencia, Santiago de Chile

1ª edición: julio de 2023

Diseño de portada: Isabel de la Fuente

ISBN: 978-956-408-371-1
ISBN digital: 978-956-408-385-8
RPI: 2023-A-4602

Diagramación digital: ebooks Patagonia
www.ebookspatagonia.com
info@ebookspatagonia.com

ANDREA HARTUNG

ARCHIVO CRIMINAL

El mal está en todas partes

Planeta

ADVERTENCIA

Las historias vertidas en las siguientes páginas son reales. Se relatan asesinatos, secuestros y obsesiones, que involucran a personas que viven o vivieron. Esto podría afectar negativamente a los más sensibles y a menores de edad. Si decides leer este libro –y espero que así sea– se recomienda discreción.

La autora

«No quería hacerle daño a aquel hombre.
A mí me parecía un señor muy bueno.
Muy cortés. Lo pensé así hasta el
momento en que le corté el cuello».

TRUMAN CAPOTE, *A sangre fría*

ÍNDICE

El gusto por la sangre

1. Cultos y sectas

2. Psicópatas entre nosotros

3. Niños asesinas

4. Amor prohibido murmuran tras las rejas

5. El valor de una vida

6. Síndrome de Estocolmo

7. ¿Existe el crimen perfecto?

8. Maratones que no se corren

9. El clic

Agradecimientos

EL GUSTO POR LA SANGRE

Todo comenzó cuando estaba en la universidad. Me había ido a descansar al departamento de mis abuelos, cuando encontré entre sus repisas un libro titulado *Helter Skelter*. Estaba que se desarmaba, la portada colgaba y las páginas eran de esas amarillentas con olor a viejo. Una maravilla.

De pura curiosidad empecé a leerlo y entré en un mundo desconocido, pero extremadamente envolvente. El libro, contado por el fiscal a cargo del caso, Vincent Bugliosi, y el escritor Curt Gentry, relataba momento a momento todo lo relacionado con la investigación de los asesinatos en la casa de Roman Polanski, donde murió su esposa Sharon Tate y un grupo de amigos, y del matrimonio LaBianca.

Así fue como conocí a Charles Manson y a la Familia: la secta que formó en un rancho californiano y cuyos crímenes resuenan en el cine, la literatura y la televisión, hasta el día de hoy.

El libro tenía fotos censuradas de las escenas del crimen, transcripciones de entrevistas y confesiones, y más información de la que podía procesar en una sentada. Pero además fue una puerta de entrada: nació en mí la necesidad de buscar videos sobre los juicios, entrevistas a testigos y, por supuesto, las fotos de escenas del crimen que el libro eligió censurar por buen gusto.

Aunque en teoría se trataba de un crimen resuelto, con los culpables tras las rejas, había algo que aún no estaba dicho: cómo Manson lograba que jóvenes estadounidenses le entregaran su cuerpo y alma, y fueran capaces de cometer los crímenes más terribles solo por instrucción suya. Y qué motivó a un hombre como Charlie para hacer estos requerimientos. ¿Qué vacío intentó llenar reuniendo a un grupo de personas en torno a él y a sus mandatos?

No lo sabía entonces, pero estaba entrando en un género que hoy conocemos como *true crime* (crímenes reales) y que se ha convertido en una industria que parece no tener límites. Miles de libros se han escrito sobre distintos casos y sobre las historias de sangrientos asesinos en serie y psicópatas. Millones sintonizan a diario un canal del cable dedicado exclusivamente a relatos criminales, y las plataformas de *streaming* no dejan de publicar documentales al respecto, desde que *Making a murderer* –un documental que logró convencer a la opinión pública sobre la inocencia de dos condenados por asesinato– rompió todos los récords de transmisión posibles.

En Instagram, la etiqueta #truecrime tiene más de 1,1 millones de publicaciones, mientras que en TikTok el contenido con #truecrime ha sido reproducido más de 12,6 mil millones de veces. En YouTube se publican cientos de videos sobre estos temas al día, y no faltan los pódcast, donde locutores con voces lúgubres relatan paso a paso cómo un asesino se convirtió en tal y cómo cometió sus terribles crímenes. Sin ir más lejos, en el 2020 las podcasteras que más lucraron con su contenido fueron las creadoras de *My favourite crime,* Karen Kilgariff y Georgia Hardstark. Mensualmente, su contenido se descarga treinta y cinco millones de veces y en el 2019 se llevaron un botín de quince millones de dólares. Nada mal.

Y aunque las redes sociales –como con todo– hicieron que esto explotara y le dieron un nombre, no es un género nuevo. Lo conocimos antes como crónica roja, como noticias policiales. Lo vimos en el mítico *Rescate 911*, o en *Mea culpa*, que el año pasado volvió con una nueva

temporada. Y lo vemos en los matinales, donde pasan horas hablando sobre asaltos, portonazos, secuestros y otros hechos delictuales que inevitablemente impulsan el *rating*.

De acuerdo con un artículo publicado en la revista *Time* en abril del 2020, las principales consumidoras de *true crime*, al menos en Estados Unidos, son mujeres. Ellas componen el 75 % del público de este tipo de pódcast y son el 80 % de los participantes de los CrimeCon, o convenciones donde especialistas y aficionados se reúnen para hablar de crímenes. Sí, igual que las ComicCon pero, en vez de discutir sobre la nueva película de Batman, comentan casos de crímenes reales.

Según explican en la nota, la psicología apunta a que el interés del público femenino por este tipo de contenido responde de manera sencilla y a la vez terrible: quizás las mujeres se sienten más atraídas al *true crime* porque encuentran en él herramientas de supervivencia o porque les gusta pensar qué hubieran hecho ellas en esas situaciones. O qué harían si les pasara algo similar.

Y es que somos las mujeres las que aprendimos a llevar las llaves con la punta hacia afuera entre los nudillos cuando caminamos por una calle solas. Somos las que les avisamos a nuestras amigas que llegamos sanas y salvas –y vivas– y somos las que activamos el rastreo cuando andamos en Uber.

Sin duda en esta afición hay mucho morbo involucrado. Porque, a diferencia de ficciones de *thriller* o policiales, acá hablamos de personas reales. Hay un criminal, que tiene una historia detrás, que posiblemente lo convirtió –o jugó un rol importante– en la persona que es. Y tenemos víctimas, de distintos orígenes, edades e historias. También están los detalles terribles, como cuando nos enteramos de que el asesino en serie Israel Keyes maquilló el cuerpo de su última víctima y le pegó los párpados contra la cara, para que pareciera viva en la foto donde pedía recompensa. Y que su esposa e hija estaban a solo metros, en la casa principal.

Son detalles horribles. Son cosas que no debieron haber pasado. Y, sin duda, son situaciones que las personas cercanas a las víctimas y a los victimarios no quieren que conozcamos, y menos a través de relatos sensacionalistas. Pero es como cuando presenciamos un accidente o una situación horriblemente incómoda. No queremos mirar, pero ¿podemos evitarlo? Es como con los chismes. Nos interesan cuando tienen que ver con alguien más, pero cuando estamos en medio ya no nos parecen tan divertidos.

Para justificarnos, tratamos de darle explicaciones un poco más elevadas al gusto por la sangre. En YouTube hay videos de interrogatorios y análisis de los mismos con millones de reproducciones. Una de las partes más interesantes del caso de Chris Watts, en el que el padre asesina a la madre y ahoga a sus dos hijas pequeñas en un estanque de agua, es cuando lo vemos quebrarse frente a su padre al interior de una sala de interrogación, que por supuesto tiene cámaras de seguridad, cuyas cintas fueron publicadas.

Es ese momento, el punto de quiebre del criminal que ya no puede sostener su mentira, el que hace que esto sea más que un baño de sangre bien contado. Eso es muy interesante desde un punto de vista psicológico, porque a lo largo de la historia al asesino le cambia la expresión, el tono de voz, el semblante. Pasa de estar preocupado por su familia a estar confundido y a ser descubierto en cosa de horas. Y eso es muy interesante de observar. ¿Qué los hace confesar? En el caso de Watts fue la presencia de su padre en la sala, a quien simplemente no le pudo mentir como lo había hecho con los demás.

Porque es así cuando recordamos que no estamos frente a monstruos, por mucho que los denominemos así. No son chacales, son personas. Y son personas que, en algunos casos, antes de cometer el asesinato que los hizo famosos se desenvolvían sin problemas en la sociedad.

Por ejemplo, el asesino del Golden State. Joseph James DeAngelo cometió al menos trece asesinatos, ciento veinte robos y cincuenta y una violaciones en California, entre los años 1974 y 1986. No terminó porque lo pillaron, sino porque cambió de estilo de vida. Su identidad fue un absoluto misterio hasta el 24 de abril del 2018, cuando fue detenido luego de que se pudiera comprobar que su ADN coincidía con el encontrado en los cuerpos de sus víctimas.

DeAngelo era un sádico. En una oportunidad, tras haber dejado a una mujer con vida después de haberla violado, la llamó por teléfono. Luego de respirar de forma ruidosa y jadeante, le dijo en el oído, con el único objetivo de seguir torturándola: «Te voy a matar».

Antes de ser aprehendido por las autoridades, la vida de DeAngelo era la de un estadounidense promedio. Jugaba en el equipo de béisbol del colegio y en 1964 se unió a la Marina, con quienes luchó por casi dos años en la guerra de Vietnam. Cuatro años más tarde entró a la universidad, donde se graduó con un título en justicia criminal. Esta carrera aumentó su interés por sumarse a la fuerza policial, primero como practicante por treinta y dos semanas, y más tarde, entre 1973 y 1976, como parte de la unidad que investigaba robos y asaltos.

Tenía sus cosas, eso sí: lo despiden luego de descubrirlo robando un repelente para perros. Sus colegas no lo sabían, pero era algo que usaba para entrar sin problemas a casa de víctimas que tenían mascotas guardianas.

El mismo año que ingresó a la Policía se casó con Sharon Huddle, y en 1980 compraron la casa en la que tiempo después sería arrestado. Pero, para esas alturas, Sharon ya no viviría con él: se separaron en 1991 y, meses después del arresto, la mujer solicitó el divorcio definitivo.

DeAngelo es padre de tres hijos, quienes nacieron en paralelo a que se cometían los crímenes. Luego de la condena, su hija mayor publicó una carta para contar cómo fue crecer con el temido asesino. «Es el mejor padre que pude haber tenido y el mejor abuelo para mi hija. Todo lo que nosotras alguna vez necesitamos él nos lo dio. Mi padre sabe de amabilidad y amor, de empatía y apoyo para los demás».

Así veía la mujer de treinta y ocho años, al momento del arresto, a un hombre que fue capaz de violar y matar a Janelle Cruz, una chica de solo dieciocho años. Un hombre que, en 1977, tres años antes de que naciera su hija mayor, violó a una niña de trece años llamada Margaret Wardlow: la amarró y la amordazó, le vendó los ojos. Hizo lo mismo con su madre, que estaba en el dormitorio contiguo. Para asegurarse de que no fuera a defender a Margaret, apiló platos de loza en su espalda.

«Mi padre sabe de amabilidad y amor, de empatía y apoyo para los demás» resuena junto con el silencio aterrador que la madre de Margaret intentaba mantener, sin mover un milímetro su cuerpo que tiritaba de miedo e impotencia.

¿Cómo es que se puede formar una familia, dormir con una esposa todas las noches y, al mismo tiempo, vivir como si nunca hubiese entrado por las ventanas de chicas inocentes para amarrarlas, violarlas y asesinarlas?

Y en esa línea es que nos preguntamos ¿qué fue? ¿Qué es lo que permite que una persona pueda tener dos caras tan diferentes? ¿Cómo puedes acurrucarte con tus hijos después de haber torturado a sangre fría? ¿Cómo es que un profesional bien posicionado deja a su familia, su trabajo y sus bienes para unirse a una secta, convencido de que el mundo se va a acabar y que solo los escogidos serán salvados?

Hay algo que hace clic. Algo que se rompe dentro de esta persona, que en ciertos contextos se convierte en el rostro del diablo y en otros es un ser de luz violeta. O es que hay algo que

siempre llevan guardado muy dentro de sí, que solo sacan a relucir cuando el momento es oportuno.

Hay niños que han matado porque sí. Porque estaban aburridos, porque estaban enojados o porque creyeron que con eso agradarían a sus amigos.

Alyssa Bustamante tenía quince años cuando el 21 de octubre del 2009 asesinó a Elizabeth Olten de nueve años. La víctima vivía a solo cuatro casas de la adolescente y era una de las mejores amigas de su hermana menor. Ese día, Alyssa le pidió a su hermana que invitara a Elizabeth a jugar al bosque ubicado cerca de sus casas.

Las hermanas vivían con los abuelos, porque su madre tenía problemas de adicción y el padre estaba cumpliendo una condena por un crimen menor. Esto habría generado algunos cambios de comportamiento en Alyssa, quien desde hace un par de años se notaba deprimida y que incluso en una oportunidad había intentado suicidarse.

Pero nada de eso daba como para sospechar que, esa tarde de octubre, Alyssa asesinaría a Elizabeth, a quien estranguló, acuchilló y luego sepultó en una tumba superficial que había cavado previamente. Una de las pruebas para detenerla la encontraron en su diario de vida: «Acabo de matar a alguien. La estrangulé y le corté la garganta y ahora está muerta. No sé cómo me siento en estos momentos. Cuando sales del sentimiento de "oh, dios mío, no puedo hacer esto", empiezas a disfrutar bastante. Estoy algo nerviosa y tiritona, eso sí. Ok, ahora debo irme a misa».

Sí. La vida de Alyssa había sido dura, pese a tener solo quince años. Pero, aun así, nada indicaba que actuaría de manera tan fría y calculada. Era una adolescente que iba al colegio, que tenía amigas y que se identificaba con la estética emo. No era una asesina que de la nada decidió matar a una niñita.

Algo le hizo clic.

Es por eso que el *true crime*, la crónica roja, el género policial, o como le llamemos, es tremendamente interesante. Nos encantaría pensar que los asesinos, los violadores, los secuestradores son solo unos monstruos, pues así nos diferenciamos de ellos. Así no tienen nada que ver con nosotros y podemos seguir nuestras vidas tranquilas, porque esa suciedad no podría tocarnos. No a nosotros, porque no somos monstruos como ellos.

Ahí es donde nos equivocamos.

Porque mientras Alyssa confesaba el asesinato en la sala de interrogaciones, su abuela lloraba sentada en una esquina. No podía creerlo. Su nieta tenía problemas, sin duda, los que asociaba con una adolescencia difícil. Pero no era una asesina. No era un monstruo, era su nieta. Vivía en su casa, iba a la iglesia con ella, desayunaban juntas.

Ni los crímenes más horribles son cometidos por monstruos. Todos fueron llevados a cabo por personas, y, la mayor parte, en pleno uso de sus facultades. No son monstruos, pero están locos. Son personas que viven al margen de la sociedad. Esas son mentiras que nos encanta decirnos para, de nuevo, ponernos al margen. No son como nosotros.

Pero sí lo son.

Son personas que nos acompañan en el metro. Que se frustran y a veces tocan la bocina en los tacos. Hacen la fila en el casino de la empresa y, de vez en cuando, dejan una buena propina cuando salen a comer.

A veces son tu nieta. O tu hermana, o tu hija. Tu mamá o tu papá; tu mejor amigo del colegio o el vecino con el que siempre jugaste a la pelota. Quizás es la persona que duerme contigo todas las noches. O el que maneja el taxi al que te vas a subir mañana.

Cuando Truman Capote lanzó *A sangre fría* en enero de 1966, recibió elogios y fue un éxito rotundo. De hecho, se trata del libro de *true crime* más exitoso en ventas, después de *Helter Skelter*. Algunos lo criticaron porque, pese a ser una obra presentada como «no ficción», tendría algunas citas o situaciones fabricadas por el autor, pero eso no le quitó el título de obra maestra.

¿Qué hace de *A sangre fría* una joya literaria? La prosa, las herramientas que usa el autor, pero también el juego psicológico del que da cuenta y la forma en la que retrata a los criminales: como seres humanos. Algunos pensarán que incluso los humaniza demasiado –¿es eso posible cuando hablamos de personas?– y que tiende a beneficiar a los criminales pese a sus actos, pero sin duda son análisis entretenidos de generar y que se logran gracias al *true crime*.

Hay personas que se molestan cuando se cuenta la vida de los criminales. Que no les interesa que el psicópata de La Dehesa haya tenido una infancia llena de precariedades, lo que importa son los hechos que lo hicieron famoso. Hay quienes eligen ignorar que el ambiente en el que una persona creció va a afectar el tipo de adulto en que se convierta. Porque dicen que así se «humaniza demasiado» a un monstruo, que parece que buscamos justificarlo, que le tengamos lástima a él y no a sus víctimas.

Cuando lo cierto es que, en el *true crime*, cada historia tiene un prólogo, y muchas veces son esas páginas las que explican el libro completo.

Hace un tiempo hice una transmisión en vivo a través de mi cuenta de Instagram sobre Antares de la Luz y la secta que quemó y asesinó a un recién nacido en un fundo de Colliguay. Y fueron más de diez las personas que me escribieron para contarme que entre los seguidores del falso profeta había compañeros del colegio, de la universidad, expinches de amigas o la típica chica tranquila, quitada de bulla, que no se hacía notar en las fiestas.

Y es obvio, si hablamos de uno de los crímenes chilenos más conocidos, realizado por *millennials* con acceso a la educación superior. Pero no eran monstruos. Eran personas que conscientemente consideraron que era una buena idea aislarse de sus seres queridos y dejar sus formas de vida para vivir en comunidad, siguiendo las enseñanzas de un hombre, igual que ellos, que se decía superior.

Todo eso vuelve al *true crime* un género que llama mucho la atención: ¿qué hizo que una persona cambiara tan drásticamente? Y eso nos lleva a una pregunta mucho más personal: ¿qué tendría que hacer clic en mí para que yo hiciera algo así?

Pero ese no es el único motivo por el que estas historias hacen ruido y ganan en el *people meter*.

Hay más.

Existe la justificación de dar visibilidad a una historia, especialmente cuando son casos que no se han resuelto. En la serie *Misterios sin resolver*, por ejemplo, personas cercanas a víctimas piden que se hable más de sus casos para dar con respuestas. Y es que cuando historias locales llegan al mundo entero, aumentan las posibilidades de dar con nuevas pistas y tal vez encontrar la verdad.

Quizás si se muestra un retrato hablado, o si se viraliza la foto de un niño perdido, se podrá llegar a alguien que lo reconozca. ¿Y si escuchando detalles de un crimen sin resolver, una persona descubre que fue víctima del mismo criminal?

Se cuenta que una vez un hombre vio un documental de *true crime*, y que al hacer cruce de información con su infancia se dio cuenta de que al que buscaban era su padre. Bastó que donara sangre para resolver un crimen que llevaba décadas en una carpeta olvidada acumulando polvo y telarañas.

En las próximas páginas les voy a contar sobre algunos de los casos más terribles que se conocen dentro del género del *true crime*. Vamos a entrar en cultos, en la mente de psicópatas, en la lógica –o falta de esta–, en amores asesinos y mucho más. Pero, principalmente, vamos a hablar sobre personas que existieron o que existen. Vamos a contar historias reales, no cuentos tenebrosos. No vamos a hablar de monstruos. Pero sí nos enfrentaremos a crímenes que suceden en el mundo real, que les pasan a personas reales y que son cometidos por otros iguales a ellos.

Porque son estas las historias que asustan de verdad.

1.
CULTOS Y SECTAS

¡Bienvenido a mi culto! ¿Quieres participar? Solo necesitas cumplir con algunos requisitos:

- Seguir al líder sin cuestionamientos.
- Entregarnos tus bienes.
- Aislarte de tus círculos de apoyo.
- Abandonar tu identidad y estilo de vida.
- Cualquier otro requisito que surja en el camino. ¡Todo es perfectible!

Si nunca te has cruzado con un anuncio así de extraño, es porque los cultos y sectas son, por lo general, menos evidentes en sus lógicas e intenciones. O porque muchas veces van de menos a más, y aunque empiezan con las mejores intenciones, pueden terminar en situaciones donde se pone en peligro la vida de sus integrantes o de otras personas.

Aunque a veces empiezan mal y terminan peor.

¿Se imaginan que un par de personas ofrecieran charlas en universidades y centros comunitarios sobre extraterrestres, asegurando que eventualmente ascenderemos en una nave espacial para unirnos a ellos? Supongamos que es algo que puede pasar. Pero supongamos, además, que estas charlas son un éxito y que decenas de personas dejan sus hogares, familias y posesiones para unírseles y prepararse espiritualmente para la eventual partida.

La verdad es que no hay que ir tan lejos con la imaginación. Más bien, hay que volver en el tiempo, a la década de los setenta, cuando un profesor de música llamado Marshall Applewhite conoce a una enfermera de nombre Bonnie Nettles. Hay distintas historias sobre cómo se conocieron, pero parece haber consenso en que Marshall era paciente del área de psiquiatría en un hospital donde Bonnie hacía un reemplazo. Lo que sí está claro es que algo hizo clic entre estos desconocidos, como suele suceder cuando nos cruzamos con alguien e inmediatamente nos sentimos conectados.

La enfermera, que estaba casada y tenía cuatro hijos, se sentía atraída por el mundo esotérico y manejaba mucha información al respecto. Él, divorciado y sin hijos, sintió que Bonnie le hablaba de todos esos temas que siempre le habían interesado y que cada palabra que ella emitía le hacía más sentido que cualquier otra cosa que hubiera escuchado en la vida. Se dio cuenta de que por fin escuchaba la verdad, y se unió a ella en un viaje que duraría décadas y que terminaría con el suicidio masivo con más víctimas realizado en suelo estadounidense.

Se llamaron de muchas formas. Next Level Crew, Total Overcomers, Human Individual Metamorphosis. Pero el nombre que los hizo famosos fue Heaven’s Gate: el portal del cielo. Y es que, para ellos, el cielo físico y el espiritual eran el mismo, y el creador, o dios, o lo que fuera, estaba entre las estrellas y los planetas. Predicaban, en universidades, centros comunitarios y cualquier lugar que se los permitiera, sobre cómo los extraterrestres se llevarían a los humanos a ese plano superior. Contaban que ellos, Bonnie y Marshall, no eran de la Tierra, sino que venían del nivel superior para contarles a los humanos que próximamente iban a viajar al reino de dios en una nave espacial.

Pero, como suele pasar, explicaban que estos seres de luz no se llevarían a todos los humanos, sino que a los que estuvieran listos. Y por supuesto que la única forma de estarlo era siguiéndolos.

Se promocionaban a través de folletos y en algunos medios de comunicación que no dudaron en reportar sobre este grupo de personas que hablaba de extraterrestres. Estuvieron en Colorado,

Washington y Oregón, antes de llegar a California y, tras su paso por esos estados, se reportaron personas perdidas, que simplemente habían desaparecido para seguir al «culto de los ovni». Se trataba de personas que perdían cualquier tipo de contacto con sus cercanos, dejando sus estudios, trabajos y familias, para escuchar a Bonnie y Marshall, quienes a estas alturas se hacían llamar Ti y Do (por las notas musicales. Ti, en inglés, corresponde a la nota «si». Eran fanáticos de *La novicia rebelde*).

Cuando terminaron el *tour* californiano en San Francisco, ya iban con más de doscientas personas, quienes a su vez tenían que abandonar sus propiedades, sus sistemas de creencias y todo lo que los atara a la Tierra. Muchos dejaron a sus hijos pequeños al cuidado de los abuelos.

Una vez que consiguen que un grupo importante de adultos funcionales dejen sus vidas con motivos espirituales, la siguiente fase es de lavado de cerebro, de recalibración de sus creencias. Y esto lo logran a través del aislamiento. No solo se iban, sino que además cortaban nexos: no había llamados telefónicos ni cartas permitidas en el esquema. De hecho, durante una primera etapa, los alienaron completamente de la sociedad, a tal punto que vivieron en total pobreza, durmiendo en carpas y pidiendo limosnas en las calles.

Todos comían lo mismo: muy poco. Porque originalmente, el plan era viajar al espacio en el cuerpo humano, el cual debía estar impoluto, tanto por dentro como por fuera. De más está decir que, incluso entre parejas consolidadas, las relaciones sexuales estaban estrictamente prohibidas, así como cualquier tipo de pensamiento erótico.

Para quienes lo vemos desde afuera –o desde el futuro–nos puede parecer una barbaridad. Pero ¿acaso no estamos nosotros mismos familiarizados con religiones donde el celibato y el ayuno son clave para conseguir la pureza y el pase al cielo? Es que se trata, sin duda, de mecanismos de control con los que se busca dar un carácter espiritual a aquello que es meramente físico. Y en el caso de Heaven’s Gate, seguir alienando a sus miembros y separándolos de todo aquello que eran antes de unirse al grupo.

Eventualmente dejaron la pobreza. No tenía sentido, y los líderes ya estaban tranquilos con la lealtad de la veintena de personas que, pese a todo, optó por quedarse. Armaron una empresa de diseño y, como muchos tenían estudios en tecnología, se dedicaron a la creación de sitios web. Incluso les dieron algunos «beneficios», que en realidad eran mecanismos de control distintos: en 1982 se les permitió llamar a sus familias una vez y en 1983 pudieron ir de visita por el Día de la Madre. Esto cumplía dos objetivos: el primero, sacarse de encima a las familias que los buscaban, contratando investigadores privados y contactando a las autoridades. Y, por otro lado, Bonnie y Marshall podían comprobar quienes, pese a poder abandonarlos, se quedarían con ellos. No más de un par decidió no regresar.

Las sectas tienen que ser moldeables, si no pierden credibilidad luego de cualquier traspié. ¿Recuerdan que, según las enseñanzas iniciales, ascenderían al cielo en sus propios cuerpos? Pues a Bonnie le sacaron un ojo producto de un cáncer, y en 1985 murió. ¿Cómo se explica que la líder hubiera abandonado su cuerpo, que además le resultó imperfecto? Marshall, que desde un comienzo no había sido más que el segundo al mando, tuvo que buscar respuestas con las que pudiera convencer a los seguidores y quizás hasta a él mismo. Y es que si hubiera podido resucitar a Bonnie al tercer día…

Lo qué sucedió, en cambio, fue un ligero cambio de paradigmas. No era, como se dijo antes, que los elegidos fueran a subir a la nave y viajar al cielo con su cuerpo. Después de todo, el cuerpo era imperfecto, impuro, terrenal, mientras que el nivel superior era celestial, perfecto e impoluto. Aquí es donde Heaven’s Gate da un giro verdaderamente peligroso: lo que va a pasar,

explicó Marshall, es que, llegado el momento, dejarán sus cuerpos en la tierra para ascender a la nave solo en espíritu. Ahí los estará esperando Bonnie, con un set de cuerpos nuevos que podrán usar.

Pero no dejarán los cuerpos terrenales de a uno, en la medida en que mueran por causas naturales. Lo harán cuando Bonnie y la nave los pasen a buscar.

La muerte de Bonnie y el cambio obligatorio de creencias llevó a que Heaven's Gate tomara un giro mortal, uno que quedaría marcado en la historia de un país entero, incrédulo ante un desenlace tan brutal. No es raro que algunos líderes de sectas entren en pánico y giren hacia estas salidas cuando las cosas no andan como esperaban o cuando sus profecías no se cumplen. Le pasó también a Ramón Castillo. Puede que ese nombre no les suene, pero seguro se acuerdan de Antares de la Luz y la secta de Colliguay.

Castillo había reunido a un variopinto grupo de adultos jóvenes, en su mayoría con estudios universitarios y familias tradicionales, que buscaban un camino más espiritual y que encontraron la respuesta en los talleres de meditación que ofrecía. Como pasa en varios casos –aunque no en todos– no era explícito en referirse a sí mismo como una deidad, pero sí daba a entender que tenía conocimientos que los demás no podían alcanzar. Dentro de las cosas que sabía, se encontraba que el fin del mundo como lo conocemos tendría lugar el 21 de diciembre del 2012 –porque eso habría indicado, supuestamente, el calendario maya– y que como él era un ser de luz o un maestro, no podía embarazar a las mujeres con las que tenía relaciones sexuales.

Este último dato resultaba bastante útil, especialmente cuando la mayoría de las integrantes del grupo eran mujeres y entre sus misiones se encontraba estar disponibles sexualmente para el líder. Según datos de la investigación, incluso, una de ellas tenía el don de sacar los malos espíritus del cuerpo de Antares, mediante la práctica de sexo oral.

Pero su favorita era Natalia Guerra. Aunque llegó con su pareja, Pablo Undurraga, rápidamente las relaciones sexoafectivas entre los miembros del grupo fueron disueltas, siendo Antares el único que podía acceder a ellas carnalmente. Con Natalia tenía relaciones de forma usual, sin ningún tipo de protección –más allá de la que le entregaba ser el líder espiritual–, por lo que para nadie debió ser una sorpresa cuando ella anunció que estaba esperando un hijo.

Así como les pasó a los del Heaven's Gate con la muerte de Bonnie, para los de Colliguay el embarazo de Natalia fue un *shock* y el catalizador de una tragedia que impactó a todo el país.

Tras varias sesiones de ayahuasca, Ramón Castillo llegó a la conclusión de que Natalia estaba gestando al anticristo y que era su rol destruirlo. La mujer fue apartada: le inventó a su familia que se iría de viaje por el continente y que sería difícil contactarla. Solo otra de las integrantes se quedó con ella en una cabaña, y cuando esta debía comunicarse con el líder, tenía que hacerlo lejos de Natalia, porque al llevar a un ser maligno en sus entrañas podía contaminar la energía del falso profeta.

Dicen que la noche que el niño nació, Castillo quería que las demás mujeres practicaran una cesárea en el vientre de Natalia, pero los demás le hicieron entrar en razón, lo que llevó a que, finalmente, el pequeño Jesús naciera en la Clínica de Reñaca.

Tras un alta anticipado solicitado por Natalia, se lo llevaron a Colliguay, y el resto es historia: cuando aún no daba la medianoche, el 23 de noviembre los integrantes de la secta se reunieron en torno a una especie de iglú sin techo, donde realizaban ritos de sanación y donde había piedras quemándose. En una especie de fogón, con sus manos y pies atados, y una cinta adhesiva cubriéndole la boquita, depositaron a Jesús para que muriera calcinado.

Pese al hecho macabro, el grupo no se disolvió sino hasta después del 21 de diciembre cuando,

para sorpresa de nadie, el mundo no se acabó.

Natalia terminó confesando a sus padres el crimen, mientras que el líder figuraba en un pueblo peruano, donde finalmente fue encontrado colgado de las vigas de una casona abandonada. Algunos de los integrantes de la secta pasaron tiempo tras las rejas, pero hoy en día todos se encuentran en libertad.

En el caso de Heaven's Gate, la muerte de Bonnie provocó un cambio de planes con relación a cómo el grupo llegaría al nuevo plano superior. Como adelantamos, ahora tendrían que dejar sus cuerpos en la Tierra, pues recibirían «envases» nuevos una vez que estuvieran en la nave, reunidos con su líder y con el resto de los seres celestiales. Y para esto se prepararon.

Aún es posible encontrar en internet el sitio web oficial del Heaven's Gate, donde hay mucha información detallada sobre lo que pasaría en este nuevo plano y sobre las creencias en general del grupo. Para entenderlos, es útil el documento llamado *La introducción de Do: Propósito y creencias*, donde Marshall une sus teorías con el mundo cristiano.

«Hace dos mil años, un grupo de miembros del Reino del Cielo, responsable de nutrir los jardines, determinó que un porcentaje de las plantas humanas de la civilización presente de su jardín se había desarrollado lo suficiente, como para que esos cuerpos pudieran ser usados como contenedores para depositar almas. Siguiendo instrucciones, un miembro del Reino del Cielo dejó atrás su cuerpo en el Siguiente Nivel, similar a dejarlo en un armario, como un traje que no necesitará usar por un tiempo, vino a la Tierra, y se mudó (o reencarnó) a un cuerpo de adulto humano (o vehículo) que había sido preparado para esta tarea en particular. El cuerpo elegido se llamó Jesús. El miembro del Reino del Cielo que recibió la instrucción de reencarnarse en ese cuerpo lo hizo bajo las instrucciones de su Padre (o Miembro Antiguo). Se mudó a ese cuerpo cuando tenía entre veintinueve o treinta años, al tiempo referido como el bautismo de Juan Bautista (al evento se le definió como "… el Espíritu Santo descendió sobre Él en forma de paloma")».

Según se explica en este documento, el ser que tomó el cuerpo de Jesús les mostraría la verdad a quienes lo siguieran, y estos serían personas que de alguna forma habían recibido el espíritu: en el caso de los sucesos relatados en la Biblia, a través de Pentecostés.

Aquí es donde, para muchos, Marshall o Do cruza una línea, pues se pone en el lugar de Jesús: «Estoy en la misma posición, en la sociedad actual, en la que estuvo aquel en el cuerpo de Jesús. Que yo esté aquí es una continuación de la última tarea que fue prometida a aquellos que estudiaron hace 2000 años». O sea, su misión era llevar al grupo de elegidos –a sus propios apóstoles– al Reino de los Cielos.

¿Pero cómo lo lograría? En una declaración de 1995 –también publicada en la web–, lo explican mejor. Primero, dicen que «no es solo que este cuerpo, en cierto sentido, sea el contendor temporal del alma, sino que, lo que es más importante, el alma es la casa o contenedor de la nueva criatura». Esta alma, una vez que se une a un nuevo cuerpo físico en el nivel superior, olvidaría la información mundana aprendida en la Tierra, para llenarse de nueva información en su nueva forma física.

Espero, de todo corazón, que lo que escribí en los últimos párrafos no te haga ningún sentido.

Pero en marzo del 1997, treinta y nueve personas –incluidas Marshall– decidieron que esto sí les hacía sentido y que era hora de abandonar sus cuerpos. Esto coincidió con el paso del cometa Hale-Bopp. Verán, según ellos creían, tras este cometa viajaba una nave espacial donde se trasladaba Ti, o Bonnie, y que los venía a buscar. Era, como señalaron en un último mensaje grabado, la única vía de escape.

Según explicó Marshall, este evento significaría el cierre de Heaven's Gate y la llegada a un nivel de existencia sobrehumano, tanto físico como espiritual. Como parte de la preparación, cada uno de los miembros grabó un video despidiéndose de las personas que dejaban en la tierra. Todos, sin excepción, aparecen sonrientes y expectantes, como si se hubieran preparado para este momento toda su vida.

Para dejar atrás sus cuerpos terrenales y viajar a la nave, se uniformaron. Vistieron de negro, a excepción de zapatillas blancas Nike, y se cosieron en el traje una insignia, al estilo Star Trek. Se ubicaron en camarotes, y en grupos, y por oleadas ingirieron un barbitúrico –sedante que se utiliza como anestesia suave– llamado fenobarbital, mezclado con puré de manzana o pudín, y tomaron vodka. Además, para evitar errores, colocaron bolsas plásticas en sus cabezas para asfixiarse. Todos tenían cinco dólares en sus bolsillos y tres monedas de veinticinco centavos. No hubo sobrevivientes.

¿Puede una muerte así calificarse de suicido? Claro, no creían estar muriendo, sino que renaciendo, pero ¿no es esto similar a la promesa de vida eterna que vende el cristianismo, así como varias otras religiones? Al menos, en el caso de Heaven's Gate hay espacio para la duda.

No pasa lo mismo con Jonestown.

Ubicada en Guyana, la explanada de Jonestown donde se centró El Templo de la Gente, le debe su nombre a su líder, un hombre que salió de la pobreza para convertirse en líder religioso y en el responsable del suicido masivo más numeroso en la historia: Jim Jones.

Creció con una madre que no lo quería y un padre que o estaba buscando trabajo o estaba mirando el fondo de un vaso en la cantina local. Pero rápidamente fue «aguachado» por una familia cristiana, donde se leía la Biblia y se hablaba sobre predicar. Desde chico le gustaba debatir con adultos, vestir de traje e incluso aseguraba que tenía poderes especiales, como el don de volar.

Según algunos de sus biógrafos, sus esfuerzos por ser un líder religioso se debían a la falta de apoyo familiar con la que creció y que envidiaba en sus pares. Porque, cada vez que se presentaba en un acto escolar, mientras que a los demás les aplaudían, él solo veía sillas vacías.

Sus intenciones, en un comienzo, no eran malas. Quizás nunca lo fueron. Quizás no se necesitan malas intenciones para cometer atrocidades, solo personas que te sigan y que no cuestionen tus ideas, por más descabelladas que sean.

De todas formas, las ideas de Jim Jones no siempre fueron atroces. No lo fueron cuando les exigió a las iglesias permitir que feligreses afrodescendientes y latinos se sentaran en las primeras filas para escuchar las prédicas, ni tampoco cuando se asoció al Partido Comunista, atraído por una ideología que profesa la igualdad entre las distintas clases sociales.

Pero, a comienzos de la década de 1960, estos discursos dieron paso a otros más radicales: se adjudicó profecías que hablaban de –¡vaya, qué sorpresa!– un próximo fin del mundo, provocado por un ataque nuclear. Además, estaba convencido de que tanto él como quienes lo apoyaban estaban siendo vigilados muy de cerca por las autoridades. Su paranoia solo creció cuando se mudó, junto con un centenar y medio de seguidores, a California, donde como método paliativo buscó controlar la vida de sus súbditos. Los llamó, incluso, a entregarle todo el dinero a su iglesia y a trabajar para ella, a cambio de alojamiento y comunidad.

En un momento aseguró incluso tener el don de curar enfermedades mediante la imposición de manos, convirtiéndose de a poco en el mismo ser que los feligreses adoraban: ya no era Dios a quien seguían a través de un profeta, sino que comenzaron a convencerse de que el ídolo estaba en la Tierra con ellos. Jim Jones dejó de ser el camino y se convirtió en el destino final.

La paranoia, la desconfianza con la que los miraban las autoridades y otros problemas llevaron a que Jim Jones buscara un lugar seguro donde ubicarse con su comunidad. La búsqueda los llevó a Sudamérica, a Guyana. Arrendaron una zona amplia y rural en la que, con sus propias manos, construyeron una especie de ciudadela. La llamaron Jonestown, el pueblo de Jones, y para 1977 contaba con medio centenar de residentes. Muchos de ellos eran estadounidenses que sentían que su país había caído en las garras del fascismo y que buscaban un escape hacia un paraíso que siguiera las creencias socialistas. En 1978 ya eran novecientas personas.

Pero el paraíso es relativo. Porque, según la información que existe sobre la vida en Jonestown, en este Edén había más que serpientes engatusadoras y manzanas prohibidas.

Al llegar a Jonestown, las personas debían entregar sus documentos de identidad, quedando al amparo de los líderes y evitando que pudieran salir libremente. Además, se llevaban a cabo distintos actos de manipulación, como probar la lealtad de algunos elegidos diciéndoles que en su jugo había veneno y que debían tomarlo. Les llamaba «noches blancas», en las que básicamente se practicaban suicidios masivos.

Y es que, para apaciguar la paranoia exacerbada del líder, las herramientas de control físico y emocional debían estar a la altura de la locura.

Para finales de 1978, Jones ya había encargado grandes cantidades de cianuro, diazepam y prometazina. Nadie ensaya sin un acto final en mente.

Familiares de los residentes de Jonestown, que seguían en Estados Unidos, comenzaron a preocuparse por el bienestar de quienes habían viajado, por lo que se comunicaron con las autoridades. Poco se podía hacer con adultos que habían viajado voluntariamente fuera del país, pero también había niños y, mal que mal, se trataba de casi mil ciudadanos estadounidenses viviendo en el extranjero en un contexto, por lo bajo, exótico.

Fue en base a estas preocupaciones que, el 17 de noviembre de 1978, el congresista Leo Ryan, acompañado de una delegación que incluía a reporteros, tomó un vuelo privado hacia Jonestown, sellando para siempre su destino y el de las personas que ahí se encontraban.

Bien recibido por las autoridades, Ryan recorrió la comunidad y habló con distintas personas. Varios le expresaron su deseo de volver a Estados Unidos, por lo que el congresista reunió a los desertores y, autorizados por Jim Jones, al día siguiente partieron hacia el aeropuerto. Pero la comitiva fue interceptada por hombres armados, quienes abrieron fuego asesinándolos.

Mientras esto sucedía, en un escenario ubicado al centro de Jonestown, Jim Jones se dirigía a la comunidad. Su último discurso quedó grabado en cintas, por lo que sabemos exactamente qué dijo:

«Hice lo posible por darles una buena vida. Pese a mis intentos, un manojo de los nuestros, con sus mentiras, han hecho que nuestra vida sea imposible. No hay forma de separarnos de lo que pasó hoy. No solo estamos en una situación complicada; no solo están aquellos que nos dejaron y que cometieron la traición del siglo; algunos robaron los niños de otros y en estos momentos tratan de matarlos, porque les robaron a sus hijos. Y aquí estamos, esperando en un barril de pólvora».

En medio del caos que causan estas palabras, algunos intentan convencerlo de otras vías, como huir del país a territorio soviético, pero luego de explicarles que el congresista está muerto, les hace ver que no hay escapatoria a sus destinos: todos, incluidos los doscientos setenta y seis menores de edad que se encontraban en el lugar, son llamados a beber un jugo que esta vez sí tenía veneno. Primero lo tomaron los más chicos, y en las grabaciones se pueden escuchar sus llantos.

«Sin mí, la vida no tiene significado. Solo relájense y no tendrán problemas. Deben beberlo. Si no lo hacen, se arrepentirán».

Y, finalmente, las últimas palabras a un dios al que había dejado de alabar, para alabarse a sí mismo: «Toma nuestras vidas. Las ponemos ante ti, estamos cansados. No nos suicidamos, sino que hacemos un acto de suicidio revolucionario en protesta por las condiciones de un mundo inhumano».

Jim Jones murió producto de un disparo en la cabeza.

*

Es imposible hablar de cultos y sectas sin recordar a la familia Manson.

El 8 de agosto de 1969, una semana antes del mítico festival de Woodstock, en la calle Cielo Drive de Los Ángeles, California, comenzó un baño de sangre sin precedentes, que duraría dos noches, conmocionaría al país y se convertiría en un hito en la historia criminal. No solo por quiénes y cómo murieron, sino que también por lo que llevó a la tragedia.

Sharon Tate era actriz y la joven pareja del director Roman Polanski. Estaba embarazada de ocho meses y, mientras el cineasta se encontraba en Europa, ella se organizó con amigos para que la acompañaran en la lujosa residencia. Eran el peluquero y expareja de la actriz Jay Sebring, la heredera cafetera Abigail Folger y el escritor Wojciech Frykowski.

Esa noche, cuatro jóvenes desconocidos, Tex Watson, Susan Atkins, Patricia Krenwinkel y Linda Kasabian, llegaron hasta Cielo Drive con un solo objetivo: desatar el caos. Habían sido enviados por Charles Manson, una especie de líder mesiánico que habitaba un antiguo rancho en Los Ángeles con un grupo de jóvenes jipis –casi todas mujeres–. Si bien el grupo era en apariencia inofensivo, sobre ellos pesaba el velo de una maldad impensada.

Charlie tuvo una infancia dura, sin dudas. Siendo muy pequeño su madre intentó regalarlo a una mesera, y su infancia y adolescencia las vivió principalmente tras las rejas. Cuando llegó a San Francisco, recién liberado de un paso por la cárcel, se encontró con la meca del jipismo, el amor libre y los jóvenes impresionables. Manson tocaba guitarra y hablaba de la libertad y la revolución, lo que convocó en torno a él a jóvenes de distintas edades y niveles socioeconómicos y educativos.

Buscando dónde establecerse, llegaron al Rancho Spahn, en el valle de San Fernando. Se trataba de un set de películas abandonado, a cargo de su dueño, un hombre mayor y ciego llamado George Spahn. Aprovechándose de la condición del viejo, Charlie lo convenció de que los dejara vivir en el terreno a cambio de que ellos se hicieran cargo de las labores de mantención. También ayudó que una de las chicas que venía con el grupo se hiciera cargo personalmente de satisfacer todas –todas– las necesidades del caballero.

Bajo la fachada de libertad y amor, Charlie hurgaba un plan secreto cuyo único objetivo era sembrar el caos. «Soy el que soy», les decía a sus compañeros en medio de charlas y reuniones, donde el sexo y las drogas eran el plato fuerte. Con estos dos ingredientes conquistó a jóvenes que buscaban un rumbo y que encontraban en las palabras de Manson las respuestas que tanto buscaban.

Una noche, cuando ya todos y todas estaban convencidos de la superioridad de Charlie y de su inmensa sabiduría, él les contó sobre Helter Skelter.

Para los admiradores de The Beatles, «Helter Skelter» es una de las canciones del *White Album*, uno de los más icónicos de la banda. Para Charles Manson, el *White Album* era una señal. Según les explicó a sus seguidores, se trataba de un mensaje de superioridad racial. Los ingleses representaban a los cuatro ángeles del Apocalipsis, y mediante este disco daban los lineamientos sobre cómo había que proceder. Y, francamente, es algo que no se entiende si no es en el contexto de sectas y algún tipo de control mental.

El mensaje era el siguiente: los negros comenzarían una guerra a punta de actos violentos contra los blancos. Pero Charlie explicaba que los negros eran inferiores, al menos desde una mirada psicológica, por lo que no podrían comenzar esta revolución –o Helter Skelter– por su cuenta. ¿Qué hacer? Iniciarla ellos mismos. Charlie y sus seguidores sembrarían el caos, dejando pistas falsas que apuntaran a las Panteras Negras.

Luego, se esconderían en un hoyo ubicado en el desierto y esperarían ahí hasta que los negros hubieran acabado su guerra racial. Pero como no iban a estar a la altura de liderar el mundo nuevo, el grupo de Manson reaparecería para gobernar sobre ellos.

Y les hizo todo el sentido del mundo.

La noche del 8 de agosto de 1969, Helter Skelter entró en acción.

Watson, Atkins, Krinwinkel y Kasabian llegaron hasta Cielo Drive. En la entrada de autos había un chico de dieciocho años llamado Steven Parent, quien iba saliendo tras visitar al cuidador que vivía en la casa de invitados, algo alejada de la construcción principal. Sin mucho preámbulo, Watson se abalanzó contra él, hiriéndole la mano con un cuchillo para luego asesinarlo con cuatro balazos en el pecho y abdomen. Linda Kasabian se quedó haciendo guardia en la zona de la entrada, y más tarde aseguraría que fue a propósito, porque no quería ser parte de la masacre.

Usando un cuchillo, Tex Watson cortó el mosquitero de una ventana abierta e ingresó a la casa para abrirles la puerta a sus cómplices. Juntos comenzaron a recorrer la casa, llegando primero al living, donde Fryjowski estaba dormido en un sofá. Quizás porque no era raro que llegaran visitas de la nada, o porque estaba medio dormido, al despertar miró a Watson y le pidió la hora.

No le llegó más respuesta que una patada directo a la cabeza.

«¿Quién eres?», preguntó aturdido. Y, como si tuviera un guion preparado, el intruso lo miró directo a los ojos y contestó: «Soy el diablo y vengo a hacerme cargo de los negocios del diablo».

Mientras Watson amarraba al polaco, Atkins y Krenwinkel fueron a buscar a los demás: Abigail Folger se encontraba sola en un dormitorio, mientras que Sharon Tate y Jay Sebring estaban conversando en el dormitorio principal.

Los reunieron a todos en el living: a la actriz y a Sebring los amarraron del cuello. Además, Watson le dio un tiro no mortal al peluquero, para que dejara de alegar en defensa de Tate. Luego, lo apuñaló siete veces, matándolo en el lugar. Folger pudo volver a su pieza para sacar setenta dólares que le ofreció al grupo, pensado que eran asaltantes comunes.

Frykowski logró soltar sus amarras, comenzando un dramático forcejeo con Atkins, quien era delgada y menuda, pero estaba cegada por las claras instrucciones de su líder, que se había quedado en el rancho con los demás: armada con un cuchillo, logró hacerle heridas en las piernas. Pese a esto, él logró correr hasta la puerta de la casa, con la esperanza de llegar hasta la calle y pedir ayuda.

Pero nada de eso pasaría, pues Watson salió junto a él, golpeándolo con la culata de su pistola, para luego acuchillarlo y propinarle dos balazos que resultarían fatales.

De alguna forma, Abigail Folger logró librarse de Krenwinkel, quien estaba a cargo de contenerla. La joven heredera salió corriendo hacia el sector de la piscina, hasta donde fue perseguida por su captora, quien corrió tras ella atizando un cuchillo sobre su cabeza. La alcanzó cuando comenzó a dirigirse hacia la entrada, derribándola y acuchillándola una sola vez. Para estar seguro, Watson se acercó a la joven abatida y terminó el trabajo con veintiocho cuchillazos.

Susan Atkins seguía en el living acompañando a una histérica Sharon Tate, quien entre lágrimas rogaba por la vida del hijo que esperaba. Pero no les importó: entre Atkins y Watson la apuñalaron más de veinte veces.

El baño de sangre ya estaba lleno, ahora quedaba sembrar el pánico y mostrarles a las autoridades el camino.

Lo hicieron usando la sangre de la actriz, con la que Atkins escribió «pig» en la puerta de entrada, porque así le dicen peyorativamente a la policía.

Mientras Estados Unidos despertaba con la resaca de una masacre inesperada, en el rancho Spahn se gestaba una nueva noche del horror. Esta vez, Charles Manson también tocaría la puerta.

La noche del 9 de agosto, Tex Watson y Manson entraron a la residencia de Leno y Rosemary LaBianca, atándolos con la promesa de que solo se trataba de un robo y nada más. Manson salió de la casa, entrando como recambio Patricia Krenwinkel y otra de sus seguidoras, la exreina de belleza escolar Leslie Van Houten.Rosemary estaba en el dormitorio maniatada, mientras que Leno figuraba amarrado en el cuarto de estar. Ambos tranquilos, aunque inquietos, pues, si bien creían que nos les harían daño, la presencia de los intrusos a horas de un asesinato múltiple sin resolver no les parecía tan agradable.

Todo cambió cuando Watson apuñaló al dueño de casa: «Deja de acuchillarme», suplicó, «estoy muerto, estoy muerto».

Tras escuchar los gritos agonizantes de su marido, Rosemary intentó resistirse a Krenwinkel y Van Houten. Esta última reaccionó furiosa. Partió a la cocina a buscar utensilios con los cuales causar el mayor daño posible, desde tenedores hasta cuchillos. Luego la sostuvo mientras su compañera le acuchillaba el cuello. El cuchillo de la cocina se dobló con el esfuerzo, por lo que Watson les prestó el que llevaba. Van Houten acuchilló a Rosemary en el abdomen bajo hasta provocar su muerte.

Luego siguieron masacrando a Leno: le escarbaron «WAR» (guerra) en el vientre usando tenedores y con su sangre en sus dedos escribieron en las paredes las palabras «rise» –referenciando la canción «Blackbird» del *White Album*– y «Death to pigs» (muerte a los cerdos).

¿Qué es más peligroso? ¿Un hombre capaz de matar, o uno que con solo sus palabras logra que un grupo de personas mate por él?

En diciembre de ese año, Susan Atkins contó en una entrevista cómo fue su primer encuentro con Charles Manson.

«Me preguntó si alguna vez le había hecho el amor a mi padre. Le dije que no. Me preguntó si alguna vez lo había pensado. Me dio un poco de vergüenza y dije que sí, dos o tres veces. Me dijo que me sacara la ropa. Lo hice. Había un espejo de cuerpo completo y me dijo que me observara en el espejo. No podía mirarme. Me dijo anda, mírate en el espejo. Mira lo hermosa que eres. Miré, pero corrí mi cabeza y me la movió para que me viera y me dijo mira, eres perfecta».

También dijo: «Eso es lo que Charles hizo por mí durante tres años. Me devolvió la fe en mí. Es una de las cosas buenas que hizo. Me mostró cómo ser una mujer y no una trampa para

hombres. En otras palabras, puedo controlar hombres si quiero, pero no es mi lugar y ahora me doy cuenta».

Incluso, cuenta que Charlie le dio otro nombre, Sadie Mae, para que matara a quien había sido. Este exconvicto con aspiraciones musicales logró inventar una nueva identidad para esta mujer y una en la que él fuera el centro del universo.

Y es esta una de las grandes incógnitas que ofrecen los cultos y las personas que los integran. Por un lado, que una persona sea capaz de resetear las creencias basales de otros y configurarlas a su conveniencia. Por otro, y lo que es más sorprendente, es que haya gente capaz de abrir sus puertas más íntimas, permitir que borren su identidad y que trastoquen lo que entienden por el bien y el mal.

2.

PSICÓPATAS ENTRE NOSOTROS

Nos gusta hablar de psicópatas. Sentimos que abre un grado de separación entre nosotros, personas normales, y otros que para nuestro criterio no lo son. Se trata de un término que usamos muy libremente, con el que hemos catalogado a los más disímiles criminales que, simplemente, no podemos definir de otra forma. En Chile, algunos de los más temibles fueron llamados así: los psicópatas de Viña del Mar, el psicópata de Alto Hospicio, el psicópata de La Dehesa. Todos, sin duda, autores de hechos delictuales tremendos que nos ponen de frente con lo peor de nuestra sociedad, pero ¿psicópatas? ¿Según quién?

Según la historia, los psicópatas de Viña fueron dos: Carlos Alberto Topp Collins y Jorge Sagredo Pizarro. En común tenían que eran carabineros con estudios medios, que los culparon por diez asesinatos y cuatro violaciones cometidas entre 1980 y 1981, y que fueron las últimas personas fusiladas como pena capital en Chile. Pero, según los antecedentes que se manejan, no se parecían en mucho más.

De acuerdo con documentos oficiales, al momento de su detención Sagredo tenía veintisiete años, era soltero y vivía en la calle Eduardo Jenner de Cerro Larraín, en Valparaíso. Topp Collins, por su parte, tenía treinta y dos años y estaba casado, separado y emparejado, además, tenía hijos pequeños. Vivía en un cuarto piso en el sector porteño de Playa Ancha. Del primero también destaca una personalidad agresiva y dominante, mientras que Topp Collins, quien se retractó de su confesión inicial, se notaba como alguien más educado y de trato suave, que hasta el final mantuvo su inocencia. Entre ellos, no parecía haber mucho más en común que casualidad.

De todas formas, el título de psicópatas no fue usado después de que se supieran sus identidades o se conocieran sus pericias psicológicas, sino que mucho antes, cuando sus crímenes –y la evidencia de que estos no eran aislados, sino que habían sido cometidos por las mismas personas– se hicieron conocidos en los medios de comunicación. Es que, para los periodistas, ansiosos por vender ejemplares, quien cometiera actos tan atroces como violar a una mujer frente a su hija, o asesinar de manera tan fría y sin justificación, tenía que ser un psicópata de novela. Y no podía dejar pasar la oportunidad de ocupar el trastorno en un titular.

Los crímenes de los psicópatas de Viña han sido material de libros, series documentales y hasta teleseries nocturnas. No solo porque para muchos, aunque la justicia dictaminó una sentencia, aún existen dudas sobre quién o quiénes cometieron el delito. Y es que ¿por qué dos hombres, entre los que ni siquiera existía una amistad, se juntaron para salir de cacería? ¿Para matar a personas inocentes, a las que no conocían y que tampoco tenían ninguna relación entre ellos? ¿Era el deseo sádico de aterrorizar, violar y asesinar?

Julio Pérez Silva sometió a la comunidad de Alto Hospicio al más profundo miedo entre 1998 y 2001. Eran las vidas de las niñas de esta zona, hijas de personas trabajadoras y humildes, las que estaban en juego. Fueron en total quince menores a las que violó y asesinó mientras se hacía pasar por conductor de un taxi pirata. Tras ofrecerles el trayecto, abusaba de ellas y, las golpeaba hasta matarlas y se deshacía de sus cuerpos en hoyos perdidos en el desierto. Para todos, sin duda, un psicópata.

Pero a diferencia de los porteños que lo antecedieron en el título, no dudó en confesar tras ser capturado, ni en señalar dónde había dejado los cuerpos ¿Por qué lo hizo? Aparentemente, porque tuvo la oportunidad, cuando su expareja vendió una propiedad y le compró el taxi para

que trabajara. Las calles nortinas y los trayectos alejados y solitarios presentaron el escenario perfecto para que este hombre, que había sufrido abusos y sido víctima y victimario de situaciones de violencia a lo largo de toda su vida, diera rienda suelta a su rabia y a sus fantasías, a costa de niñas que iban a la escuela.

En el caso de Pérez Silva, tanto la oportunidad como la facilidad con la que se encontró para cometer sus macabros crímenes se conjugaron a su favor. Se supone que su primer homicidio ocurrió el 16 de septiembre de 1998. La víctima fue Graciela Sarabia, de diecisiete años, a quien interceptó haciéndose pasar por taxista. O quién sabe, quizás antes de que la niña se subiera al auto blanco él no tenía más intención que llevarla a su destino. Pero algo pasó: le ofreció dinero a cambio de sexo y, ante la negativa de Graciela, comenzó una pelea, tras la cual la estudiante murió.

Sin mayor experiencia ni intención de tapar sus actos, el asesino llevó el cuerpo hasta una playa iquiqueña, donde más tarde fue encontrada. Y cuando nadie lo buscó, ni interrogó, ni indagó más en el caso, a Pérez Silva lo invadió el éxtasis que solo trae la sensación de inmunidad ante los actos cometidos. Se sintió superior a todos, lo que desgraciadamente dio paso a que se cometieran los demás crímenes. Todos contra niñas y mujeres jóvenes, a las que interceptaba en el trayecto por las abandonadas calles nortinas y que luego dejaba tiradas en pozos del desierto.

Su última víctima, y la que eventualmente llevó a su captura, fue una niña de trece años. Claro, después de más de una decena de homicidios impunes, Pérez Silva no se percató de que Bárbara no había muerto al interior del hoyo donde la dejó tirada, junto con los cuerpos de sus anteriores víctimas. Si hubiera sido más prolijo y menos seguro de sí mismo, la niña no hubiera logrado escapar, ni caminar por un largo trayecto hasta ser interceptada por un hombre que la llevó a las autoridades.

En el hospital, Bárbara, malherida y asustada, fue capaz de hacer una descripción tan acabada del auto y del hombre que la secuestró e intentó matar, que a las horas Carabineros había dado con el culpable.

Un año y dos meses después de la captura de Pérez Silva, Roberto José Martínez, de veintiséis años, se suicidó, colgándose de uno de los barrotes de la ventana de su celda, con un cable de máquina de escribir. Era la noche del 13 de diciembre del 2002, cuando un accidente llevó a que su celda de máxima seguridad en la cárcel Colina II quedara completamente a oscuras.

A José Martínez el país lo conoció de dos formas. Primero como el psicópata de La Dehesa y luego como el Tila. Durante el 2002 mantuvo a los chilenos en alerta, especialmente al sector oriente de la capital, pero antes de eso su prontuario policial no tenía marcas de sangre. Su punto de quiebre habría sido el 8 de mayo, cuando en su casa de la población José María Caro de Lo Espejo, amarró, amordazó, golpeó, apuñaló y desmembró a su pareja, Maciel Zúñiga Pacheco, de dieciséis años.

Una semana después, entró a un departamento en Lastarria, donde atacó a una pareja, violándola a ella y maniatándolo a él. Pero no fue hasta el 5 de junio de ese año que cometió el crimen que le daría el título de psicópata, al menos ante la opinión pública. Logró entrar a un edificio en La Dehesa, donde estuvo durante casi once horas. En ese rato, violó a la dueña de casa y a su hija de dieciocho años y golpeó –casi mortalmente– a un niño de nueve. ¿Quién, si no un psicópata, podría haber hecho algo así?

Al igual que Pérez Silva, el Tila había sobrevivido a una infancia de carencias. Era tal el nivel de violencia al interior de su hogar, que a los cuatro años fue detenido bajo el cargo de vagancia: prefería estar en la calle que en casa. Diez años después cometería su primer robo con violación,

atacando a una profesora alemana de veinticuatro años en Santiago. A los dieciséis terminó en la cárcel para adultos, donde fue regularmente abusado por los demás internos.

A diferencia de Topp Collins y Sagredo, quienes parecen haber llevado una vida relativamente normal hasta los asesinatos, los psicópatas de Alto Hospicio y La Dehesa compartieron una infancia vulnerable y precaria, donde los abusos físicos y menosprecios psicológicos eran pan de cada día. En el caso de Martínez, este incluso habló del resentimiento y rabia que lo llevaban a atacar con tanta crueldad a personas de situación más privilegiada. Pero existía en él otra dimensión, en la que escribía cartas y poemas.

Hay una novela preciosa de Kazuo Ishiguro llamada *Nunca me abandones*. En ella, un grupo de niños creados a partir de material genético de otras personas, y concebidos solo para ser útiles en caso de que sus versiones originales necesiten trasplantes de órganos, pasan sus días en un internado, aprendiendo sobre la importancia de cuidar y mantener sus cuerpos, para cuando deban cumplir con su cometido. Pero, además, se les pide que se expresen de manera artística, que pinten y muestren sus pinturas al mundo.

El objetivo de estos talleres y exposiciones de arte no es que aprendan a dibujar bonito, sino que demostrar, a través de la presencia de subjetividades, que estos clones tienen un mundo interior y, para todos los fines necesarios, un alma.

No se busca justificar los crímenes más atroces dando a conocer los pasados o las características menos horribles de los criminales. Pero sí demostrar, al igual que las profesoras en la novela de Ishiguro, que se trata de personas con subjetividades, miedos y rabias. Personas con alma. Y eso no las vuelve menos peligrosas, ni a sus actos menos terribles, sino que todo lo contrario. Porque se trata de personas que sienten, que piensan y que razonan, como tú y como yo.

La psicóloga Ely León Mayer ha estudiado a cabalidad la mente de los psicópatas. Entre sus publicaciones se encuentran *La psicopatía: ¿un trastorno de personalidad equivalente al trastorno de personalidad antisocial?* (2006), *Violencia y psicopatía* (2016) y *La psicopatía en población carcelaria de la Argentina y de Chile: caracterización y normas transnacionales* (2018), entre otras investigaciones que abordan a los psicópatas.

León Meyer cuenta que a nivel internacional existe un mecanismo que se utiliza para establecer si una persona tiene trastorno de psicopatía, llamado test de psicópata o PCL-R. Se trata de un instrumento creado por el doctor en psicología Robert Hare, el cual se usa tanto en el ámbito penitenciario como en el clínico y forense. «El cuestionario te dice que el psicópata tiene una combinación de cuatro factores de personalidad», explica León Mayer, y añade: «Son el factor afectivo, el interpersonal, el conductual y el antisocial».

El PCL-R, en palabras sencillas, puede detectar determinados perfiles delictivos y predecir reincidencias, quebramientos de condena y conductas antisociales, pero está enfocado en el diagnóstico de personas psicópatas que van a delinquir o han delinquido, por lo que no es aplicable a la población general, donde sí se puede presentar este trastorno sin que se haya cometido necesariamente un crimen.

El test en sí está compuesto por veinte ítems y el especialista a cargo de la evaluación no debería tardar más de quince minutos en valorar cada punto, porque antes debe realizar una entrevista más extensa, que puede durar hasta dos horas. Y antes de eso, como primer paso, el evaluador tiene que haber revisado el historial del sujeto, su paso por centros penitenciarios y antiguas evaluaciones psicológicas.

Por eso, León Mayer advierte que hay que tener cuidado al momento de utilizar el test, porque

no es tan fácil como hacer veinte preguntas y entregar un diagnóstico. No es como un test de revista, a partir de cuyos resultados se puede establecer el tipo de personalidad de una persona. De hecho, según nos explica la psicóloga, «la psicopatía no es taxonómica, es una cosa dimensional. Los rasgos psicopáticos se van presentando en las personas en distintas intensidades y con distintas combinaciones en los factores de personalidad».

Se dice, a nivel de especialistas, que hay tantos tipos de psicópatas como los hay de personas, derribando así uno de los mitos sobre este trastorno que la industria cultural nos ha presentado como válidos. Por un lado, tenemos psicópatas que crecieron en entornos vulnerables, lo que podría haber gatillado la psicopatía, mientras que por otro nos encontramos con personas exitosas, superinteligentes, elegantes y obsesivas, como es el caso del personaje de Christian Bale en *Psicópata americano*. Si bien ambos casos pueden existir, se trata de solo dos tipos de personas, de un mundo de seres diferentes y únicos.

De la misma forma, las motivaciones detrás del actuar de estas personas son distintas. Mientras que algunos buscan poder, otros actúan movidos por fines financieros y otros lo hacen por placer. Esto también puede variar, porque ¿qué les produce placer? Puede ser imponerse a otros o someterlos, abusar de ellos, manejar información, dar rienda suelta a deseos sexuales, etc.

Pero hay cosas que sí tenemos claras. Como, por ejemplo, según nos cuenta León Mayer, existe una alta comorbilidad entre psicopatía y narcisismo, esto quiere decir que, en muchos casos, las personas con trastorno psicopático también presentan trastorno narcisista (en esto sí está en lo correcto *Psicópata americano*, aunque lo caricaturizan hasta decir basta). Pero no funciona de la misma forma al revés: una persona narcisista no es necesariamente un psicópata.

Pasa, por ejemplo, lo que sucedió en Alto Hospicio con Julio Pérez Silva, quien, al ver que su primer homicidio había quedado impune, se sintió por sobre las garras de la justicia y empezó a asesinar sin remordimientos ni temor a ser capturado. Sin ir más lejos, hace algunos años recibió en la cárcel la visita de Magaly Lefno, madre de una de sus víctimas. Ella luego habló con Canal 13 y aseguró que Pérez Silva no solo no muestra remordimiento, sino que vive y actúa como si los hechos que lo llevaron a estar tras las rejas nunca hubieran sucedido.

La especialista nos cuenta también que la psicopatía no requiere más que una inteligencia normal: «El psicópata comprende la diferencia entre el bien y el mal. Si hubiera una inteligencia disminuida, la persona no entendería esta diferencia. En mis investigaciones, he entrevistado a psicópatas normales-lentos y a otros que son brillantes. Ellos saben distinguir entre el bien y el mal, pero son tan egocéntricos y controladores, que solo les importa lo que les pasa a ellos. Lo que les pasa a otros no les interesa».

Aquí es donde la psicóloga pone en duda lo que sabemos de la historia de el Tila y lo que lo habría llevado a actuar como lo hizo. Ya nos referimos a una infancia vulnerable y llena de abusos y carencias, privada de cualquier tipo de cariño, que nos hace no solo empatizar, sino que además encontrar una justificación al desenlace de su historia. Pero la especialista, que ha entrevistado a cientos de personas con rasgos psicópatas a lo largo de su carrera, ofrece una versión cuestionadora.

«Se habla de que el Tila fue brutalmente maltratado, pero es la historia que él contó», dice la investigadora, y agrega: «Es una historia que he escuchado en cientos de psicópatas. Es como con los abusadores sexuales, cuando finalmente reconocen que abusaron, y se les pregunta por qué lo hicieron. Dicen que es porque ellos mismos fueron abusados en algún momento de su vida. Pero no sabemos realmente cuánta verdad hay ahí».

León Mayer, incluso, se refiere a un episodio bastante particular y decidor de la vida de el Tila.

Su madre era esquizofrénica, lo que según explica, es un factor de riesgo. Pero en una oportunidad en que la madre es internada, es amarrada con nudos de contención ante la presencia de su hijo de siete años. Y, según cuenta la especialista, en vez de asustarse o ponerse a llorar por la situación de la madre, el niño se dedica a aprender a realizar por su cuenta los nudos de contención con los que la amarran. «Yo me pregunto ¿qué le pasa a un niño de siete años que está viendo que amarran a su madre en el hospital, y en vez de asustarse aprende a hacer nudos para contener a otros?».

Otra cosa que sabemos, según la psicóloga, es que la psicopatía surge en la niñez. Y acá derribamos otro mito. A partir de la historia e infancia de algunos de los criminales más conocidos de Estados Unidos, pensamos que los psicópatas son personas que demuestran su falta de interés por el otro de manera bastante teatral, como lo es la crueldad animal. Pero León Mayer explica que estos signos pueden ser mucho más sutiles.

«Cuando se investiga la historia de psicópatas, uno se encuentra con una serie de conductas en la niñez que son bastante llamativas. Incluso lo vemos en casos de violaciones de derechos humanos: nos encontramos con que, de niños, quizás no fueron problemáticos como el Tila, pero tenían ciertas características, como ser líderes del curso, imponerse en la casa, manipular, etc.».

Lo que sí puede pasar es que la persona no exprese la psicopatía de una forma más notoria hasta más tarde. Claro, un jefe sádico no lo fue cuando niño, pero quizás sí llegó a ser presidente de curso amenazando o manipulando a sus compañeros.

A Todd Kohlhepp se le conoce como el Asesino de los Comentarios de Amazon. En su caso, sus características se empezaron a ver desde niño y fueron empeoradas por el entorno. Ya en el jardín infantil presentaba conductas agresivas, por lo que lo enviaron a terapia, donde fue catalogado como niño explosivo que le daba mucha importancia al contenido de carácter sexual.

Su caso es de manual: realizó actos de crueldad animal, ahogando peces en cloro o disparándole a perros y, además, pasó más de tres meses en una unidad psiquiátrica, por sus problemas a la hora de relacionarse con los demás niños. Ya a los quince años secuestró a una niña para violarla, amarrada a un árbol.

En 2003 asesinó a tiros a cuatro personas al interior de una tienda de motocicletas, porque se sintió humillado y menoscabado por quienes atendían, quienes se negaron a una devolución de producto. Nadie sospecharía de él hasta años después, cuando fue finalmente detenido luego que se descubriera a una joven amordazada y amarrada al interior de un *container* en su propiedad: meses antes había asesinado al novio, mientras que a ella la mantenía viva con fines sexuales. Antes ya había hecho lo mismo con otra pareja.

Pero Todd es famoso no solo por su crueldad, sino que por su soberbia y narcisismo. Su apodo proviene de los comentarios reales que dejaba en Amazon, tras la compra de artículos que usaba para asesinar, torturar y ocultar cuerpos. Como fue el caso de una pala pequeña, la cual recomienda «por si necesitas enterrar un cuerpo y dejaste la pala grande en tu casa». Como este, hay comentarios sobre candados ideales «para evitar que alguien escape» o cuchillos con los que fantaseaba asesinar.

Lo hacía porque solo recibía risas nerviosas por estos comentarios. Era como gritar que era un asesino en la plaza central: la gente va a pensar que eres un loco y van a seguir con su vida. Los crímenes, en tanto, se mantenían impunes.

De acuerdo con una de las investigaciones en las que León Meyer ha participado, en Chile se repiten las cifras que ya se habían descubierto en Europa: el 1 % de la población es psicópata.

Eso es mucha gente, ¿quiere decir que nos podemos encontrar con un asesino serial cada vez que nos subimos al metro?

Afortunadamente no.

No existe una forma típica de «ser psicópata». Todos tienen personalidades diferentes y están marcados fuertemente por el entorno en el que se mueven. Lo que sí tienen en común es que de alguna forma u otra le amargarán la vida a quienes los rodean. Según explica la especialista: «Se pueden transformar en sujetos controladores que tratan a los demás con violencia. Pueden transformarse en alguien que le hará daño a ciertas personas de la sociedad. O pueden ser vividores, consumidores de drogas y alcohol que nunca dejan de vivir de sus padres».

A este grupo de personas psicópatas que no han cometido actos necesariamente ilegales, Robert Hare los llama psicópatas predelincuentes o subcriminales. Según explica en su libro *Sin conciencia* (1993), «la conducta de estos, aunque no es ilegal, desafía los criterios éticos que tienen la mayoría de las personas».

A esto también se refieren Beatriz Sánchez del Núcleo de Ciencias Sociales y Humanidades de la Universidad de La Frontera; Francisco Javier Rodríguez-Díaz, Juan Herrero y Asunción Fernández-Suárez, del Departamento de psicología de la Universidad de Oviedo, en su artículo *Perfil del psicópata institucionalizado sin comportamiento criminal previo a su entrada en prisión* (2016).

Los especialistas explican: «Por definición, los psicópatas no consideran tener un problema, no tienen una voluntad para cambiar y creen ser perfectos tal como son, por lo que el psicópata en la comunidad difícilmente acudirá al sistema sanitario solicitando atención. Esto impide conformar muestras de estudio que permitan conocer en mayor profundidad este trastorno».

Existe un caso argentino que llamó mucho la atención de los medios de comunicación y de la población general, por varios motivos. Primero, el condenado era un dentista reconocido. Pero, además, nunca había demostrado ser violento, ni al interior de su hogar ni con otras personas, hasta que cometió su crimen.

Se trata del caso de Ricardo Barreda. Estaba casado con Gladys McDonald y vivían con sus dos hijas ya adultas y con la madre de Gladys. La dinámica familiar era normal y nunca llamó demasiado la atención, hasta que la mañana del 15 de noviembre de 1992, el dentista, enojado porque lo trataban como una criada y lo tenían haciendo labores domésticas, fue al garaje a buscar una escalera y se encontró con una escopeta y con los cartuchos, que estaban guardados en una caja justo al lado.

Según él mismo contó, «sentí como una fuerza me impulsaba a tomarla. La tomo, voy a la cocina donde estaba Adriana –una de sus hijas– y disparé». Barreda mató a las cuatro mujeres con las que vivía. Pero, lo que es aún más impactante, después de hacerlo y de desordenar todo para que pareciera un robo, fue al zoológico a ver a los animales. Y luego se juntó a comer con su amante, con quien, además, esa misma tarde, pasó el rato en un hotel.

Cuando volvió a casa –y a la escena del crimen que él mismo había creado–, llamó a la policía y dijo: «Volví a mi casa de pescar y me encontré con cuatro bultos. Acá hubo un asalto». Bultos. Con esa palabra se refirió a los cuerpos de su suegra, su esposa y sus dos hijas. Como bultos que estaban ahí tirados. Y, es más, cuando llegó la policía y empezaron a interrogarlo –porque su versión era francamente inverosímil– termina haciendo una de las confesiones más impresionantes. «Supongo que he sido yo. Intuyo que las maté, porque éramos cinco en casa y de pronto me encontré con cuatro cadáveres».

¿Es este caso un ejemplo de demencia, de pérdida de memoria? ¿O estamos frente a un

psicópata, quien en plena consciencia de sus actos decidió seguir con su vida después de haber realizado un cuádruple homicidio contra las personas que vivían con él? Es como si para él no hubiese sido más que un lamentable e incómodo episodio dentro de su rutina, pero que había que seguir adelante con la vida. ¿Quién sabe? Quizás la vida era más sencilla sin estas cuatro mujeres.

Y aquí es donde nos encontramos con una característica común en los y las psicópatas: son especialistas en el arte de la manipulación. Y por eso es tan difícil –o imposible– tratarlos. Primero, tienen que querer ser tratados –pero ellos creen que están perfectos como están– y, por otro lado, si se tratan por orden judicial, no harán más que decirle al especialista a cargo aquello que quieran escuchar, para lograr el alta.

En el caso de los que sí delinquen, varios terminan en la cárcel, pese a sus actos manipulativos. Y ahí no solo no dejan de mostrar su conducta, sino que la usan a su favor con el fin último de mantener el control, incluso en ese contexto donde es algo que ejercen los demás. Y es que, cuando los psicópatas en recintos penales se acercan al concepto de beneficios carcelarios, se empiezan a portar bastante bien, convirtiéndose en los favoritos de los carceleros. Según León Mayer, «hay muchos que son mocitos del casino, por ejemplo, donde obtienen información sobre los demás presos para poder controlarlos. Se adaptan bastante bien, y una vez que lo hacen, buscan cómo controlar».

No por nada, pese a que Barreda fue condenado a cadena perpetua salió con arresto domiciliario en el 2008, y en el 2011, con libertad condicional. Y no por nada, cuando accedió a este último beneficio, dijo: «Ahora voy a poder salir a caminar. El arresto domiciliario me limitaba mucho».

Existe un concepto con el que muchas veces se confunde a la psicopatía y es la sociopatía. El enredo tiene su origen en la traducción de películas del inglés al español, donde algunos traductores con poca experiencia en léxico psicológico traducen *sociopath* como psicópata, sin darse cuenta de que son cosas distintas. A la sociopatía se le define como un trastorno mental, que se caracteriza por una alteración de la personalidad que implica a un comportamiento antisocial o asocial. Además, es un concepto que proviene de la sociología y que involucra un fracaso de las instituciones –colegio, familia, iglesia, comunidad–, en la vida de los niños, y no tiene elementos biológicos asociados.

En el caso de la psicopatía, hay elementos de la crianza de la persona, pero también hay temas biológicos. Sin ir más lejos, León Mayer explica que el hijo de un psicópata probablemente va a tener rasgos psicopáticos. Existen varias investigaciones que lo avalan y que para esto han estudiado a gemelos y niños adoptados, como es el caso *de Psychopath personality traits, genetic risk and gene enviroment correlation*s (2011), de Beaver, Barnes May y Schwartz, o *The development of psychopathy* (2006), de Blair, Peschardt, Budhani, Mitchell y Pine, donde se sugiere que la heredabilidad genética de la psicopatía es de entre un 30 % a un 50 %.

Por su parte, tras analizar cincuenta y un estudios de gemelos y adopción para el artículo *Genetic and environmental influences on antisocial behaviour*: *Meta-analysis of twin and adoption studies* (2002), los investigadores Rhee y Waldman concluyeron que los factores genéticos son responsables del 32 % de la variabilidad, mientras que los factores ambientales representan al 43 % de la incidencia. Esto quiere decir que, para la existencia de un psicópata, es prácticamente inevitable que se junten estos dos factores. ¿El hijo de un psicópata necesariamente lo será? No. ¿Un niño que fue abusado en su infancia necesariamente abusará de otros? Tampoco.

Es la mezcla entre genética y un ambiente de crecimiento poco saludable la que determinará si la persona va a desarrollar estos rasgos.

No es la idea que, tras leer este capítulo, salgan a buscar psicópatas en su círculo cercano. Tampoco que te pongas a buscar en línea, porque basta con escribir «psicópata» en el buscador para que aparezcan artículos sumamente sensacionalistas, como «10 rasgos que definen a un psicópata» o «Aprende a identificar a los psicópatas con los que convives». Pero sí que tengan la noción de que no son seres especiales o rarísimos. Tampoco son solo los temibles delincuentes con los que nos encontramos en las portadas de los diarios. Pero sí son personas que carecen de consideración por el otro, lo que los hace inevitablemente peligrosos, de una forma u otra.

En palabras de Robert Hare, el autor del instrumento con el que los especialistas los identifican: «El psicópata te elegirá, te desarmará con sus palabras y te controlará con su presencia. Te deleitará con su ingenio y sus planes. Y cuando haya terminado contigo, te abandonará y se llevara consigo tu inocencia y tu orgullo».

3.
NIÑOS ASESINOS

Llevamos varias páginas hablando de atrocidades. Y llevo varios meses pensando en ellas, contándolas en pódcast y en transmisiones por redes sociales, así como estudiándolas para este libro que tienes en tus manos. Sobre muchas cosas creo que ya soy insensible. Creo que hay casos sobre los que he leído tantas veces que ya no siento tanto dolor ni impacto cuando los reviso. Pero cuando se trata de niños, me sigue costando mucho. Este capítulo es, sin duda, el que más me va a costar escribir, porque habla de menores que cometieron crímenes horribles, contra otros niños y niñas de su misma edad o incluso más pequeños. Bebés que confiaron en ellos, porque los vieron como pares.

Me quiero tomar la libertad de dedicar estas páginas a esos chicos que no tuvieron la oportunidad de conocer su futuro.

No es común que niños maten a sangre fría. Por eso cuando algo así pasa en el mundo llama la atención. El 21 de noviembre del 2022 en Milwaukee, Estados Unidos, un niño de diez años disparó contra su mamá a quemarropa. Al principio se pensó que se trataba de un trágico accidente, producto del fácil acceso que tienen los niños a las armas en ese país. Pero, en medio de los interrogatorios y pericias psicológicas, los investigadores dieron con una cruda verdad: el niño habría disparado el arma a propósito, con intención de apuntar a la pared, para asustar a su mamá y así convencerla de que le comprara un videojuego. Y la nula experiencia del chico hizo que la bala terminara hiriendo a su madre en el rostro, matándola de forma instantánea.

Ese mismo mes, unos días antes, en Vila Velha una niña brasileña de once años asesinó a su madre a puñaladas, porque ella no aceptaba la relación que mantenía con otro niño de catorce. A diferencia del caso norteamericano, donde la defensa pidió que al niño se le tratara como adulto, en Brasil se respetó la ley que indica que los menores de catorce años no son imputables, por lo que la chica pudo ser retirada por familiares.

Hay niños que matan, a veces como parte de una pandilla, por no saber cómo manejarse en situaciones violentas o por verse envueltos en asaltos y robos armados. Pero hay niños que se arman con la intención de dañar a otros: a sus padres, a compañeros del colegio, o incluso a niños o adultos que escogen de manera aleatoria para convertirlos en víctimas.

Hay niños que matan. Y hay casos que han dado la vuelta al mundo, por ser tan inexplicables que no logramos encontrarles lógica.

Uno de los casos más emblemáticos es el asesinato de James Bulger, de tan solo dos años, en manos de otros dos chicos, de diez cada uno. Los tres estaban en el centro comercial New Strand, en Bootle, el 12 de febrero de 1993. James acompañaba a su madre, Denise, que estaba haciendo compras, mientras que los preadolescentes –Robert Thompson y Jon Venables– observaban niños pequeños, buscando entre ellos a una posible víctima. El plan original –revelarían más tarde– era secuestrar a un niño para llevarlo hasta una autopista cercana y empujarlo a una eventual muerte.

James tenía solo dos años, por lo que no es de extrañar que tomara las manos que le ofrecieron Thompson y Venables, durante los pocos minutos que su madre lo perdió de vista para pagar en la tienda. ¿Por qué iba a desconfiar de niños?

Apenas terminó de pagar, Denise notó que su hijo no estaba.

Lo que le pasó a James Bulger es un acto de crueldad inimaginable, y más aún cuando recordamos que sus atacantes también eran niños. ¿Cómo pasó algo así por sus cabezas, que

deberían haber estado pendientes de tareas escolares y dibujos animados? Y es más horrible, cuando hoy se sabe que fueron más de treinta los adultos que vieron que algo extraño sucedía y que optaron por no hacer nada.

No vale la pena entrar en detalles, pero sí haremos un relato general de lo que ocurrió en las horas siguientes: caminaron unos cuatrocientos metros hacia el canal Leeds and Liverpool, donde lo golpearon y lo asustaron, diciéndole que lo lanzarían al canal. Siguieron caminando casi cinco kilómetros por Liverpool, distancia en la cual unas cuarenta personas los vieron, notando que el menor de los tres iba llorando asustado.

Llegaron hasta una estación de tren abandonada, donde lo golpearon con piedras y ladrillos, proporcionándole en total diez fracturas en el cráneo y cuarenta y dos lesiones en total; todas tan graves que no se sabe cuál fue la que provocó su muerte. También abusaron de él. Estos niños de diez años pensaron tanto en el asunto que dejaron el cuerpo en la línea del tren, para que pareciera un accidente. Casi lo logran. Cuando lo encontraron, dos días después, estaba partido por la mitad.

No es común que estas cosas pasen en el mundo y, por lo mismo, cuando suceden las autoridades y la ley no saben cómo manejarlas. Es demasiado impactante. En el caso de estos chicos, les dieron una condena indefinida y terminaron saliendo con libertad condicional ocho años después del ataque.

Inglaterra y Gales tienen una de las edades de responsabilidad penal más bajas de Europa, o sea, diez años. Mientras que entidades de derechos humanos defienden que no debiera bajar de los doce o incluso los catorce años.

A la fecha, Thompson y Venables son las personas más jóvenes que han recibido una condena de privación de libertad en Reino Unido.

Según el artículo *Rangos etarios de la imputabilidad penal en el derecho comparado,* del sociólogo Guillermo Fernández Lores, elaborado para la Comisión de Seguridad Ciudadana de la Cámara de Diputados de Chile, y publicado en agosto del 2017, tanto en Chile como en Colombia y Paraguay, los niños son responsables penalmente desde los catorce años. Y a nivel regional, el límite de edad más alto está en Argentina, donde llega a los dieciséis años.

En el caso nacional, rige la Ley de Responsabilidad Penal Adolescente (ley 20.084), la cual establece un sistema de responsabilidad adolescente entre los catorce y diecisiete años, y que tiene por objetivo la reinserción de quienes infringen la ley, a través de programas especiales. Esta ley entrega a todos los adolescentes en ese rango etario derecho a defensa gratuita y especializada, y les asegura que, en caso de ser condenados o recibir sanciones privativas de libertad, no serán derivados a cárceles para adultos, sino que a centros especializados.

EL CASO DE SLENDER MAN

Si eres asiduo al mundo *online,* seguro que estás familiarizado, o al menos has leído sobre el concepto «creepypasta». Si no, o si solo crees saber de qué se trata, te lo contamos. Un *creepypasta* es una historia de terror compartida en foros, blogs o cadenas en línea. Son como una versión web de los relatos orales de antaño: nadie sabe de dónde surgieron, ni quién los creó, ni qué tan reales son.

Existen cientos, sino miles, pero sin duda el más famoso es Slender Man. La historia, que se empezó a viralizar en el 2009 dentro del foro Something Awful, cuenta que se trata de una figura

humanoide masculina, alta y sin rostro que se pueda distinguir. Viste elegantemente con un terno, tiene piernas largas y delgadas y en vez de brazos cuenta con tentáculos que salen de su espalda. Es tan popular que tiene dos videojuegos y una película y ha llegado al punto que hay personas que no están tan seguras de que sea algo inventado.

Y eso fue, precisamente, lo que llevó a la tragedia.

Eran tres amigas de doce años. En el 2014, dos de ellas, llamadas Anissa Weier y Morgan Geyser, llevaron a una tercera, Payton Leutner, hacia un bosque de Wisconsin, donde la apuñalaron en diecinueve ocasiones y la dejaron tirada, asumiendo que las heridas harían lo suyo. Pero Leutner logró arrastrarse hasta dar con un adulto y así salvar su vida. Pudo contar lo que le había pasado, lo que dio con el arresto de sus compañeras de curso.

Al ser interrogadas, la respuesta dejó a los investigadores helados: lo habían hecho para agradar al Slender Man, quien creían que era real y que vivía en una mansión cerca de los bosques de Wisconsin. Según explicaron, de esta forma lograrían convertirse en «proxies» del ente, lo que en otras palabras quiere decir personas que trabajan para él.

Tres años más tarde, Weier se declaró culpable de homicidio intencional en el segundo grado y fue sentenciada a pasar veinticinco años en la Institución de Salud Mental de Winnebago. Pero fue puesta en libertad a mediados del 2021. Morgan Geyser, en tanto, sigue cumpliendo una condena en un recinto de salud mental, en el que debería pasar un total de cuarenta años.

EL ASESINO DE PELO ROJO

Un caso de niño asesino que impactó al mundo entero ocurrió el 2 de agosto de 1993, en Savona, del estado de Nueva York. Ese día, Derrick Robie, de cuatro años, le dijo a su mamá que no era necesario que lo llevara al campamento de verano. Que se sabía el camino, que estaba grande y que podía ir solo. Y al ser un lugar tranquilo y la distancia a recorrer poca –solo noventa metros–, le dijo que estaba bien. Que se fuera con cuidado. En el camino se encontró con Eric Smith, un niño de trece años que volvía a su casa desde ese mismo campamento: lo habían echado por su mal comportamiento.

Así como en el caso de Inglaterra, Smith convenció a Robie para que lo siguiera a una zona boscosa, cerca del camino. Una vez solos, y lejos de los ojos de los adultos, lo estranguló, lanzó una roca contra su cabeza y lo atacó sexualmente.

La madre del pequeño fue a buscarlo al campamento un poco antes del mediodía, solo para descubrir que su hijo nunca había llegado. Inmediatamente dio aviso a las autoridades, y en cuatro horas encontraron el cuerpo.

Smith le confesó el crimen a su mamá, casi una semana después. Y, esa misma noche, fueron a prestar declaración a las autoridades. Nadie se podía explicar semejante crueldad inusitada de parte de un niño hacia otro aún más chico, por lo que distintos especialistas se dedicaron a su caso, buscando respuestas. Lo que se supo fue que el adolescente no tenía amigos y que, por lo general, sufría malos tratos por parte de sus pares, debido a la forma de sus orejas y a sus lentes gruesos. El castigo esa mañana en el campamento habría sido la gota que rebalsó el vaso y que le habría llevado a volcar toda su ira contra un niño que nada tenía que ver.

Eric Smith vivió privado de libertad por veintisiete años. Primero en centros juveniles, luego en correccionales y más tarde en una cárcel de máxima seguridad. En octubre del 2021, pese a la

oposición de la familia Robie, se le entregó la libertad condicional y finalmente fue puesto en libertad en febrero del 2022.

EL VIRAL

El 1 de junio del 2004, una profesora de la escuela primaria Okubo, en la localidad japonesa de Sasebo, vio con horror cómo una de sus estudiantes de once años, Natsumi Suji, volvía a la sala cubierta de sangre. Para más espanto, faltaba otra chica del curso, a la que habían visto por última vez con Natsumi. «Lo siento mucho», repetía la niña mientras se miraba las manos con incredulidad.

Con esto sellaba una idea que envenenaba su mente desde un mes más o menos, cuando una de sus mejores amigas y compañera, Satomi Mitarai, la trató de gorda y engreída en un foro de internet. Natsumi era asidua a este tipo de plataformas e incluso tenía un blog propio, donde hablaba de cine gore, o de violencia explícita, que era una de sus aficiones. Pero, en el mundo real, la preadolescente sufría una intensa presión por mantener buenas notas y un excelente comportamiento, exigencias que venían de su familia.

Los foros, blogs y amistades *online* fueron tomando cada día más protagonismo en su vida, y de a poco empezó a pasar más tiempo encerrada en su pieza, e incluso a comportarse de forma más nerviosa, como si estuvieran constantemente acusándola de algo.

Nunca perdonó a Satomi por sus comentarios, los cuales habrían sido formulados a la ligera, como una «broma entre jóvenes». Ese 1 de junio era un día especial en el colegio, porque les tomarían la foto de curso para el anuario. Natsumi quedó inmortalizada usando una falda plisada y un polerón demasiado grande, de la universidad de Nevada. Fue por ese *look* que, para la cultura popular, pasó a ser conocida como Nevada Tan.

Ese mismo día, convenció a Satomi para que la acompañara a una sala desocupada, porque le tenía una sorpresa. Le dijo que se sentara y tapara los ojos, cosa que hizo totalmente confiada. Natsumi le dijo «ahora morirás» y en instantes le cortó el cuello y las muñecas, para luego volver a su sala mientras la chica agonizaba.

Natsumi pasó cuatro años institucionalizada hasta que fue puesta en libertad. Desde entonces no se sabe nada de ella, pues su familia decidió abandonar la ciudad y mantener sus identidades y destinos en total discreción, para proteger a la chica. Y es que, pese a haber asesinado a su amiga a sangre fría, Nevada Tan se convirtió en un personaje de culto: chicas se disfrazan de ella para Halloween, se han escrito mangas e incluso ha inspirado canciones.

Pero en Japón, además, inspiró un intenso debate. Y es que no había nada, más allá de su corta edad, que pudiera excusar a Natsumi por el crimen. Entonces ¿se debía bajar aún más la edad de responsabilidad penal para que pudiera cumplir sentencia? Y no se trató de un debate menor, pues cuatro años antes ya se había reducido, de dieciséis a catorce años, debido a los asesinatos de Kobe.

QUÉ TAN FRÁGILES SON LOS SERES HUMANOS

Durante el primer semestre de 1997, cinco niños fueron atacados en Kobe, dos de ellos muriendo a causa de un delincuente serial, que no resultó ser más que un adolescente de catorce años.

La historia, de la que no se habla demasiado en Occidente, es la siguiente. En mayo de 1997, en la entrada de la escuela primaria Tainohata, apareció la cabeza de uno de sus estudiantes. Se trataba de un niño de once años llamado Jun Hase, que asistía a ese mismo establecimiento educacional. Al interior de su boca, como atragantándolo, había una nota escrita con letras rojas: «Este es el comienzo de los juegos. Intenten detenerme si son capaces, estúpidos policías. Estoy desesperado por ver gente morir, para mí es estimulante cometer asesinatos. Se necesita un juicio sangriento por mis años de amargura». Y firmaba Sakakibara.

Este fue solo el primero de los muchos mensajes que recibieron las autoridades y los medios de comunicación, al más puro estilo del Asesino del Zodíaco. Pero no duró demasiado en sus misteriosas andanzas. El 28 de junio arrestaron a un adolescente de catorce años llamado Shinichiro Azuma, en relación con el asesinato de Hase. Además de confesar ese crimen, no tardó en agregar que también había asesinado a una niña de diez años llamada Ayaka Yamashita, el 16 de marzo, y que también durante ese semestre había atacado a otras tres niñas.

Del día que asesinó a Ayaka, hay un registro en su diario de vida que hiela la sangre: «Hoy llevé a cabo experimentos sagrados para confirmar qué tan frágil son los seres humanos… bajé el martillo cuando la chica se volvió a mirarme. Creo que golpeé su rostro algunas veces, pero estaba demasiado excitado como para recordarlo».

Como comentamos antes, este caso llevó a que la responsabilidad penal bajar hasta los catorce años, especialmente considerando la premeditación con la que se habrían cometido estos crímenes. No eran accidentes ni exabruptos, sino que sucesos planificados y llevados a cabo con total meticulosidad.

El adolescente asesino pasó casi una década privado de libertad, revocándose su condena en enero del 2005, meses después de los asesinatos de Sasebo. Al igual que Natsumi, su residencia e identificaciones fueron modificadas para resguardar su privacidad, pero en el 2015 lanzó su autobiografía, titulada *Zekka*. En ella, pide perdón por sus crímenes, pero al mismo tiempo revictimiza a los niños que asesinó, describiendo en detalle cada uno de los hechos.

La doctora y profesora de psicología forense en la Universidad DeSales, en Pensilvania, Katherine Ramsland, asegura que existen fuerzas culturales que hacen creer a los niños que el asesinato es un medio viable para llegar al fin que esperan y que, por lo general, cuando son juzgados o detenidos, no son capaces de entregar razones de peso para haber cometido el delito. En su artículo «5 razones por las que los niños matan», publicado en el sitio web Psychology Today, explica que «sin duda, el inmaduro cerebro adolescente juega un rol tanto en agresión tanto depredadora como impulsiva, pero también es evidente que algunos niños absorben representaciones culturales que aplanan la moralidad de un asesinato. El deseo de poder y ganancias podrían, entonces, fácilmente eclipsar la conciencia de lo que es bueno y lo que es malo».

Una de estas representaciones culturales podría ser la que tienen los psicópatas en la pantalla grande y la televisión. Los muestran como personas altamente inteligentes y elegantes, superiores al resto y capaces de salirse con la suya, sino para siempre, durante muchos años. Esto se debe, en parte, a que son personas cuyas mentes nos resultan demasiado interesantes, por lo que decidimos indagar en ellas, ya sea desde la ficción –*Psicópata americano* o *Hannibal*, por ejemplo– hasta la realidad documentada o ficcionada. *Dhamer* fue una de las series de Netflix más populares del 2022, y Jeffrey Dahmer uno de los disfraces más usados en Halloween de ese año. La misma plataforma de *streaming* ha indagado sobre BTK, Ted Bundy, John Wayne Gacy

y una serie de asesinos en serie que no hacen más que despertar nuestro interés, pero ¿podrían también ser motivo de admiración?

QUIERO MATAR

Raissa Nunes Borges tenía diecinueve años cuando decidió que un test *online* no era suficiente: quería saber si es que tenía lo necesario para ser una psicópata. Y matar a alguien era la prueba de fuego para descubrir si realmente podía hacerlo y seguir con su vida. Para esto, en agosto del 2021 reclutó a sus amigos Jeferson Cavalcante de veintidós años, Enzo Carneiro de dieciocho y un adolescente de dieciséis años cuyo nombre no fue divulgado.

Eligieron a Ariane Barbara Laureano de Oliveira, de dieciocho años, porque era menuda y difícilmente opondría resistencia. Cuando la encontraron, su cuerpo daba cuenta de haber sido apuñalado y tenía marcas típicas de un estrangulamiento. Según explicó la policía local, todos abordaron un auto y, de acuerdo al plan, al momento de chasquear los dedos, comenzaría el ataque. Primero, Raissa intentó estrangularla, pero no pudo hacerlo sola. Sus amigos la ayudaron hasta que Ariane se desmayó. Pero seguía con vida, por lo que la acuchillaron en tres ocasiones, hasta estar seguros de que había muerto.

Dejaron el cuerpo en una zona boscosa y arrancaron en el auto.

Una persona no puede decidir ser un psicópata, pero la representación de estos en los medios podría hacer creer que, para serlo, solo hace falta matar, dejando de lado todos los aspectos biológicos y circunstanciales que vimos en el capítulo dedicado a ellos.

En Inglaterra, en el 2014, una chica de catorce años vivía obsesionada con asesinos en serie. Buscaba toda la información a la que podía tener acceso sobre Ted Bundy y Richard Ramírez y le intrigaban situaciones como el tiroteo escolar de Columbine o los asesinatos del noruego Anders Breivik. Y esta obsesión fue más allá: dos años después, un jurado la encontró culpable de atacar una compañera de curso, así como de conspirar para asesinar a su madre y hermano, crímenes que finalmente no se cometieron.

El 25 de abril llegó hasta el colegio con la boca maquillada como el Joker de Heath Ledger y una bandana sobre su cabello. Según el fiscal a cargo del caso, le dijo a su amiga que le tenía un regalo: «Cierra tus ojos y abre tus manos». Pero cuando abrió los ojos, se dio cuenta de que se abalanzaban contra ella con un cuchillo. Dio un paso hacia atrás, logrando que estas primeras heridas solo fueran superficiales, y escapó con vida.

Antes del ataque, la chica que más tarde fue capturada por la policía había buscado en internet: «¿Cómo no sentir culpa?», «qué tan profundo está el corazón?» y «¿cómo matar rápidamente con un cuchillo?».

CHICAS PESADAS (QUE MATAN)

La adolescencia es una etapa complicada para todos. No entendemos qué sentimos, por qué lo sentimos, ni tenemos las herramientas para resolverlo. Las redes sociales solo sirven para dificultar aún más la situación. Y es que, si antes la aprobación se notaba en invitaciones a ser parte de un grupo o a ir a fiestas, ahora se trata de algo mucho más tangible, que se puede medir fácilmente con «me gusta» o comentarios.

En el 2012, Skylar Neese, de dieciséis años, era una estudiante en la escuela secundaria University, en Pensilvania. Era hija única y quería estudiar para ser abogada defensora. Entre sus mejores amigas contaba con Sheila Eddy y Rachel Shoaf. Las tres eran usuarias acérrimas de Twitter, en una época en la que esta plataforma servía prácticamente de diario de vida.

Sheila y Skylar eran inseparables desde los primeros años de escuela. Las dos eran hijas únicas, les iba relativamente bien en el colegio y habían logrado amasar un buen grupo de amigos. Los padres de Sheila estaban separados y ella pasaba mucho tiempo sola, por lo que no era raro que se quedara a comer o a dormir donde los Neese, donde era considerada como parte de la familia.

Al comienzo de la secundaria todo cambió con la aparición de Rachel. Sus padres también eran ausentes, por lo que conectó con Sheila en esa parada emo, sufrida y victimizada, donde el lema era que estaban todos en su contra. Se empezaron a juntar más entre ellas y, aunque en un comienzo formaban un trío unido con Skylar, de a poco empezaron a dejarla de lado.

El 3 de julio, Skylar escribió en su cuenta de Twitter: «Las personas pueden ser muy malas sin ningún motivo». Un día después, tuiteó: «Estoy cansada de estar en mi maldita casa. Gracias, “amigos”, a mí también me encanta juntarme con todos ustedes».

Y es que, desde hace algunos días, Skylar se venía distanciando de sus dos amigas. En jerga adolescente, las tenía chatas, apestadas. Las molestaba con su sola presencia, con cómo se comportaba, cómo se vestía y cómo respiraba. Nada de lo que hiciera podía cambiarlo, entonces era lógico que Skylar no entendiera por qué sus mejores amigas no se querían juntar con ella. Por eso se entusiasmó cuando Rachel y Sheila la invitaron a salir una noche. Era tarde y al día siguiente tenían clases, así que tuvo que salir por la ventana de su dormitorio, sin sospechar que sus amigas llevaban semanas planificando su asesinato, para liberarse de ella de una vez por todas.

Pasada la medianoche, Skylar salió por la ventana para juntarse con sus amigas al interior del auto de Sheila. Lo que no sabía era que las chicas vestían polerones extragrandes para esconder cuchillos y que en el auto además llevaban toalla de papel, cloro, paños de género y ropa de cambio. También una pala.

Llegaron a una zona cerca del límite estatal y bajaron del auto para caminar hacia un sector más alejado, donde por lo general se juntaban a fumar marihuana. Sheila y Rachel le dijeron a Skylar que habían olvidado llevar encendedores, por lo que esta última se ofreció para volver al auto a buscar uno. Esa era la señal. Skylar se dio la media vuelta para ir hacia el auto, y fue entonces que las otras dos dijeron al unísono «uno, dos, tres» y se abalanzaron contra ella para acuchillarla.

Cuando a la mañana siguiente los padres de Skylar se encontraron con que la cama de su hija estaba vacía, lo primero que hicieron fue acudir a la policía, donde se encontraron con un freno: aún no habían pasado las horas necesarias para reportar una desaparición, y lo más probable es que la niña se había ido por las suyas. Pero los Neese conocían a su hija y sabían que ese no era el caso. Así que fueron donde las mejores amigas, buscando respuestas: les dijeron que sí, que efectivamente habían estado con ella la noche anterior entre las once y medianoche, que habían fumado marihuana y que la habían ido a dejar, aunque no a la puerta de su casa, con el objetivo de no despertarlos.

Como todo lo que sabían las autoridades era que las últimas personas que estuvieron con Skylar fueron Rachel y Sheila –esto, apoyado además por cámaras de seguridad– procedieron a interrogarlas varias veces. Lo que más les llamó la atención fue la frialdad con la que se expresaban y la falta de emoción en sus relatos, considerando que su amiga estaba desaparecida.

Y, en el intertanto, seguían usando Twitter. Especialmente Sheila, quien sin asco escribía mensajes públicos como «Skylar regresa», «No puedo lidiar con la escuela sin ti», «Te extraño demasiado». Pero, a medida que pasaban las semanas y los meses, tanto en la red social como al interior del colegio surgían rumores sobre las amigas. ¿Acaso podían ser ellas las culpables? Sheila habría respondido a estos ataques de sus pares –y a las sospechas de la policía, que incluso decomisó su celular sin encontrar nada importante– con un mensaje dedicado a Skylar: «No te gustarían las cosas que se dicen últimamente».

Las autoridades volvieron a intentarlo, esta vez usando el examen de polígrafo. Sheila lo pasó sin problemas, mirando a los interrogadores directamente a los ojos con actitud arrogante. Pero Rachel no fue capaz ni siquiera de entrar al recinto donde se tomaría la prueba de la verdad: huyó, sufriendo una crisis de ansiedad que implicó que la internaran en un hospital psiquiátrico hasta poder estabilizarla. Y el día 3 de enero del 2013, ya recuperada, se dio cuenta de que la única forma de superar sus traumas era hablando.

La confesión fue impactante: «La matamos porque no nos agradaba».

LA AMÍGDALA

Varinia Signorelli es psicóloga, con magíster en psicología clínica y con una larga trayectoria trabajando con niños, niñas y adolescentes. Si bien está de acuerdo con que no es común que menores de edad asesinen a sangre fría, sí existen situaciones que los pueden mantener al límite entre una conducta normal y una alterada, que podría derivar en hechos violentos.

En el cerebro hay dos amígdalas, una en cada hemisferio. Se trata de estructuras involucradas en nuestras emociones y motivaciones, especialmente las que están conectadas con la supervivencia, la ira y el placer. La amígdala es capaz de recibir información del entorno y hacerse cargo de aquellos estímulos que considera importantes.

«Cuando tengo una sensación de peligro, me pongo en hiperalerta, lo que prende mi amígdala. Hay estudios en niños con cuidado negligente, donde les pegan o los dejan solos, donde se ve que hay distintas salidas», explica Varinia: «Hay estudios donde la amígdala del niño con cuidados negligentes es más grande de lo normal. La teoría dice que los niños que han tenido este tipo de cuidado de forma sostenida en el tiempo tienen su amígdala siempre activada, mientras que mantienen el lóbulo frontal –que maneja las funciones cognitivas y el control de las actividades– apagado. Ese niño, si se ve en una situación de alerta, te podría matar».

Y en algunos casos no basta con vivir en un hogar seguro y cariñoso, donde los niños pasan pocas horas al día. Porque si en el colegio pasan casi toda una jornada en hiperalerta, de poco va a servir el amor que la mamá le pueda entregar en un par de horas.

Para explicar algunos de los casos que comentamos en este capítulo, es fundamental hablar de la empatía, así como de un proceso anterior llamado mentalización. En su artículo «Mentalizing», publicado en *Bulletin of the Menniger Clinic* (2003), el doctor, profesor de psiquiatría y autor de libros y estudios sobre trauma y psicosis, Jon G. Allen, explica que las personas mentalizan cuando tratan a los otros como personas y no como objetos. Se trata de un proceso en el que se otorga sentido a los estados mentales: a los nuestros y a los de otros. Se trataría de algo imprescindible para que el sistema social funcione.

Según explica Varinia, la única forma de aprender a empatizar con otro es empezando por la mentalización: «Cuando mentalizo a mi hijo, él aprende a mentalizar a los otros. En general

cuando una mamá está enojada o es negligente, no está mentalizando a los niños. Y si quiero enseñar empatía a un niño, tengo que ser empático con él no solo una vez, sino que en la mayoría de las oportunidades». Asegura que cuando a un niño le falta empatía, no es que tenga una enfermedad mental, sino que nunca fueron empáticos con él.

Y algo que podría dar luces sobre lo que pasó en Inglaterra con el pequeño James Bulger, en manos de Robert Thompson y Jon Venables. ¿Cómo se explica que dos niños lleven a otro aún más chico a su muerte? «Deshumanizas al niño con falta de empatía», piensa Varinia: «Eso quiere decir que esos niños, en su experiencia de cuidado, fueron deshumanizados también. Hay una necesidad de que para salvarme me tengo que identificar con mi agresor. Porque si yo no deshumanizo, me va a pasar a mí. Este caso tiene que ver con un cerebro que ha sido maltratado».

Y esa falta de empatía se puede ver, obviamente, en el trato con otros, pero también en un patrón común en psicópatas como Jeffrey Dhamer, quien en su vida adulta asesinó a al menos diecisiete personas, o Ian Brady, conocido como el asesino del páramo, que torturó y asesinó a seis niños en los años sesenta: les gustaba experimentar matando, torturando o descuartizando animales. Esto no quiere decir que si un niño mata a un animal intencionalmente terminará siendo un asesino, pero sí demuestra una falta de empatía en la base de su crianza.

A Brady, incluso, le gustaba vanagloriarse por haber matado a su primer gato cuando solo tenía diez años.

El caso de Nevada Tan es distinto. La niña, después de asesinar fríamente a su amiga, corre hacia la sala y se acusa ante la profesora, como si no entendiera lo que acababa de pasar. Esto, pese a que está comprobado que había planificado cómo la mataría varios días antes. Según Varinia, en este caso se podrían mezclar dos cosas. Por un lado, la deshumanización, aunque sea temporal, de la otra persona –que la trató mal previamente, por lo tanto, la había hecho sentir victimizada –pero, por otro lado, se da una disociación en la cabeza de Natsumi. Cuando una persona se disocia, explica Varinia, está usando una herramienta que la ayuda a funcionar en una situación abusiva o de violencia extrema. Es como si fuera otra persona, está despersonalizada, porque el cerebro está en dos partes distintas.

Entonces sí, hay una Natsumi que efectivamente está planificando y llevando a cabo el asesinato de una amiga. Pero también hay otra que sigue una vida normal, durmiendo, comiendo y yendo a clases. Y cuando inevitablemente esas dos partes se juntan, porque están en un mismo cuerpo, puede entrar en *shock*.

¿POR QUÉ MATAN LOS NIÑOS?

Es una pregunta a la que difícilmente podemos aportar más que teorías. Pero hay algo que parece clave. Más allá de la genética, su entorno y el carácter de sus cuidadores son claves, para que se sientan seguros, y no en un constante estado de alerta que los haga reaccionar sin pensar en sus actos. También es fundamental que crezcan en un ambiente donde son mentalizados, humanizados, donde se vive con empatía, para que ellos también puedan serlo, para que no crean que el poder se encuentra abusando, torturando ni asesinando.

Después de veintisiete años tras las rejas, Eric Smith, quien a los trece años asesinó brutalmente al pequeño Derrick Robie, ya es un hombre libre. Vive en Queens y está comprometido para casarse. Dice que quisiera tener una familia. ¿Debería un hombre de cuarenta

años hacerse responsable por lo que hizo cuando era solo un niño? El debate es complejo, porque ¿qué es lo que se persigue dejándolo en la cárcel? ¿No debiera haber resuelto sus problemas de rabia y aprendido a manejar la ira que le provocaba que lo molestaran en el colegio?

La respuesta no es fácil.

4.

AMOR PROHIBIDO MURMURAN TRAS LAS REJAS

Dicen que el amor es ciego. Y también que a nadie le falta Dios. Ni siquiera a las mentes criminales más peligrosas del mundo. Es cierto que muchos psicópatas y asesinos en serie llevan vidas paralelas completamente normales, donde están en pareja y son padres o madres de familia. Eso es algo que se puede llegar a comprender, en cuanto el resto aún no se ha enterado de la doble vida de esta persona: no saben que el hombre que llega a dormir con ellas viene de haber asesinado y violado estudiantes, por decir un ejemplo. No tienen cómo saberlo, porque lo esconden muy bien.

Es parte de su encanto.

Pero una vez que son llevados a la justicia, en teoría debería cambiar la situación. Cuando Dennis Rader, más conocido por ser el sádico asesino en serie BTK, fue detenido en el 2005 por los crímenes que cometió entre 1974 y 1991 en Wichita, Kansas, sorprendió a toda la comunidad y especialmente a su esposa e hijos, que lo veían como un hombre tranquilo.

Pese a todo el amor que Paula Rader pudo haber sentido por quien fuera su marido desde 1971, no tardó en asumir que se trataba de un criminal de sangre fría y pidió el divorcio apenas pudo. De hecho, el juez a cargo le concedió un divorcio de emergencia, el cual se pudo ratificar sin la firma del cónyuge. Aunque puede sonar facilista decir «ese no es el hombre con el que me casé», sí es cierto que el lado que conoció después de la detención de Dennis fue demasiado abrumador como para dejarlo pasar en honor a los años vividos.

También lo hizo así Nancy Jo Lynch, esposa del asesino en serie John Edward Robinson, quien fue condenado a la pena de muerte por el asesinato de seis mujeres y niñas entre Misuri y Kansas. Una vez detenido su marido, no tardó en pedir el divorcio por evidentes diferencias irreconciliables.

Es lo lógico. Que si te enfrentas a un hombre o a una mujer que cometió un crimen así de grave decidas dejarlo ir. Pero no son pocos los casos de mujeres que conocen a delincuentes peligrosísimos tras las rejas, ya sea por correspondencia o porque simplemente los visitan de puro interés.

Hay algo de fruta prohibida, algo de rebelde sin causa, que les atrae. Y si hablamos de delincuentes narcisistas, que burlaron a las autoridades por décadas, no es de extrañar que se sientan seducidas por este interés. No es que se enamoren, pero sí les entusiasma seguir siendo idolatrados.

La familia Manson, por ejemplo, creció después de los respectivos arrestos. No solo Charles Manson recibió a varias *groupies* e incluso estuvo a punto de casarse en distintas ocasiones, sino que sus seguidores también «rehicieron» su vida. El primero en casarse fue Tex Watson, la mano derecha del líder del culto, quien contrajo matrimonio en 1979 con Kristin Joan Svege. Tuvieron cuatro hijos juntos –que nunca vieron a su padre fuera de la cárcel– y finalmente se divorciaron en el 2003.

Susan Atkins, presa por acuchillar a muerte a una embarazadísima Sharon Tate, se casó en dos oportunidades después de su condena. Primero, en 1981 con un supuesto millonario llamado Donald Lee Laisure, pero este enlace fue rápidamente anulado, cuando la convicta se enteró de que el novio no era realmente rico y que se había casado más de treinta veces. Sin embargo, más tarde encontraría el amor, cuando en 1987 se casó con James Whitehouse, un estudiante de

derecho de Harvard quince años menor que ella. Esta relación sí perduró y, de hecho, estuvieron casados hasta la muerte de Atkins en el 2009.

Rosalie Martinez tenía cuatro hijos y estaba casada con un importante abogado. Ella misma era defensora pública cuando le tocó defender a Oscar Bolin, un reo que cumplía una sentencia de veinticinco años por secuestro y violación de una joven de veinte años y que se encontraba en juicio por el asesinato de otras tres personas. Rosalie vivía una vida cómoda, con todos los lujos que una importante familia dedicada al derecho se podía dar, por lo que toda su comunidad quedó boquiabierta cuando anunció, en medio de la defensa, que se había enamorado perdidamente de Bolin.

Perdió la tutela de sus hijos y las propiedades que compartía con su marido por elegir una vida a distancia con el delincuente, con quien se casó por teléfono, usando un vestido de novia tradicional. Desgraciadamente para Rosalie, la historia de amor por la que apostó todo terminó mal: el 7 de enero del 2016 murió ejecutado, cumpliéndose así su pena de muerte.

Uno de los novios/reos más famosos es Ted Bundy, conocido asesino en serie y violador, quien ha capturado el interés del mundo por las películas y documentales en su honor, y porque, querámoslo o no, era objetivamente guapo. Los crímenes de Bundy no eran poca cosa: se declaró culpable de treinta homicidios, aunque se estima que mató a muchas más, principalmente estudiantes universitarias.

Ted Bundy escogía generalmente a víctimas veinteañeras de pelo castaño, que no tuvieran ningún vínculo con su vida normal. Lo impulsaba el sadismo –ese placer que sentía al provocar dolor y miedo–, pero también la oportunidad: más que seguir y planificar sus crímenes, iba preparado en su auto para cuando surgiera la ocasión. Tuvo relaciones importantes antes de ser capturado, con mujeres que no sabían sobre sus fechorías, pero todas terminaron inevitablemente cuando fue detenido y cuando confesó sus crímenes.

Aunque hubo una mujer que nunca dejó de amarlo. Se trata de Carole Anne Boone, una expareja de Bundy, quien ya se había casado y divorciado dos veces de otros hombres y que tenía dos hijos. Lo amaba tanto que intentó ayudarlo a escaparse en 1977 y finalmente se casó con él en 1980. Lo acompañó hasta el final e incluso tuvieron una hija juntos dos años después del matrimonio: le puso Bundy, en honor a su padre.

ATRACCIÓN FATAL

Se conoce como hibristofilia a la atracción sexual por personas que han cometido crímenes delicados, como asesinatos, violaciones o robos con violencia. Se trata de un concepto acuñado en los años cincuenta por el psicólogo John Money, quien aseguraba que se trataba de una patología que afectaba principalmente a mujeres heterosexuales. La verdad es que no hay que ir muy lejos para dar con el origen de esta parafilia –perversión o desviación sexual–, pues sigue la eterna idea de que las mujeres podemos, a través de nuestros cuidados y afectos, cambiar a un hombre dañado.

Pero una cosa es querer reformar a un rebelde y otra muy distinta es dejarlo todo por un violador condenado a muerte.

De acuerdo con la autora estadounidense Sheila Isenberg, quien publicó el libro *Mujeres que aman a hombres que matan*, las mujeres hibristófilas tienden a tener una vida marcada por el abuso de sus cuidadores y principalmente de sus figuras masculinas. Pero no siempre es el caso,

como pasó con Rosalie Martinez, quien venía de un ambiente familiar sano y contaba con educación superior.

En un artículo publicado en *Psychology Today*, titulado «Women who love serial killers», la psiquiatra Katherine Ramsland reconoce que muchas mujeres quieren cambiar a estos hombres crueles y al mismo tiempo poderosos, pero que también hay un lado de ellas que busca al niño que llevan dentro. Aunque su análisis más llamativo se centra en que un preso condenado a muerte o a cadena perpetua es, de una forma muy retorcida, «el novio perfecto». «Mientras que puede asegurar que alguien la ama, no debe soportar los problemas del día a día que están presentes en la mayoría de las relaciones», escribe la especialista y agrega: «No tienen que lavar la ropa, no tienen que cocinarles, no tienen que rendirle cuentas. Pueden mantener la fantasía por mucho tiempo».

Pero esto no significa que no hagan sacrificios por estos romances. Muchas veces dejan sus trabajos y familias para mudarse cerca del centro penitenciario que habita su amado y desembolsan altas sumas de dinero e incluso todos sus ahorros para ayudarlos en sus apelaciones.

La doctora Melissa Matuszak, investigadora del Centro de Investigación de Homicidios de la Universidad Riverside City College, identifica cuatro patrones claros en los casos de hibristofilia recogidos por la literatura especializada:

- Mujeres que buscan relaciones románticas con delincuentes encarcelados.
- Mujeres que participan o facilitan comportamientos criminales de sus parejas románticas.
- Mujeres que se sienten sexualmente atraídas o satisfechas cuando sus parejas presentan conductas criminales.
- Mujeres que buscan relaciones o que se sienten sexualmente atraídas por criminales violentos, como asesinos en serie.

Hay quienes asocian la hibristofilia a la historia de Bonnie y Clyde, en cuanto ella se habría sentido atraída por este criminal que además gozaba de cierta fama en la época. De hecho, algunas personas la llaman «el síndrome Bonnie y Clyde». Aunque muchas personas han escuchado sobre esta pareja de criminales, pocos conocen realmente su historia.

Bonnie Parker se casó siendo solo una adolescente con un hombre maltratador que terminó en prisión por robo. Ella aprovechó esta situación como un escape y volvió a vivir con su familia, ganando algo de dinero como camarera. Fue trabajando que conoció a Clyde, un exconvicto de familia humilde, que al poco tiempo de conocer a Bonnie vuelve a la cárcel por el robo de un auto.

Pero la chica estaba enamorada y en una de sus visitas le llevó un arma con la que Clyde pudo escapar junto a un grupo de internos. Lástima para la joven pareja, no alcanzó a pasar una semana y Clyde ya estaba detenido una vez más. Tendrían que pasar dos años, para que en 1932 Clyde obtuviera la libertad condicional. Y es ahí donde empieza la leyenda de esta pareja de criminales, que en realidad eran parte de una banda de ladrones.

Pero también puede que haya otras motivaciones, especialmente en el mundo de hoy, hiperconectado y normado por las redes sociales, donde no se cuestiona cómo se alcanza la popularidad, siempre y cuando se alcance.

AMABLE, GRACIOSO, ENCANTADOR… Y ASESINO

Las últimas palabras de Richard Ramírez, conocido como el Acosador Nocturno, fueron «Lucifer habita en todos nosotros. No lo entienden y no espero que lo hagan, porque no son capaces. Estoy más allá de sus experiencias». Triste que no le haya dedicado alguna frase un poco más romántica a Doreen, la mujer con quien se casó en 1996, mientras esperaba que se cumpliera su sentencia letal.

Ramírez no fue un delincuente común: tiene en su haber catorce asesinatos comprobados, cinco intentos de asesinato y seis violaciones. Pese a eso, cuando Doreen lo vio en televisión no pudo sino ver su lado más amable. Y así lo dijo en junio de 1997, durante una entrevista televisada para CNN.

«Es amable, gracioso y encantador. Creo que es una persona genial. Es mi mejor amigo», aseguró al sorprendido periodista, que le preguntó qué fue lo que vio en una persona tan violenta. Después de verlo a través de la pantalla, se propuso conocerlo y nada la detuvo: comenzó a visitarlo y estuvo presente en cada una de las fechas de su juicio. Cuando se casaron, ella llevó un vestido blanco y le mandó a hacer argollas de plata, porque los satánicos no usan oro, supuestamente.

Pero Charles Manson, que tuvo una serie de pretendientes durante sus años tras las rejas, no corrió con esa suerte. En el 2015, la mente criminal tras los asesinatos de Sharon Tate y sus amigos, y del matrimonio LaBianca, canceló su compromiso con Afton Elaine Burton, una mujer cincuenta y tres años más joven, quien tiempo antes había usado todos sus ahorros para vivir cerca de la cárcel donde estaba detenido.

En un comienzo, Burton se veía algo así como una versión moderna de las seguidoras jipis que Manson tuvo en los sesenta, cuando era líder indiscutido de La Familia. Pero con el tiempo, sus verdaderas intenciones fueron saliendo a la luz. La pareja había conseguido una licencia para contraer matrimonio pese a la condición penal del novio.

De acuerdo con un reportaje de *The New York Post*, Manson decidió cancelar el compromiso y echar por la borda los sueños de la joven novia, tras enterarse que Burton, junto con un amigo, tenían planeado tomar posesión del cuerpo de Manson una vez que muriera, para exhibirlo en una cripta de cristal y así obtener beneficios económicos.

Por un lado, Manson se sintió engañado, y por otro, encontró que la idea era una completa tontera porque, de acuerdo con sus propias palabras, nunca iba a morir.

UNA HISTORIA DISTINTA

En Chile, el asesino en serie con más víctimas reconocidas es Julio Pérez Silva, el psicópata de Alto Hospicio, quien le quitó la vida a catorce jóvenes y niñas. Su caso ha sido cubierto en televisión, libros y pódcast, y aunque no todo el mundo conozca la historia a cabalidad, se puede asumir que la gran mayoría de los chilenos y chilenas saben que algo muy oscuro ocurrió en Alto Hospicio a fines de los noventa. Nadie es indiferente a esta información.

Y alguien que tampoco lo fue es una mujer que lo conoció en Puchuncaví y que mantiene una relación amorosa con él, pese a todas las barreras literales que los separan. En el 2021 fue

entrevistada por Canal 13 y, aunque no dio ni su nombre ni mostró su rostro, no fue tímida al hablar sobre sus sentimientos que lo ligan con el psicópata que asesinaba niñas en el desierto.

«Yo lo quiero mucho, yo me enamoré de él», asegura, y agrega: «Él me dice que no lo puedo olvidar, que él me ama mucho y que no lo deje solo. Que nunca lo deje solo porque él piensa que algún día va a salir de ahí». Tras haberse conocido cuando eran jóvenes, perdieron el contacto y ella no supo más de Julio hasta que lo vio en televisión, siendo detenido por sus crímenes luego de que una de sus víctimas escapara con vida.

No lo pensó dos veces y decidió viajar al norte para visitarlo en el primer centro penitenciario en el que estuvo detenido. Desde entonces llevan más de una década juntos, pero separados. «Nunca pensó que lo iba a ir a ver. Él lloró y me dijo que las cosas no eran como se estaban diciendo, que él no más sabía la verdad y que está amenazado por gente importante».

Su caso podría observarse de una forma muy inocente, casi maternal. Ella parece creer en la inocencia de su amado pese a toda la evidencia en su contra y romantiza el hecho de que esté tras las rejas por una injusticia. En tanto, para Pérez Silva, es un alimento al ego y una tranquilidad contra la soledad saber que existe alguien pendiente de él, que va a creer cualquiera de sus engaños.

Otra mujer convencida de la inocencia de su pareja es Crystal Straus, cuyo hermano Brian McGary habría muerto a manos de su compañero de habitación, John Tiedjen, el año 1989 en Cleveland. Pese a que, durante todo el proceso legal, Tiedjen mantuvo su inocencia, los fiscales aseguran que mató a McGary en medio de una borrachera, tal como se lo habría confesado más tarde a su hermano.

Tiedjen pasó treinta y tres años en la cárcel, y al comienzo de la condena empezó a recibir cartas de Crystal, quien quería hacerle saber que lo perdonaba por haber matado a su hermano. El reo respondió a estos contactos con otras cartas que aseguraban su inocencia. Según le contó a un canal local de noticias: «Le respondí con una carta y le dije “yo no lo hice, mira todo esto”», y le adjuntó información relevante con el caso.

Eventualmente, Straus terminó por creer en su inocencia, y no solo eso, sino que a través de las visitas y cartas que compartían, ambos se enamoraron y terminaron casándose cuando él terminó su condena. No está de más señalar, eso sí, que cuando murió el hermano de Crystal, Tiedjen estaba bajo libertad condicional por un caso previo de violación.

EL DOLOR SANA AL DOLOR

Hay organizaciones que ayudan a generar conexiones entre personas libres y presos que no conocen en la vida real. Tal es el caso del sitio canadiense Canadian Inmates Connect INC., el cual entrega información sobre reos divididos en hombres, mujeres, LGTBIQ+ y detenidos en otros países. A través del sitio web accedes a la dirección de la persona para poder empezar una comunicación por correspondencia y, además, puedes ver una pequeña biografía redactada por ellos mismos.

Por ejemplo, Ugo Fredette se encuentra en el centro penitenciario Cowansville y su dirección es 400 Fordyce Avenue, Cowansville, Quebec. Está condenado por asesinato y se espera que salga en libertad en el 2039. Sabemos, gracias a su perfil en este sitio, que es un hombre blanco, de ojos castaños, pelo corto y castaño y de contextura atlética. Y que está interesado en mantener correspondencia con mujeres.

Según su biografía: «Soy un hombre directo, no tímido, muy abierto. Tengo un buen sentido del humor, siempre estoy sonriendo. Me gusta ver películas (era un productor de cine). También me gusta patinar, acampar, nadar y hacer *trekking* en montañas, así como jugar golf. Soy alto (mido un metro ochenta y seis) y sólido (113 kilos). Puedo escribir, leer y hablar tanto en inglés como en español. Estaré feliz de escribirte de vuelta. ¡Gracias! Con buenas intenciones, sé que todo es posible… soy un viajero».

Entre sus recomendaciones, el sitio pone no enviar dinero a los presos y guglearlos antes de empezar una relación por correspondencia. Así que, como ejercicio, busqué más información sobre Ugo y, tras escribir su nombre en el buscador, me apareció todo lo que necesitaba saber: en el 2019 fue hallado culpable del asesinato en primer grado de su exesposa y de Yvon Lacasse, un hombre al que mató para robar su auto. Además, después de matar a la mujer, escapó con una niña de seis años, quien afortunadamente terminó ilesa.

Está detenido en Canadá, pero las señales de alarma se ven a gran distancia. Aun así, hay mujeres que querrían conocerlo a través de correspondencia. Pero ¿por qué?

En una entrevista con Trauma and Mental Health Report, la fundadora del sitio canadiense, Melissa Fazzina, entregó una noción más cercana sobre qué estaría pasando por la mente de estas personas. «Los reos no tienen nada más que tiempo. Realmente logras conocer a esa persona porque hablas de todo y de cualquier cosa. Eso es lo que refuerza esas relaciones. Puedes tener una relación, pero no vas a estar tan comprometida como para tener que cocinar todas las noches».

En el mismo medio entrevistan a la psicóloga Ami Rokach, quien se ha dedicado a trabajar en el sistema penitenciario canadiense por tres décadas. Según explica, «hay distintos tipos de mujeres que podrían estar interesadas en este tipo de relaciones». Entre ellas, describe a las que buscan nutrir y cuidar a su pareja, con la intención de salvarlo de su destino y de sí mismo. En segundo lugar, están las que ven en los hombres violentos las características de un macho alfa protector, que da la ilusión de poder hacerse cargo de ellas. Y, por último, están las mujeres de personalidad más rebelde, que están enojadas con la vida y que sienten que se vengan de su destino a través de estas experiencias.

Este sitio web canadiense no es una experiencia única, en todo caso. Hay chats –donde el contenido sexual está absolutamente prohibido–, como Inmatepassions.com, Meet-an-inmate.com, que funciona desde 1998 de manera completamente gratuita; Loveaprisoner.com, donde se puede tener suscripción gratuita o VIP y se pueden enviar regalos entre ambas partes; o Inmatemingle.com, donde los reos pueden tener citas virtuales o formar amistades a distancia.

Pero no siempre es necesario hacer el esfuerzo de buscar y contactar a un detenido para establecer contacto. Hay veces en las que simplemente te lo topas en el trabajo. Eso es lo que le pasó a Vicky White, aunque el resultado fue trágico.

POLICÍA BUENO, POLICÍA MALO

En abril del 2022, la subdirectora del correccional de Lauderdale en Alabama, Vicky White, desapareció junto a Casey White –un supremacista blanco con adicción a las drogas que cumplía una condena de setenta y cinco años por intento de asesinato y robo, entre otros cargos– mientras lo llevaba al tribunal, pasadas las nueve de la mañana.

Según reportó en esa ocasión CNN, Vicky estaba a cargo de coordinar el transporte desde el centro de detención hasta tribunales, pero la mañana que escoltó a Casey rompió todos los protocolos al subirse sola con él al auto. Un par de días después de la desaparición de ambos, se dio a conocer que Casey recibía un trato especial y que Vicky solía visitarlo en sus horas libres.

Antes de la fuga, Vicky vendió su casa por casi cien mil dólares –pese a que estaba avaluada en más del doble– y compró una camioneta Ford, que estacionó en un mall hasta donde irían después de la fuga. El 6 de mayo apareció el auto en un lote en Tennessee, sin pistas sobre la pareja.

A través de cámaras de seguridad, lograron captarlos en Indiana donde, después de una persecución en auto, los capturaron. Vicky presentaba heridas de bala presuntamente autoinfligidas y murió en el hospital.

Hasta el día de hoy sus familiares y amigos no dejan de preguntarse ¿por qué una mujer que llevaba casi veinte años de servicio en el sistema penitenciario y que estaba próxima a jubilarse decidió arriesgar todo por un delincuente que, posiblemente, no iba a salir nunca en libertad?

Sí, el amor es ciego. Pero, así como todas las personas tienen derecho a una legítima defensa y a un debido proceso, también tienen derecho de encontrar el amor, aun si están privados de libertad, ¿no? Lo que se pone en duda son las motivaciones de quien está en libertad, para ir contra del sistema y buscar a la persona de sus afectos en la cárcel. ¿Qué es lo que busca, realmente? ¿Una pareja que siempre duerma en la misma cama y que no pueda entregarse a los vicios? ¿Un hombre que no puede ser físicamente violento con ella porque un vidrio los separa?

Respuestas van a haber tantas como situaciones donde esto ocurra.

5.

EL VALOR DE UNA VIDA

¿Cuánto pagarías por eliminar a alguien de tu vida? O, mejor, ¿cuánto cobrarías para matar por otra persona? ¿Qué precio le asignas a terminar con la vida de un completo desconocido? Hasta hace no tanto tiempo, hablar de sicarios era viajar a otros países, controlados por las mafias y el narco, donde la figura de personas que prestan sus servicios para cometer crímenes es más común o está en la memoria popular.

Pero en los últimos años nos hemos enfrentado a noticias nacionales donde el sicariato es protagonista, dejando una huella de sangre y dudas. Sin duda alguna, la primera vez que se habló de sicarios en los noticieros centrales y en todos los almuerzos familiares, al menos de este siglo, fue cuando estalló el caso de María del Pilar Pérez, conocida como La Quintrala.

Resulta que esta mujer contrató a José Ruz en 2008 para que matara –a cambio de dinero– a su madre, a su hermana, a su cuñado y a su sobrina. Todo a partir de un problema relacionado a herencias, propiedades y dinero. Pero al momento de entrar a la casa de Seminario en Providencia, donde Ruz cometería los delitos, se vio enfrentado al pololo de la sobrina de Pérez, Diego Schmidt-Hebbel, quien murió en el lugar.

En medio de la investigación se descubriría que no era la primera vez que La Quintrala solicitaba los servicios de José Ruz. Resulta que meses antes, el mismo hombre había recibido la orden de matar al exmarido de Pérez, Francisco Zamorano, y a su pareja, Héctor Arévalo. Según explicó el sicario a los fiscales, por este trabajo le cobró a la mujer la suma de tres millones de pesos.

De acuerdo con una publicación de la Biblioteca del Congreso Nacional, escrita por Juan Pablo Cavada Herrera y titulada *Figura del sicario en el derecho penal chileno*, «la figura del sicario, entendida para referirse a quien asesina por encargo, a cambio de una compensación económica previamente pactada, está comprendida como una de las modalidades de homicidio calificado», y especifica que «la pena aplicable es de presidio mayor en su grado máximo a presidio perpetuo (quince años hasta veinte, o más)». Según se explica en el texto, entre la parte mandante, o sea quien hace el encargo y asume el costo monetario, y el sicario «existe un acuerdo análogo al arrendamiento de servicios, en que una parte se obliga a prestar un servicio (matar a un tercero) y la otra a pagar por este servicio un precio determinado».

Eso sí, el delito de sicariato no está tipificado como tal, sino que se entiende como un homicidio calificado con circunstancias de «por premio o promesa remuneratoria». En el caso de María del Pilar Pérez y José Ruz, ambos fueron condenados a cadena perpetua.

UN DIRECTORIO DE ASESINOS A SUELDO

En julio del 2022, *La Tercera* publicó un artículo sobre cómo la cultura del sicariato se ha ido instalando en el país en la última década, y hablaron con Ángela Vivanco, ministra y vocera de la Corte Suprema, sobre la nueva industria en torno a este tipo de delitos. «Lo que fue cambiando con el tiempo es que estos grupos o bandas empiezan a dedicarse a esto como una especie de industria delictiva, donde prácticamente hay un tarifario de cuánto cuesta encargarles a esas personas que cometan delitos», dijo al medio.

¿Cuánto cuesta una vida? Según dijo Vivanco en la entrevista, hay asesinatos que se han cometido por solo cien mil pesos y la mayoría son por menos de un millón. En parámetros internacionales, se trata de un negocio bastante barato. Según *The New York Times*, en Australia el valor asciende a once mil dólares, en Inglaterra a dieciocho mil dólares y en Estados Unidos va a depender del servicio.

De acuerdo con la publicación, en sitios como Azerbaijani Eagles se puede encargar un asesinato a cambio de cinco mil dólares, mientras que en Slayers Hitmen encuentras más alternativas, como golpes por dos mil dólares o muerte con tortura por cincuenta mil.

Pero no es llegar y conseguir un sicario usando un buscador *online*. De hecho, si buscas, te vas a encontrar con una serie de perfiles de Facebook que ofrecen venganza y que tienen pistolas en la foto de perfil, pero lo más seguro es que termines en una situación fraudulenta. Así queda explicado también en el artículo «¿De verdad se puede contratar un asesino a sueldo en la dark web?», del *The New York Times*, donde explican que, si bien puedes encontrar ofertas, lo más probable es que sean falsas.

Así le ocurrió a Tina Jones, una enfermera de Illinois, que le depositó doce mil dólares en bitcoines a un sicario que encontró en la *dark web*, para que matara a la mujer de su amante.

A través del sitio Sicilian Hitmen International Network, conoció a un sicario, a quien le envió información de la víctima y concretó el pago. Más tarde, la enfermera no solo se enteró que se trataba de un fraude, sino que además la policía estaba vigilando sus actos. Fue declarada culpable del complot para cometer el asesinato y condenada a doce años tras las rejas.

María del Pilar Pérez conoció a José Ruz sin necesidad de buscarlo *online*. Un primo del sicario, llamado Marco Silva Ruz, entregó su testimonio durante el juicio y explicó cómo fue que ambos –entonces– acusados se conocieron. Marco conoció a La Quintrala alrededor de quince años antes de los crímenes, cuando él empezó a trabajar en el rubro de los cafés con piernas. No es que Pérez atendiera en la barra, sino que apoyaba con los trámites administrativos relacionados con la municipalidad.

Una década después, José Ruz empezó a trabajar en el lugar, y así fue cómo habría conocido a María del Pilar. O sea, fue circunstancial. Pudieron ser como dos barcos que navegan en paralelo cargando sus pecados, pero el destino hizo que se enfrentaran y que, de alguna forma, surgiera la idea de colaborar en algo tan horrible como un asesinato. Y luego otro. Y así.

NADIE SABE PARA QUIÉN TRABAJA

Dalia Dippolito se hizo famosa en el 2009, cuando contrató a un asesino a sueldo para que eliminara a su esposo. Lo que pasó después es digno de una comedia de situaciones absurdas.

Pasadas las seis de la mañana del 5 de agosto del 2009, Dalia salió de su casa en dirección al gimnasio para entrenar. Estando ahí, recibe un llamado de un detective, quien le pide que, por favor, vuelva a su residencia inmediatamente. Cuando llega, la policía le informa que su marido había sido asesinado de un disparo a la cabeza. Dippolito, que había planificado el homicidio, dio su mejor actuación y se largó a llorar, lamentándose por la vida perdida.

Lo que no sabía era que las autoridades estaban al tanto de sus planes. Y no solo eso, sino que además habían dado la autorización para que el típico programa de televisión policial, donde muestran el contenido de cámaras de seguridad, llamado *Cops*, lo grabara todo y luego lo transmitiera a todo Estados Unidos.

De hecho, el policía que la consuela mientras llora está al tanto de la farsa y está actuando tanto como ella.

Sin revelarle nada, la llevan a la estación de policías para interrogarla, según ella en calidad de testigo por ser la esposa de la víctima. Y ahí es donde le dicen la verdad: «Te vas a ir a la cárcel por solicitar un asesinato, estás bajo arresto». La pobre Dalia no sabía, hasta entonces, que el sicario al que había contratado era en realidad un detective incógnito, quien había tomado todas las precauciones e incluso se había juntado con ella en un auto, para grabarla explicando con lujo de detalles que quería a su esposo muerto lo antes posible.

¿Y cómo había logrado la policía interceptar a Dalia, evitando que diera con un asesino de verdad? Pues resulta que el motivo tras el crimen era que la chica de veintitrés años se había reencontrado con un exnovio y fue a él a quien le contó que necesitaba eliminar a su marido de su vida. Lo que no sabía era que el ex era una persona lo suficientemente decente como para ir a las autoridades a contar sus planes.

PASÓ UNA MAÑANA EN PUERTO VARAS

Uno de los casos de presunto sicariato más emblemáticos del último tiempo en Chile es el que llevó a la muerte de Viviana Haeger, madre de dos niñas, que vivía en un condominio a las afueras de Puerto Varas con sus hijas y su marido, Jaime Anguita. Es un caso cerrado solo entre comillas, que aún deja muchas dudas y que permanentemente da pie a nuevas teorías, las que se ven alimentadas por los afanes conspirativos de algunas personas, que aseguran que hay gato encerrado.

El 29 de junio del 2010, Viviana Haeger Massé, de cuarenta y dos años, despidió a sus hijas y a su marido, quien las iba a dejar al colegio. Más tarde, no llega a buscar a la menor al colegio, encendiendo las alarmas. En paralelo, Jaime recibe el llamado de un supuesto secuestrador, pero piensa que se trata de un cuento del tío y decide ignorarlo.

Una semana después, Jaime y el resto de la comunidad empiezan una campaña para dar con el paradero de Viviana, algo que algunos han comparado con la escena de la película *Perdida*, donde el personaje de Ben Affleck se para frente a un retrato de su esposa desaparecida, pidiendo ayuda para encontrarla. Solo que el desenlace de la cinta de ficción y el de esta historia verídica serían bastante distintos.

Haeger estuvo desaparecida cuarenta y dos días, sin que se supiera nada de ella, y en medio de una exhaustiva investigación policial. Pero para sorpresa de Puerto Varas y, a estas alturas, del país completo, Jaime Anguita la encontró el 10 de agosto en el entretecho de la casa, cuya puerta daba al dormitorio principal. Al parecer, el ahora viudo sospechaba de un olor extraño que salía de las paredes e investigando la encontró. Se trata de un lugar donde la policía ya había buscado, aunque, al parecer, no a cabalidad. Y es que este entretecho tenía una forma similar a la letra L, por lo que quedaba una esquina que a simple vista no se divisaba desde la entrada. Pero era cosa de caminar un poco para encontrar a la mujer.

Sigue siendo todo muy raro, porque los detectives estuvieron tres semanas prácticamente viviendo en la casa del condominio Stocker, por lo que no deja de llamar la atención que lo que tanto buscaban hubiera aparecido ahí mismo. Sin embargo, tampoco había evidencia que diera cuenta de que alguien hubiera trasladado el cuerpo, el cual tampoco tenía lesiones atribuibles a terceros, según contó el fiscal regional Alberto Ayala.

La familia empezó a sospechar de Anguita. «Llevaban dieciocho años casados y él la humillaba todo el tiempo», acusó Delia Massé, la mamá de la víctima. Y la opinión pública también comenzó a apuntar sus dardos hacia el hombre, más que por tener pruebas, por el semblante tranquilo e inalterable que llevaba día a día y por la falta de emociones que presentó a cada momento.

El 8 de octubre, el Servicio Médico Legal concluye que Viviana Haeger no falleció por el uso de armas ni por golpes contundentes, sino que por un síndrome asfíxico provocado por ingerir un herbicida. Esto entrega más dudas que certezas: ¿se suicidó o la mataron?

Al año siguiente se ordena exhumar el cuerpo, y todo da un nuevo giro en esta historia que avanza cinco pasos y retrocede seis. Esta vez, se encuentran marcas en la muñeca y el codo derecho que sí podrían ser consecuencia del ataque de otra persona. Pero no se veía una luz al final de esta investigación. Hasta que apareció un carpintero.

En el 2015, más de cinco años después de la desaparición de Viviana, el carpintero José Pérez confesó que fue el autor material del asesinato, pero que no actuó solo: aseguró que había sido contratado por el marido de la víctima, el señor Jaime Anguita.

En un episodio dedicado al caso del programa de TVN *Informe especial*, Pérez cuenta que recibió un llamado de Anguita, que le dijo que «le tenía una peguita». Peguita, claro, por la que le iba a pagar cinco millones de pesos. Lo que tenía que hacer a cambio era asegurarse de que Haeger desapareciera y no se volviera a saber de ella.

Después el carpintero cuenta lo que, según él, ocurrió esa mañana en la casa de los Anguita Haeger, luego de que Jaime y las niñas se fueran al colegio.

José Pérez no era un extraño para la familia, por lo que su presencia no levantaría sospechas ni en Viviana ni en nadie que lo viera en el lugar. Solía hacer trabajos esporádicos, arreglos, y su rostro ya era conocido en el condominio. Por eso cuando golpeó la puerta Viviana no se asustó, sino que le llamó la atención verlo pues no sabía que iba a estar ahí esa mañana.

«Justo voy de salida», le dice, pero él logra retenerla: «Le digo que estaba realizando una peguita aquí al frente, en otra parcela, y que necesitaba unas herramientas que yo sabía que ellos tenían aquí». Aunque sus planes originales eran otros, Viviana le pidió que la esperara en la entrada mientras iba a buscar lo que necesitaba. José aprovechó de entrar, y cuando Viviana se da la vuelta empieza el forcejeo que tendría resultados fatales.

Para defenderse, Viviana, que sabe que es más baja y flaca que su atacante, intenta morderlo, pero es entonces que José Pérez la reduce con una maniobra y la inmoviliza, dejándole los brazos en la espalda. La mujer estaba asustada y se daba cuenta de que su vida corría peligro si no hacía algo. Le dijo que si necesitaba plata podía conseguirla, mientras lloraba.

Según el carpintero, una luz de reconocimiento cruzó los ojos de Viviana, quien le preguntó: «¿Quién te mandó?», como si hubiese sido imposible que la idea hubiera nacido de él, que se tratara de un simple robo. Y, según el asesino, la miró y le contestó: «Usted sabe».

Así, inmovilizada y en *shock*, Viviana llegó junto a Pérez hasta el dormitorio principal. «Ahí vacié una bolsa, siempre afirmándola, y le coloqué la bolsa dentro de la boca y la asfixié. Descansó su cabeza y se orinó».

Jaime Anguita y José Pérez se conocieron en 1995, cuando el carpintero trabajó en la constructora Puerto Octay, donde el marido de Haeger fue su superior hasta el año 2000. Tenían una relación cordial, lo que llevó a que Pérez hiciera algunos trabajos de carpintería en la casa de la familia Anguita. Pero no deja de ser raro que un exjefe llame a un subordinado, al cual no se le conocen actos de violencia graves, para ofrecerle dinero a cambio de que asesine a su esposa.

Según Pérez, aceptó porque su señora había estado enferma y tuvo que operarse de un riñón. Esto significó una deuda, que quizás lo puso en una situación desesperada y que estaba dispuesto a resolver a toda costa.

«Se veía tan normal. Lo vi en la tele y no creí que fuera el mismo que venía a comprar acá», dijo Rosa, una vecina que tenía una panadería en el barrio de Pérez, según recuperó *La Tercera*.

Con esto parecía que por fin se cerraba la historia y el misterio sobre la muerte de Viviana Haeger y su aparición cuarenta y dos días después en el entretecho de su propia casa llegaba a su fin. Pero no. Porque Jaime Anguita y su defensa negaron cada palabra acusatoria que salió de la boca del carpintero, asegurando que nada tenía que ver con la muerte de su mujer. Ni de forma material ni intelectual.

Aun así, ambos quedaron en prisión preventiva y un año después la fiscalía pidió cadena perpetua para Anguita por el delito de parricidio.

Este se trata de uno de los casos de sicariato más emblemáticos de los últimos años, pero también es el que despierta más interrogantes. Porque mientras que Pérez insiste que fue contratado por Anguita para llevar a cabo el crimen a cambio de una millonaria remuneración, este último lo negó hasta el final. Y el tiempo, para sorpresa de muchas personas que siguieron el caso, le dio la razón: Jaime Anguita, después de pasar alrededor de dos años en prisión preventiva, fue absuelto por unanimidad en el Tribunal Oral en lo Penal de Puerto Montt, por «falta de contundencia» en las pruebas.

LOS CINCO SICARIOS

Los asesinatos son cosa seria, pero a veces estas historias terminan en situaciones tragicómicas, como lo que pasó en China, cuando la subcontratación de servicios les jugó una mala pasada a criminales que no se quisieron ensuciar las manos y aun así trataron de llevarse un botín. Algo así como «ladrón que roba a ladrón»… pero no tanto.

En el 2019, el empresario chino Tan Youhui tomó una arriesgada decisión: contratar al sicario Xi Guangan, para que matara a unos de sus principales competidores, con quien además estaba envuelto en un problema legal. Youhui estaba dispuesto a pagar lo que fuera necesario para que el encargo se llevara a cabo: ofreció casi trescientos mil dólares.

Pensó que por ese monto el hecho estaba asegurado y que se podría olvidar del tema. Pero no fue así. Y es que ya fuera por falta de tiempo o de interés, Xi Guangan no quiso hacerse cargo del asesinato, pero tampoco estaba dispuesto a rechazar tamaña suma de dinero. Así que se contactó con Mo Tianxiang, otro sicario «de confianza», y le pidió que se hiciera cargo del requerimiento: a cambio, le pagaría la mitad de lo pactado con el empresario.

Pero Mo tampoco quiso ensuciarse las manos, y llamó a Yang Kangsheng, otro asesino a sueldo. Le ofreció un cuarto de su parte por el contrato y luego el resto de la mitad cuando pudiera comprobar que el crimen se había cometido.

No lo van a creer, pero esto sigue.

Yan Kangsheng se puso en contacto con Yang Guangsheng y le pidió que por favor él sí se hiciera cargo de la solicitud del empresario, por un monto bastante menor al original. Y este subcontrató a Ling Xiansi, quien ya no pudo seguir redirigiendo el pedido porque no había margen de ganancias. Se dio cuenta de que le estaban pidiendo mucho por muy poco, pero

también vio una oportunidad: fue más astuto que todos sus «jefes» y, en vez de matar a la víctima, se reunió con él.

Le contó lo que estaba pasando y le hizo una interesante propuesta.

La idea brillante de Ling Xiansi fue la siguiente: fingir que el crimen se realizó –produciendo una foto como evidencia y todo– y repartirse el dinero con la víctima. El empresario encontró que era una brillante idea y accedió a simular el crimen, posando amordazado y haciéndose el muerto.

Hay más.

No contento con esto –porque una cosa es fingir su muerte para unas fotos y otra es esconderse toda la vida para que no lo intenten matar de nuevo–, el empresario acudió a la policía donde contó toda la historia.

Comenzó un juicio mediático que primero resolvió que no había pruebas suficientes para una condena y que absolvió a todos los acusados. Pero tres años después la fiscalía logró que les cayera encima el brazo de la ley. Y es que, por mucha picardía que demostraran, no es una buena idea entregar tu confianza a alguien que destaca por ser un asesino a sueldo. Ni aunque tú mismo lo seas.

Al empresario que empezó todo le dieron cinco años de cárcel, mientras que a los sicarios les cayeron penas distintas según el monto que iban a aceptar, partiendo en tres años y medio para el primer contratado hasta dos años y siete meses para el que intentó fingir el asesinato.

Con esta historia no digo que si quieres hacer algo bien hecho debes hacerlo tú mismo, menos si estamos hablando de un asesinato. ¿Quizás hubiera sido mejor conversar las cosas?

LA VIUDA VERDE

Si el caso chino parece una comedia de lo absurdo, la siguiente historia podría haber salido de un culebrón como los de antaño.

Mary Ellen Samuels se estaba divorciando de su marido Robert Samuels en 1988, cuando decidió que con una separación no quedaría tan bien parada. Enviudar se veía como una salida más atractiva. Y es que, si Robert moría, ella recibiría 240 mil dólares por el seguro de vida, más 70 mil dólares por una franquicia de una tienda de sándwiches de la que eran dueños y 160 mil dólares por la casa. Negocio redondo, si la moral es optativa.

Mary Ellen decidió contactar a James Bernstein, un hombre que salía con su hija, para que cometiera el asesinato. Una vez que Robert murió, la vida de Mary Ellen se puso dorada. O, más bien, verde. Fue tan pública a la hora de demostrar el dinero que tenía, que las autoridades la llamaron «la viuda verde». Y es que, de verdad, no había pudor: se sacaba fotos acostada desnuda, tapada con billetes.

Fue tan evidente que la policía empezó a investigar. Es que los Samuels llevaban más de dos años en trámites de divorcio y el asesinato de Robert parecía haber llenado de beneficios a su viuda. La mujer se empezó a poner nerviosa y paranoica, porque, si bien estaba segura de su capacidad de guardar silencio, no confiaba tanto en Bernstein. Y no estaba tan errada al preocuparse, pues efectivamente la policía andaba tras los pasos de James.

Cuando las autoridades creían que tenían lo suficiente como para encararlo, apareció muerto.

Mary Ellen había vuelto a atacar. Esta vez, le pagó a Paul Edwin Gaul y a Darrell Ray Edwards para que se hicieran cargo del problema. Lo mataron el 27 de junio de 1989, pero el cuerpo no

apareció hasta julio de ese año.

Hubo evidencia suficiente como para que los detectives llegaran a los asesinos, quienes esta vez hicieron realidad los miedos de Mary Ellen y la acusaron de haberlos contratado. La viuda verde fue declarada culpable y condenada a la pena capital, pero más tarde se conmutó a cadena perpetua. Todo por la avaricia, la paranoia y, bueno…, el crimen.

6.

SÍNDROME DE ESTOCOLMO

Era verano en Estocolmo, cuando el 23 de agosto de 1973 Jan-Erik Olsson, un convicto que hace poco había escapado de prisión, aprovechando un beneficio de salida, decidió poner en marcha su plan. Caminó hasta la plaza Norrmalmstorg armado con una metralleta, explosivos, dos *walkie-talkies*, una radio a pilas, municiones, un cuchillo, calcetines, lentes de sol y cuerdas e ingresó al banco Svergis Kreditbank. Como en las películas, se acercó al mesón y comunicó que esto se trataba de un asalto. Mientras los clientes huían, se quedó en el interior del banco con cuatro trabajadores, a quienes mantuvo como rehenes y moneda de cambio con las autoridades.

Según un reportaje de *The New Yorker* al respecto, llamado «The Bank Drama» y escrito en 1974 por Daniel Lang, Olsson llegó al banco disfrazado con lentes de juguete, una peluca de pelo castaño, cejas teñidas de negro y acento estadounidense. Puso la radio a todo volumen con música rock, disparó hacia el techo y gritó «¡la fiesta acaba de empezar!».

Se comunicó con la policía y les exigió 710 mil dólares, un auto cargado con bencina y la libertad de su amigo, Clark Olofsson, que estaba preso por la muerte de un policía. No solo debían soltarlo, sino que escoltarlo hasta el banco, donde actuaría de cómplice. Accedieron a todo: entregaron a Olofsson, les llevaron un auto marca Ford y les entregaron el dinero.

Pero hubo un desacuerdo: Olsson quería que los rehenes se fueran con ellos en el auto hasta la frontera, con cascos y chalecos antibalas. La policía se negó, y a partir de ese problema comenzó el secuestro en el banco, que duraría seis días.

Aunque no hirieron físicamente a ninguno de sus rehenes, Olsson y Olofsson sí los torturaron psicológicamente, amenazándolos con los explosivos y las demás armas. Los tenían apretados en una bóveda, pero les daban un trato poco común. Por ejemplo, cuando una de las rehenes, Kristin Enmark, empezó a tiritar, Olsson le dio su chaqueta. Cuando Elizabeth Oldgren empezó a tener claustrofobia, la dejaron caminar fuera de la bóveda, atada a una cuerda. O cuando Brigitta Lundblad se puso a llorar porque no se logró comunicar con su familia, le dijeron que lo intentara de nuevo, que no se rindiera.

Acá es donde sucede algo interesante. Con estos gestos de humanidad, empezó a cambiar la forma en la que los rehenes percibían su situación. No sentían que estaban privados de libertad, sino que los secuestradores eran personas muy amables y que se mostraban muy gentiles con ellos. Pasado el segundo día, un policía pudo entrar y notó que, mientras los trabajadores secuestrados actuaban de forma parca ante su presencia, con Olsson y Olofsson se mostraban relajados.

En una oportunidad, Kristin Enmark llamó al primer ministro sueco, Olof Palme, y le aseguró que tenía plena confianza en los secuestradores. Incluso le dijo que «no nos han hecho nada, al contrario, han sido muy amables con nosotros. Pero ¿sabes, Olof?, lo que me preocupa es que la policía ataque y eso provoque nuestras muertes».

Los rehenes protegieron a los criminales hasta el final. El 28 de agosto en la noche, la policía logró que se rindieran usando gas lacrimógeno, y mediante parlantes pidieron que los rehenes salieran primero, pero se negaron: exigieron que primero salieran los secuestradores, para asegurarse de que no les hicieran daño.

Ese mismo año, el psiquiatra sueco Nils Bejerot acuñó el concepto síndrome de Estocolmo, para definir la vinculación afectiva entre los rehenes y secuestradores del Kreditbank.

Desde entonces, hemos vuelto a ver casos similares, o incluso más sorprendentes.

El síndrome de Estocolmo, tal como lo conocemos, es poco frecuente y, por lo general, se refiere a casos de secuestro. No, no es cuando alguien es incapaz de huir de un trabajo o relación tóxica. Es cuando una persona realmente empieza a empatizar con otro que lo tiene privado de libertad. Según explica la investigadora Lucía Ester Rizo-Martínez de la Universidad de Guadalajara, en su trabajo *El síndrome de Estocolmo: una revisión sistemática*, este es «un término utilizado para describir una experiencia psicológica paradójica, en la cual se desarrolla un vínculo afectivo entre los rehenes y sus captores». Y agrega que se le conoce también como «síndrome de sentido común», «síndrome de identificación de supervivencia» y «síndrome de transferencia».

Paradójica, porque hablamos de personas que profesan amor, preocupación o admiración por otro que abusa de ellas. Pero también como «identificación de supervivencia», porque en el inconsciente de estas víctimas, para sobrellevar emocionalmente su situación, deben dejar a un lado los actos crueles y la actitud negativa del abusador e incluso entenderlo y racionalizar sus actos.

Y es que, al final, el que no se adapta no sobrevive. Pensándolo así, no es tan ilógico.

Pero también es un síndrome que no está reconocido como patología propiamente tal y que genera debate en la comunidad médica. Algunos análisis apuntan a que se trata más que nada de una estrategia de los medios de comunicación para agregarle sabor o morbo a una noticia que de otra forma no sería más que un caso policial común y silvestre.

Es interesante que Rizo-Martínez lo defina como «una experiencia psicológica», más que un trastorno o enfermedad. Hay quienes se refieren a este fenómeno como una respuesta emocional ante una situación límite. Y es que, si lo pensamos, los seres humanos somos capaces de adaptarnos a las realidades más adversas. Si en mayo del 2019 nos hubieran dicho que en menos de un año estaríamos haciendo cuarentenas por un virus mortal, de alcance mundial, y que no veríamos esperanza hasta que se desarrollara una nueva vacuna, no lo habríamos creído.

Pero a las semanas teníamos armados *home offices* en el comedor, los niños y niñas tenían telecolegio y empezamos a funcionar con toda la normalidad posible, pese a las circunstancias. Nos adaptamos, sí. Pero no sin costos asociados a nuestra salud mental. Porque, así como aprendimos a vivir completamente aislados o relacionándonos físicamente solo con nuestro núcleo familiar, vimos aumentar diagnósticos de depresión y ansiedad. Vimos niños que hoy llamamos «guaguas de cuarentena», que aprendieron a relacionarse con otros de su edad de forma tardía. Según la Organización Mundial de la Salud, la pandemia del coronavirus llevó a un aumento del 25 % de la prevalencia de ansiedad y depresión.

Pero nos adaptamos, porque teníamos que sobrevivir.

De la misma forma, se asume que el síndrome de Estocolmo también deja efectos físicos y emocionales en las víctimas. Los doctores Arpita Kackar y Alisha Juneja, de la Universidad Jai Narain Vyas, de la India, los describen así, en su investigación «Psychology in pathology: Stockholm Syndrome», publicada en el *Journal of Emerging Technologies and Innovative Research*:

- Efecto cognitivo: confusión, memoria borrosa, trastorno delirante y *flashbacks* recurrentes.
- Efectos emocionales: falta de sentimiento de miedo, impotencia, desesperanza, agresividad, depresión, culpa, dependencia respecto al captor.
- Desarrollo de desorden de estrés postraumático.

- Efectos sociales: ansiedad social, irritabilidad, cautela y alejamiento.
- Efectos físicos: aumento de los efectos de condiciones preexistentes; desarrollo de problemas de salud debido a restricciones alimenticias o de sueño.

LA HEREDERA QUE LOS DEFENDIÓ

Mucho antes de que se acuñara el término síndrome de Estocolmo, un caso con sus características sacudió a la comunidad de Kansas City. El 27 de mayo de 1933, Mary, la veinteañera hija de Henry F. McElroy, un millonario operador político con nexos con la mafia, fue secuestrada de la casa en la que vivían. Su madre había muerto varios años antes, y ella se encontraba sola con la servidumbre, aprovechado la tarde para darse un baño de tina.

Un grupo de delincuentes novatos, inspirados por historias de secuestros exitosos, entraron a la casa y amordazaron a los empleados para llegar hasta donde se estaba bañando Mary y le notificaron que sería secuestrada, no sin antes darle tiempo para que se vistiera y no tuviera que salir desnuda.

La llevaron al sótano de una casa donde la mantuvieron amarrada por treinta y cuatro horas, sin que se realizaran maltratos y sin que la joven pusiera resistencia. De hecho, lo que más le molestaba, aseguran, no era el secuestro en sí, sino la escueta recompensa que pedían a cambio. «Valgo mucho más que sesenta mil dólares», les dijo a los delincuentes cuando se enteró del monto que exigían por ella.

De todas formas, su familia solo pagó la mitad de la suma y, tras liberarla, los secuestradores le pasaron sencillo para que pudiera pagar su regreso a casa.

De los cuatro delincuentes, detuvieron a tres, y a uno de ellos, Walter McGee, le dieron la pena de muerte, tratándose de la primera vez que alguien recibía esa sentencia por secuestro en Estados Unidos. De todas formas, tras una apelación, su sentencia fue conmutada a prisión perpetua.

Mary nunca cesó la comunicación con sus secuestradores, dando pie a rumores de un supuesto romance que no llegó a ser confirmado. La presión mediática por dar entrevistas y hablar sobre su secuestro no la dejaron vivir nunca en paz. En septiembre de 1939 su padre murió, y en enero del año siguiente se suicidó.

PATTY HEARST, LA GUERRILLERA MILLONARIA

Los estudiantes de Periodismo escuchamos sobre William Randolph Hearst desde primer año. Este periodista, político y magnate de los medios de comunicación, que vivió entre 1863 y 1951, fue una de las personas que, para bien o para mal, dibujaron las líneas con las que aún trabajan muchos medios de comunicación. Y su imperio se mantiene hasta el presente: Hearst Communications publica revistas como *Cosmopolitan* y *Elle*; diarios de circulación local y nacional; cuenta con canales de televisión, una división de bienes raíces y más.

Los Hearst son personas poderosas.

Por eso fue noticia, cuando en 1974, Patty Hearst, nieta del mismísimo William Randolph, fue secuestrada por el Ejército Simbionés de Liberación. Conocidos por sus siglas SLA, se trataba de un grupo de extrema izquierda estadounidense que operó entre 1973 y 1975, llevando a cabo

robos a bancos y distintos actos violentos. Desde afuera, parecía una organización internacional de alto poder, con capacidad para atacar puntos neurálgicos estadounidenses, pero en realidad eran un grupo de estudiantes de San Francisco que se juntaban en una pieza.

De acuerdo con información publicada por el FBI, a Patty la secuestraron a eso de las nueve de la noche del 4 de febrero de 1974. La heredera tenía en ese entonces diecinueve años –en un par de semanas cumpliría veinte–, se encontraba en el departamento número 4 de Benvenue Street en Berkcley, California, cuando un grupo de hombres y mujeres del SLA entró armado de pistolas y se la llevó.

Estaban liderados por Donald DeFreeze, un delincuente conocido como Mariscal de Campo Cinque y Cinque Mtume. Había nacido en 1943 en Ohio y era el mayor de ocho hermanos. Su padre era conocido por aplicar castigos físicos duros a sus hijos cuando desobedecían: a Donald le rompió el brazo a golpes en tres ocasiones. No es de extrañar que, recién entrado en la adolescencia, huyera de su casa. Llegó hasta Nueva York, donde fue acogido por un pastor fundamentalista, y más tarde se convirtió en el líder de bandas callejeras.

Antes de convertirse en jefe de la agrupación terrorista, se había dedicado principalmente al robo de bancos. Bajo su liderazgo, el SLA le había disparado a dos oficiales de la policía con balas bañadas en cianuro, matando a uno de ellos.

El secuestro de Patty Hearst movilizó a las autoridades y recibió amplia cobertura mediática. Especialmente cuando, días después, la agrupación empezara a filtrar una serie de audios, exigiendo millones de dólares a cambio de entregarla con vida. Y aquí es donde la historia se vuelve compleja y las líneas difusas.

Una de las principales teorías sobre lo que por esos días pasó con Patty apunta a que le estaban lavando el cerebro para que se sumara a la causa del SLA. Y cuando dos meses después del secuestro, difundieron un video en el que la heredera aparece asegurando que se unió al grupo, que cambió su nombre por Tania y que luchará para liberar a los oprimidos, «síndrome de Estocolmo» apareció en el titular de todos los diarios del país y del mundo. No olvidemos que en agosto del año anterior se había llevado a cabo el robo del banco sueco, y el término estaba aún de moda y era foco de análisis en la psicología.

Casi dos semanas después de esta impactante revelación, se llevó a cabo un robo en un banco, a manos del SLA: en el video, se ve a la heredera ahora con el pelo oscuro, vestida con una gabardina negra, una polera suelta y pantalones oscuros y armada con una metralleta, gritando órdenes como si estuviese liderando el atraco. La imagen se ve casi como si hubiese estado orquestada; como si fuese una escena moderna de Bonnie y Clyde, donde la protagonista se ve chic mientras amenaza con una semiautomática a personas inocentes.

Los federales tenían una doble tarea. Por un lado, rescatar a Patty, quien se asumía que seguía privada de libertad y, por otro lado, detener al SLA. Y el 17 de mayo, luego de un intento fallido de la agrupación para robar municiones, el FBI llegó al lugar donde se escondían.

Como era de esperar, no salieron con las manos en alto. Comenzó un tiroteo intenso y el edificio se comenzó a incendiar, muriendo seis integrantes del grupo, incluido Donald DeFreeze. Hearst, por su parte, logró escapar junto a un grupo de miembros, evitando su captura hasta el 18 de septiembre de 1975.

¿Era víctima o cómplice? ¿Por qué huyó con sus captores, si el líder había caído en el fuego cruzado?

La policía no le dio tanto tiempo para explicarse. Pese a que su defensa aseguraba que había sido sometida a un lavado de cerebro y a múltiples abusos, como amenazas de muerte e incluso

violaciones, fue acusada de, entre otras cosas, robo a un banco y sentenciada a siete años tras las rejas. Pero solo cumplió su condena de forma parcial, pues dos años más tarde fue liberada por el presidente Jimmy Carter y, años después, perdonada de todo por Bill Clinton.

Patty tiene casi setenta años y hasta el día de hoy se enoja cuando alguien se atreve a acusarla de haber sido parte de la SLA de forma voluntaria. Según dijo al sitio web *Deadline*, cuando CNN estrenó un documental sobre su secuestro, «están romantizando mi tortura y violación», y agrega: «No es ningún secreto que fui abducida, violada y torturada a los diecinueve años. Lo que siguió a eso es una serie de eventos que fueron el resultado directo de ser una niña a la que destruyeron, por dentro y por fuera».

Esta es su versión de los hechos.

Según Patty Hearst, estuvo cincuenta y ocho días con los ojos vendados, amarrada y encerrada en una despensa. Durante esos días, la dejaban salir solo a comer, instancia en la que le daban manifiestos de la agrupación para que los leyera. En una de esas salidas, habría sido Donald quien le dijo que estaban debatiendo sobre si matarla o dejar que se uniera a ellos. Una semana después estaba liderando el robo al banco.

Imposible no volver a la denominación «síndrome de identificación de supervivencia». Durante su cautiverio, o al menos durante la etapa inicial, a Hearst no le hicieron daño físico evidente, más allá de haberla mantenido retenida y privada de libertad a la hora de poder moverse. Las violaciones vinieron luego de que ella aceptara adoptar la ideología del grupo, porque le decían que así aprendería sobre amor libre. Esto es clave en el llamado síndrome de Estocolmo: si bien hay una amenaza constante y siempre está la posibilidad de morir en manos de los captores, ellos se enfocan en el abuso emocional y psicológico, sin poner en real riesgo la vida de las personas secuestradas.

En una entrevista con el programa *Dateline*, Patty se refirió a afirmaciones de ciertos fiscales que aseguraban que, después de las repetidas violaciones, ella se había enamorado de sus captores. «Creo que es insultante, para cualquier persona que ha sido violada, sugerir que eso se podría convertir en una seducción o en un romance», dijo y agregó: «Eso se convirtió en parte de la mitología en torno al SLA, así como la idea de que éramos todos mejores amigos o que me caían bien».

Y respecto de por qué no se entregó el día que la policía encontró el escondite, y en vez de eso huyó con otros integrantes, aseguró que «es mentira decir que yo me podría haber ido. Ni siquiera podía pensar por mí misma, porque estaba totalmente programada para pensar que el FBI me estaba buscando».

¿AFECTO O SUPERVIVENCIA?

No todos los casos donde se habla de síndrome de Estocolmo son iguales, aunque engloban algunas similitudes. En todos los casos los secuestrados se quedan con sus captores, pese a que físicamente tenían la opción de arrancar, o de al menos intentarlo. Y en todos los casos, aunque no haya muros físicos, sí existen cercos mentales que les impiden correr y pedir auxilio. En el caso del banco sueco, en pocos días los secuestrados estaban convencidos de que los secuestradores estaban de su lado e incluso los defendieron frente a la amenaza policial. Y, en el caso de Hearst, sus creencias fueron reformateadas con abusos a tal punto que se convirtió en una ayudante pasiva de sus captores.

Al no ser una patología oficial, existen varios casos que nos hacen pensar que podrían entrar en esta categoría, siendo los principales los de secuestros de personas que duraron muchos años, sin que los secuestrados hicieran intentos reales por escapar.

Tal es el caso de Steven Stayner –que pueden ver a profundidad en el documental *Audiencia cautiva*, de Star+–, un niño que fue secuestrado en 1972, antes que se acuñara el término síndrome de Estocolmo. El 4 de diciembre, cuando tenía siete años, fue secuestrado por Ervin Murphy y Kenneth Parnell. Este último abusó sexualmente de él durante siete años, periodo en el cual lo convenció de que sus padres reales ya no lo buscaban ni lo querían.

Tanto así, que Stayner se vio obligado a referirse a Parnell como «papá», y este pasó a actuar como si lo fuera realmente. No lo tenía encerrado en una caja ni amarrado con cadenas en su pieza. De hecho, bajo el nombre Dennis Gregory Parnell, Stayner fue matriculado en un colegio. Durante todo ese tiempo, el niño nunca intentó arrancar. Incluso tenía un grupo de amigos y hasta una polola.

Pero Parnell era un criminal y un pedófilo y, a medida que Steven entraba en la adolescencia, el hombre perdía su interés en él. Por eso, cuando el chico cumplió catorce años, Parnell secuestró a Timothy White, un niño de cinco. Aunque Steven ya había perdido sus ganas de luchar o su interés por escapar y buscar ayuda, sabía que los abusos a los que había sido sometido no eran algo normal y que el pequeño Timothy seguramente se iba a enfrentar a lo mismo. Por eso, una noche en la que Parnell no estaba, tomó al niño y lo cargó en su espalda. Salieron de la casa y caminaron por horas, hasta que llegó a una estación de policía y les dijo: «Sé que mi primer nombre es Steven, estoy casi seguro de que mi apellido es Stayner, y si tengo un segundo nombre, eso no lo sé».

Steven fue recibido como un héroe, pues no solo logró escapar con vida, sino que además salvó a un niño pequeño al que apenas conocía. Los dos secuestradores fueron capturados, pero estuvieron solo un par de años tras las rejas.

Lamentablemente, Steven murió en un accidente el 16 de septiembre de 1989.

Claramente, al tiempo de ser secuestrado, Steven tenía la confianza de Parnell y podía arrancar si lo hubiese querido. Pero no lo hizo. Tampoco les contó a sus amigos del colegio sobre los abusos o que creía haber sido secuestrado cuando chico. Parnell logró que, pese a todo, Steven se sintiera acostumbrado a su nueva vida.

Pero el chico sabía que algo no estaba bien y, cuando vio que a otro niño le podía pasar lo mismo, decidió tomar medidas. No es tan distinto a situaciones de abuso que se dan dentro de las familias. Muchas víctimas de abuso no logran defenderse a sí mismas, pero se dan cuenta del daño que les hicieron cuando tienen hijos o cuando sus propios hijos podrían ser víctimas.

En 1977, Colleen Stan, una chica de veinte años, fue secuestrada cuando se disponía a hacer dedo para llegar a una fiesta donde una amiga en California. El auto que se detuvo, para su mala suerte, fue el de Cameron Hooker y su esposa Janice. No era la primera vez que Colleen hacía dedo, de hecho, se consideraba una experta en la materia y había dejado pasar dos propuestas de aventón antes de subirse al auto de los Hooker. Que Janice, una mujer, hubiese estado en el asiento del copiloto, y que además llevase con ella al bebé de la pareja, le transmitió una seguridad que marcaría sus próximos siete años y, en realidad, su vida entera.

En el camino, pararon en una bomba de bencina y Colleen se excusó para usar el baño. Según contaría más tarde, estando ahí una voz en su mente le dijo que arrancara, que no estaba segura con los Hooker. Pero no quiso seguir sus instintos y volvió al auto. De vuelta en la carretera,

Cameron Hopper le puso un cuchillo en el cuello. Cuando llegaron a la casa, la metieron en una caja previamente construida con este propósito, a la que no le llegaba luz ni aire fresco.

Colleen no lo sabía, pero, cuando decidió subirse al auto de los Hooker, se convirtió en víctima de una pareja que había acordado semanas antes secuestrar a una esclava sexual que reemplazara a Janice en los actos sadomasoquistas que a Cameron le gustaban, y a Janice no tanto, especialmente después del nacimiento de su bebé. En vez de separarse, decidieron mantener la imagen de familia feliz, aunque usando una tercera persona.

Por petición de Janice, esto no significaba abrir el matrimonio para que Cameron tuviera otra pareja, pero sí estaba dispuesta a que su marido conservara a una joven como esclava, que no se relacionara con ellos de otra forma que no fuera para prestar servicios sexuales.

Hay libros y películas sobre este caso, que ayudan a que algunos detalles sobre los años que vivió Colleen con los Hooker sean de conocimiento público. Por ejemplo, que la primera noche del secuestro fue atacada físicamente por Cameron y luego amarrada y vendada para que no pudiera ver. En ese estado, la colgaron del techo mientras abajo la pareja tenía relaciones sexuales.

La conocen como «la chica de la caja» porque hasta enero de 1978 pasó veintitrés horas al día al interior de la caja. Lo único que podía ver era una foto de Marie Elizabeth Spannhake, una víctima anterior cuyo cuerpo nunca fue encontrado. La hicieron firmar un contrato de esclavitud, le dijeron que su nuevo nombre era K y la convencieron de que estaban siendo observados por La Compañía, una organización internacional que la atraparía y mataría a toda su familia si es que intentaba escapar.

Por miedo a La Compañía, y para evitar más torturas, Colleen comenzó a hacerle caso en todo a Cameron Hooker y dejó de oponer resistencia a sus violaciones reiteradas. Gracias a esto, se le otorgaron ciertos permisos, como pasar más tiempo fuera de la caja, salir a trotar, hacerse cargo de los hijos de la pareja y ayudar en la casa. Incluso, en 1981 le permitieron visitar a su familia y pasar la noche con ellos. No dio a entender que estuviera pasándolo mal y les aseguró que Hooker era su novio. En esa oportunidad, sus padres le tomaron una foto donde aparece sonriendo junto a Cameron, como si fueran una pareja feliz.

Después de esa visita, pasó tres semanas en la caja, veintitrés horas al día.

En 1983 las libertades se ampliaron y le permitieron trabajar como camarera en un motel. Nuevamente tenía opciones para pedir ayuda y ser liberada, pero no lo hizo.

Todo cambió cuando Cameron quiso modificar las reglas del juego. Ya no le bastaba que Colleen fuese su esclava sexual, sino que le propuso a Janice hacer una especie de *upgrade*: quería que se convirtiera en una segunda esposa.

Janice se acercó a Colleen y le dijo que, aunque La Compañía era real, su marido no era parte de la agrupación. Después de eso, la víctima caminó hasta una estación de buses, desde donde llamó a Hooker y le contó que lo iba a dejar. Llegó donde sus padres, pero siguió sin contar lo que le había pasado e incluso mantuvo comunicación con su secuestrador. Esto se prolongó por tres meses, hasta que Janice decidió acudir a las autoridades y acusar a Cameron, tanto por el secuestro, tortura y asesinato de la joven desaparecida Marie Elizabeth Spannhake, como por el secuestro de Colleen.

¿Qué pasa acá? ¿Es real el temor a La Compañía o es que acaso Hooker logró romper en Colleen Stan cualquier atisbo de ganas de vivir en libertad?

Cabe preguntarse, también, si es que este caso calificaría como síndrome de Estocolmo. Y es que, al igual que en el caso de Patty Hearst, ¿por qué no escapó cuando pudo? Es muy probable

que nunca haya tenido la capacidad para tomar la decisión de irse. Los constantes abusos, amenazas, violencia y el simple hecho de depender de una persona que te agrede para poder comer y respirar aire puro podrían quebrar hasta al más especializado de los soldados.

Puede que el caso que le dio nombre a este concepto sea el más distinto a todos los demás, pero también el más caricaturesco: incluye robo a un banco como en las películas, secuestradores carismáticos y rehenes que terminan defendiendo a sus captores e incluso prefiriéndolos antes que a la policía. Pero, en los otros casos que comentamos en este capítulo, la situación es muy distinta.

Son secuestros más prolongados, de personas de distintas edades y sexos, que aprenden a vivir de tal forma que esto les asegure la supervivencia. Es como si llevaran al fondo de su mente todo aquello que les dé un atisbo de la cruda realidad en la que se encuentran y prefirieran enfocarse en la nueva normalidad, en adaptarse para mantener la vida, aunque esto signifique cambiar totalmente su sistema de creencias o su escala de qué es lógico y qué no.

Así como al comienzo de este libro nos preguntamos qué es lo que hace que algo haga clic en alguien para que cometa un asesinato, un secuestro o algo incluso peor, el síndrome de Estocolmo hace que aparezca otra duda: ¿qué se necesita para rompernos?

7.

¿EXISTE EL CRIMEN PERFECTO?

Cometer un crimen y que nadie se entere es el sueño de todo delincuente, aunque también puede que sea la fantasía de muchas personas que aún no sienten ese clic que los volvería criminales. Si pudieras robar un banco con la seguridad de nunca ser capturado, ¿lo harías? ¿Has pensado en formas de conseguir tus objetivos que no son necesariamente legales y que las evitas porque no quieres tener problemas?

El crimen perfecto no existe, los delitos siempre son cometidos por personas, no por seres sobrenaturales, ¿recuerdas? Pero hay algunos que aún quedan pendientes, esperando a ser resueltos. Porque eventualmente la justicia les va a caer encima, aunque tengan que pasar décadas, ¿incluso siglos?

El 9 de mayo de 1997, la estudiante de derecho de veintidós años Marta Russo caminaba junto a su compañera Jolanda Ricci, por el camino que dividía a las facultades de Derecho y Ciencia Política de la Universidad La Sapienza, en Roma. Era una mañana soleada, y las amigas conversaban animadamente. Cuando de pronto Marta cayó de golpe al suelo.

Jolanda pensó que su compañera se había desmayado y llamó a otros estudiantes que iban pasando por ahí para que la ayudaran a levantarla o para llevarla a una enfermería. Pero al mirar bien a Marta, se dio cuenta de que esta no se había desmayado, sino que había recibido un disparo en su cabeza. Nadie vio al atacante ni menos escucharon un disparo. ¿Qué había pasado con Marta Russo?

Marta fue trasladada al hospital en estado de coma. Días después, el 13 de mayo a las diez de la noche, se anunció que tenía muerte cerebral. Y la noche siguiente, mientras era acompañada por sus familiares y amigos más cercanos, la desconectaron y fue declarada muerta. En tanto, la policía trabajaba contra el tiempo para encontrar al culpable y devolver la tranquilidad a los estudiantes y a sus padres.

No prometía ser una investigación sencilla, pues Marta vivía una vida más bien normal y no tenía enemigos ni se había metido en problemas que la llevaran a ser el blanco de un asesinato. ¿Cuántos estudiantes podrían decir que alguien los quiere muertos? Además, era una chica que no había tenido romances escandalosos ni era adicta a las drogas.

Los primeros sospechosos fueron los integrantes de Las Brigadas Rojas, un grupo armado de guerrilla con residencia en Italia, a quienes se les adjudican varios crímenes violentos, incluyendo el secuestro y asesinato de un primer ministro. Pero ellos siempre reconocían sus crímenes, mientras que para el asesinato de Marta guardaron silencio. No habían tenido nada que ver.

Las miradas, entonces, se dirigieron a su compañera Jolanda Ricci. ¿Habría sido ella la víctima original? Era hija de un trabajador del Ministerio de Justicia, quien había trabajado en varias cárceles italianas. Además, la chica había recibido llamadas anónimas semanas antes del crimen. Pero la investigación descartó esta teoría por falta de pruebas contundentes.

¿De dónde salió el tiro? Como casi nadie escuchó el disparo, y quienes lo hicieron aseguraron que sonó muy bajo, casi de forma imperceptible, se asumió el uso de un silenciador. Y por las características de la herida, se estimó que el tiro vino desde una calle donde estaba la Facultad de Filosofía del Derecho, algunos baños y oficinas.

La bala era de calibre 22 y redonda. Un estilo que se suele usar de forma recreativa.

La policía comenzó a investigar a profesores y miembros del *staff* de la universidad. También a los trabajadores de un servicio de limpieza, que tenía oficinas en el campus, y entre los cuales había entusiastas de las armas. También hablaron con trabajadores de la biblioteca universitaria, que eran coleccionistas de armas.

Pero todos fueron descartados como sospechosos.

Los primeros días fueron difíciles: no se sumaban pistas importantes y la lista de sospechosos se tachaba una y otra vez. Hasta el 19 de mayo, diez días después del disparo. Al comienzo de la investigación, la policía había tomado muestras de los marcos de todas las ventanas en el edificio de donde se sospechaba que había salido el tiro.

Encontraron químicos que pertenecían al polvo de una pistola en el marco de la habitación número 6, un salón de lectura del departamento de filosofía legal. Según investigaciones, alrededor de veinticinco personas tenían acceso al lugar, donde usaban computadores o revisaban libros de referencia. Todos fueron llamados para presentarse a dar su testimonio.

Se vivió un clima de *omertà*, como se conoce al silencio en la mafia. Nadie dijo nada, y todos se veían nerviosos. No querían empañar la reputación de su facultad ayudando a la captura del asesino. Incluso, hay escuchas telefónicas donde el jefe del departamento, Bruno Romano, llama a sus trabajadores para que no digan nada.

Por esto, Romano fue detenido por obstrucción a la justicia, aunque días después fue puesto en libertad. ¿Por qué tanto silencio? ¿Qué se escondía entre las paredes de la habitación número 6?

La policía encontró un teléfono y, según sus registros, descubrieron que la mañana del ataque se hicieron dos llamadas. La primera, a las 11.44 a. m., dos minutos después del disparo. Y la segunda, cuatro minutos más tarde. Quien llamó fue la asistente de Romano, Maria Chiara Lipari.

Al ser interrogada, cambió de testimonio varias veces: primero, dijo que nunca hizo esas llamadas. Luego, que sí las había hecho, pero que en ese momento estaba sola en la oficina. Y luego, que cuando llamó estaba con otras cuatro personas, pero que no podía identificarlos. Más tarde descubrieron que el primer registro de llamadas venía con errores y que solo hubo segundos de diferencia entre los telefonazos.

Lipari reconoció que en la habitación estaban la secretaria Gabriella Alletto, el asistente de la biblioteca Franceso Liparota y los investigadores Giovanni Scattone y Salvatore Ferraro. Lo que nadie se esperaba, era la declaración de la secretaria: «Vi a Giovanni Scattone semiescondido atrás de una cortina, con sus manos en el pelo, en un gesto de desesperación».

En tanto, Liparota escribió su testimonio por temor a decirlo en voz alta: los culpables, dejó plasmado en el papel, eran Scattone y Ferraro. Así que la policía detuvo a los investigadores académicos.

Giovanni Scattone tenía veintinueve años, era tímido y de carácter reservado. Salvatore Ferraro, en tanto, tenía treinta, era extrovertido y se vestía de forma muy cuidada. Ambos se mostraron calmados mientras duró el interrogatorio. Ambos aseguraron que eran inocentes, pero quedaron detenidos.

En la casa de Ferraro encontraron residuos de cañonazos, tanto en un maletín que llevó a la universidad la mañana de los hechos, como en un blazer. En ambos hogares pillaron libros de criminología y algunos donde se discutía la idea del Übermensh, del filósofo Friederich Nietzsche.

Pero eran investigadores de filosofía y derecho, ¿era tan raro que tuvieran esa bibliografía?

Según Ferraro, pasó toda la mañana estudiando en su casa, lo que fue confirmado por su

hermana Teresa. Aunque hay que considerar que estaba a solo doce minutos de la facultad.

Scattone cambió su versión varias veces. Primero, dijo que nunca fue ese día a la universidad. Luego dijo que fue, pero no a esa facultad.

La opinión pública sospechaba de la policía. Pensaban que estaban inculpando a estos dos estudiosos que no tenían motivos para cometer el crimen. Tampoco se había encontrado el arma homicida. Y nada indicaba que los sospechosos conocieran a Marta.

Los fiscales pedían dieciocho años para cada uno, así como el pago de trece millones de euros. La razón, explicaban, era la falta de motivo alguno. Dijeron que el crimen se cometió como una apuesta intelectual entre dos hombres inteligentes, para convencerse de su superioridad.

La cosa estaba difícil para las autoridades, con testigos que se desdecían de sus testimonios y dos imputados que una y otra vez aseguraban que no lo hicieron. Pero todo cambió en febrero de 1999, cuando el juicio ya llevaba cincuenta audiencias.

Según nuevas pericias, los químicos que encontraron en la habitación 6 estaban cerca del aire acondicionado y podían venir de otras oficinas. Además, señalaron que era muy difícil saber con exactitud de dónde venía la bala, considerando que Marta se estaba moviendo.

Incluso más. Como a Marta la movieron desde donde cayó inicialmente, es imposible saber dónde estaba en el momento de los hechos.

Con un juicio tan extraño, la familia de Marta decidió no ir el día que se anunció el veredicto: los jueces encontraron a Giovanni Scattone culpable de homicidio agravado y le dieron siete años de cárcel. A Salvatore Ferraro le dieron cuatro años por su complicidad.

Scattone cumplió solo cinco años y cuatro meses, mientras que Ferraro salió tras cumplir cuatro años y dos meses. Pero ¿fueron ellos los responsables del asesinato de Marta Russo? Para la justicia italiana, sí, y el caso se considera cerrado. ¿Habrá sido este un asesinato basado en la arrogancia de un par de intelectuales? ¿Quisieron hacer un crimen perfecto?

EL ESTUDIANTE DE CONCEPCIÓN

Uno de los grandes misterios policiales en Chile es el asesinato de Jorge Matute Johns, el joven estudiante veintitrés años que fue visto por última vez con vida en la discoteca La Cucaracha.

El viernes 19 de noviembre de 1999, Jorge Matute Johns salió muy temprano de su casa. Lo pasó a buscar un compañero de Ingeniería Forestal en la Universidad de Concepción, para ir a trabajar en la Feria Forestal Expocorma, donde estaba garzoneando, porque en tres semanas egresarían y tenían planificado un viaje a Bariloche.

Pero antes de irse, despertó a su hermano Alex, quien tenía un examen de Derecho Penal Económico y quería estudiar desde temprano. Le había pedido que lo despertara, en caso de que la alarma fallara. Lo último que le dijo fue: «Son las siete, me voy. Levántate».

Estuvo todo el día en la feria y llegó tarde a su casa, en la zona de San Pedro de La Paz, donde tomó once con su polola Cinthia. Esa noche sería tranquila: su hermano Alex le avisó que iba a salir, y tenían como acuerdo que nunca dejarían a su mamá, María Teresa Johns, sola en casa. Sus padres llevaban un tiempo separados, y los hermanos sentían el deber de cuidar a la mujer que los había criado.

Entrada la noche, lo llamó Gerardo Roa, un excompañero de colegio, para que lo acompañara a una fiesta. Lo que pasaba era que a Gerardo le gustaba una chica, pero ella solo saldría con él si también iba su hermana. Faltaba uno, y pensó en su amigo Jorge para no quedar cojo.

En un principio, se rehusó. Alegó que estaba cansado y que se tenía que quedar con su mamá. Pero Gerardo insistió que no le podía fallar. Y como una amiga de su madre se iba a quedar esa noche con ella, accedió a acompañarlo.

Fue a dejar a Cinthia al paradero, sin contarle sobre sus planes nocturnos, y volvió a su casa para cambiarse. Se puso unos bototos Caterpillar, una polera blanca, unos jeans Mossimo y una camisa celeste Americanino. Gerardo lo pasó a buscar a las once y media de la noche, en el Daewoo Tico de su mamá. Jorge se fue a despedir de María Teresa con un «voy y vuelvo». Ella le pasó mil quinientos pesos, le pidió que se cuidara y que no llegara tan tarde.

Cruzaron el puente hacia Concepción y, luego de que Gerardo hiciera un giro en un cajero automático por seis mil pesos, pasaron a una botillería donde compraron una botella de pisco, una de Coca-Cola, una bolsa de hielo y unas papas fritas.

Siguieron su camino hacia el departamento donde vivían las hermanas María José y María Paz Maldonado y ahí estuvieron un rato antes de partir en dirección a La Cucaracha.

La Cucaracha era una discoteca popular entre los jóvenes de Concepción y sus alrededores, ubicada camino al aeropuerto Carriel Sur. Su dueño era el empresario Bruno Betanzo.

En el estacionamiento se tomaron algo que les quedaba de una promo de Coca-Cola y pisco, y pasada la una de la madrugada pagaron sus entradas. Como a las 2.15 a. m. salieron a tomar lo que les quedaba en el auto y volvieron a entrar cuando quedaban minutos para las tres de la mañana. En eso, María Paz –la hermana de la pretendiente de Gerardo Roa– se encontró con un amigo. Más tarde, ella diría que después de eso se fue con él y que nunca más vio a Matute.

María José y Gerardo siguieron bailando, hasta que ella quiso ir al baño. En el camino, se topó con un hombre más bajo que ella, quien le habría dicho algo en la línea de «al tipo que anda con ustedes le van a sacar la cresta porque está pintando el mono». Ella temió que se refiriera a Jorge, por lo que fue y le preguntó qué pasaba. «No pasa nada», respondió el estudiante de Ingeniería Forestal, con una sonrisa.

Después de esto, las versiones cambian. Algunos dicen que vieron a Jorge Matute entrar y salir de la disco varias veces. Otros, que estuvo sentado en la barra toda la noche. Algunos aseguran que lo vieron bailar con una mujer rubia, de unos cuarenta años. Gerardo se fue a eso de las 4.15 a. m. solo. Horas más tarde y tras dormir la borrachera, llamó a la casa de Jorge Matute para preguntar por él. Fue ahí que su familia se dio cuenta de que nunca había llegado.

Los Matute Johns estaban conmocionados, buscando respuestas entre los amigos y conocidos del joven estudiante. La policía civil centró sus primeras indagaciones en La Cucaracha, el último lugar donde alguien vio con vida a Jorge Matute Johns. Es en ese contexto que se presenta a declarar Bruno Betanzo. Él solía delegar la responsabilidad del local, pero esa madrugada estuvo presente para suplir la ausencia de un barman.

A esa altura, la desaparición del estudiante era sabida por toda la comunidad. Tanto así, que el arzobispo de Concepción Antonio Moreno hizo un llamado para que quienes supieran algo, lo que fuese, entregaran información a las autoridades. Y el cura Carlos Puentes se comprometió a recibir información, garantizando incluso la reserva de la identidad mediante el secreto de confesión.

Para la familia, las autoridades estaban llevando la investigación de forma muy pasiva, por lo que el 1 de diciembre interpusieron una querella criminal por presunta desgracia contra quienes aparecieran como responsables de la desaparición de su hijo.

Los Matute Johns llegaron a las instancias más altas para saber qué pasó con Jorge. No solo realizaron marchas exigiendo justicia y respuestas, sino que lograron concretar entrevistas con

autoridades que les prestaron apoyo. El diputado Nelson Ávila pidió información sobre el caso, incluso ofreciendo guardar las fuentes.

Jorge, María Teresa y Alex se juntaron con el intendente Martín Zilic, para pedir que se agotaran todas las instancias posibles. Días después, se reunieron con el ministro secretario general del Gobierno José Miguel Insulza y con el director de Investigaciones Nelson Mery para pedir la ayuda del Gobierno.

Dejaron los pies en la calle, tocaron todas las puertas posibles: alguien tenía que saber.

Con el nuevo año, se hacía más latente el miedo de que el caso se enfriara para siempre. Pero en los primeros días de enero llegaron novedades.

Por esa fecha, además, empiezan las pistas falsas y los laberintos sin salida. Un medio digital aseguró tener fuentes de que Matute Johns había muerto tras una golpiza, lo habrían escondido en el sótano de La Cucaracha y luego lo habrían cremado.

Días después aparecieron osamentas en la laguna Lo Galindo, al norte de Concepción. Un medio filtró que el Servicio Médico Legal había confirmado que eran restos del estudiante, pero esta información fue rápidamente descartada: no era Jorge.

En diciembre, la jueza Sepúlveda se dedicó a investigar una nueva hipótesis: un amigo de Jorge habría asegurado que Matute había sido secuestrado y llevado a un lugar a unos cien kilómetros de Concepción, donde habría visto vivo, aunque herido, al estudiante. Esta idea fue descartada oficialmente el 8 de febrero.

También llega una nueva hipótesis, una de las más fuertes hasta entonces. Jorge Matute Johns estaría vivo y secuestrado por un grupo de personas influyentes. Esta información vino de llamadas anónimas que recibe Matute padre y del encuentro que tuvo Alex con un exfuncionario del gobierno, quien le habría entregado antecedentes sobre el caso.

Más tarde se sabría que este informante era el exdetective Jesús Silva, quien apuntó sus dardos hacia un joven ligado a la ultraderecha, miembro de una conocida familia de Concepción. Sus dichos comenzaron a perder credibilidad cuando en abril lo arrestaron, por presuntamente liderar una banda de delincuentes armados.

Había pasado más de un año desde que Jorge Matute Johns desapareció sin dejar rastros. Una vez más, parece que hay avances, que se desvanecen como arena entre los dedos: un día después de Navidad, detienen a Carlos Gajardo y Gisela Miranda por obstrucción de la justicia. Si bien ellos no habrían estado al interior de La Cucaracha la noche de los hechos, sí habrían sido testigos de lo que ocurrió. Al día siguiente, arrestan a José Miguel, hermano menor de Carlos Gajardo, y a Ingrid Trostel, amiga de Gisela Miranda.

Durante esa época se hablaba de que, tras una golpiza, un grupo de personas habría llevado a Jorge al interior de un automóvil negro, para luego desaparecer. Menos de una semana más tarde, los cuatro detenidos fueron puestos en libertad por falta de méritos.

Días después, por los mismos cargos, detienen a Carlos Alarcón, Jaime Rojas, Ignacio del Río, Óscar Áraos, Federico Homper, Cristián Herrera y Jorge Bañados. Los procesaron entre el 4 y 5 de enero, y para el día 12 ya habían sido puestos en libertad. Pero en esta oportunidad, los Matute apelaron el fallo, y la Corte Suprema revocó la decisión de la Corte de Concepción.

El 20 de febrero, los siete jóvenes fueron puestos en libertad condicional y años después serían sobreseídos por Juan Rubilar, quien en el 2006 fue designado como reemplazante de Flora Sepúlveda.

Pero antes, el día 12 de febrero del 2004, ocurrió lo que los cercanos a Jorge Matute Johns esperaban y a la vez temían que ocurriera. El cuerpo del estudiante fue encontrado en la ribera

del río Biobío. Para confirmar que se trataba de él, Jorge y Alex Matute llegaron hasta el Servicio Médico Legal, donde reconocieron la ropa que el joven llevaba la última noche que lo vieron con vida.

Habían pasado más de mil quinientos días.

Lo encontró Domingo Acosta, un trabajador de mantención, en una quebrada al costado de la ruta Concepción-Santa Juana, a la altura de San Pedro de La Paz, a unos treinta kilómetros de La Cucaracha.

Con este descubrimiento se dio inicio a la segunda parte del caso. Los Matute Johns y todo Chile ya tenían la confirmación de que Jorge estaba muerto. Pero nacía una nueva pregunta: ¿cómo murió? Y, además, ¿cómo fue que, después de todo este tiempo, sus restos aparecieron tan cerca del último lugar donde lo vieron con vida?

Algunas respuestas llegaron hace poco, en el 2015, cuando el Servicio Médico Legal entregó el informe completo de la autopsia que le realizaron.

El informe confirmó que Jorge Matute Johns no se suicidó, sino que sufrió una muerte violenta que tuvo participación de terceros. Quedó establecido, además, que el cuerpo fue depositado intencionalmente en el lugar donde se encontró. Y que la causa de muerte fue intoxicación por pentobarbital.

El pentobarbital es un sedante, un medicamento que induce el sueño. Una sobredosis puede provocar la muerte de quien lo consume. Incluso, en algunos países, se usa para llevar a cabo eutanasias. Pero, además, este sedante era utilizado para provocar somnolencia en víctimas y así abusar de ellas.

En abril del 2017, murió una de las personas que más horas pasó siendo interrogado por este caso: Bruno Betanzo. Murió en un accidente en Egipto, donde estaba de vacaciones. Pese a haber sido descartado, para muchas personas que estaban atentas al caso, era él el principal sospechoso.

Una de esas personas es el mayor en retiro de Carabineros Andrés Ovalle, quien por tres años participó de la investigación. Según su hipótesis, Matute Johns fue víctima de una golpiza propinada por Betanzo y otros empleados de La Cucaracha. Esta teoría fue tajantemente descartada por la jueza, quien además desmintió que Ovalle hubiera sido parte importante de la investigación.

En el 2018 la ministra en visita, Carola Rivas, que tomó el caso en el 2014, abrió el cuaderno secreto de la investigación, con lo que la familia y el público pudo conocer sus conclusiones.

La verdad judicial se estableció a partir de la tesis Hojas de Parra, y se estableció que cuando Matute Johns desapareció, ciertos individuos buscaban sexo casual y anónimo y se aprovechaban de jóvenes, a quienes privaban del uso de sus sentidos mediante pentobarbital. Pero las respuestas llegaron hasta ahí. Porque del total de los doce sospechosos reales, siete de ellos están muertos y los cinco que quedan vivos fueron descartados.

Cuando Rivas tomó el caso, había una lista de diecinueve sospechosos con los que se inició su investigación. A partir de relatos y testimonios, redujeron la lista a doce que reunían el perfil que buscaban: personas que salían de cacería a centros nocturnos alejados de la ciudad, para drogar jóvenes y abusar sexualmente de ellos. Según la jueza, «entre los sospechosos el principal denominador común es que son conocidos en el ambiente homosexual de la zona». También aseguró que creía que el culpable estaba entre los siete fallecidos, quienes murieron por suicidio, enfermedades y accidentes.

¿Qué pasó en 1999 para que las respuestas no llegaran antes? Según Carola Rivas, una cantidad insuperable de errores. Según dijo, «Carabineros con la PDI se enfrentaron para ver quién

llegaba primero. Destruyeron sitios del suceso, destruyeron evidencia, porque, cuando toman a los testigos, los presionan y oprimen hasta destruirlos. Generaron líneas de investigación total y absolutamente irracionales. Había cero coordinación».

¿Quién mató a Jorge Matute Johns? Puede que nunca lo sepamos, al menos no con certeza judicial. ¿Se cometió un crimen perfecto en La Cucaracha?

EL ASESINO DEL ZODIACO

Uno de los misterios sin resolver que han dado vuelta al mundo es el del Asesino del Zodiaco, que terminó de hacerse mundialmente famoso con la película protagonizada por Jake Gyllenhaal, sobre un grupo de investigadores que buscan resolver el crimen. Hasta el día de hoy se barajan distintas hipótesis sobre quién se escondía tras el pseudónimo para matar, pero no existen respuestas realmente concluyentes. De hecho, aún hay quienes se preguntan si es que el misterioso hombre sigue vivo o si quizás ya murió.

Por si no la conoces, esta es la historia.

El 20 de diciembre de 1968, los estudiantes de secundaria David Arthur Faraday y Betty Lou Jensen estaban disfrutando de su primera cita. Se juntaron con unos amigos a comer en un restaurante frecuentado por adolescentes de su edad y más tarde fueron en auto hasta una especie de mirador, donde no era raro encontrarse con jóvenes parejas.

No se sabe qué pasó desde que se estacionaron, a eso de las diez de la noche, y una hora más tarde, cuando una mujer que vivía en las inmediaciones encontró sus cuerpos. Según la evidencia forense, justo antes de las once de la noche un auto se estacionó al lado de los chicos, y se estima que el conductor se bajó y forzó a los estudiantes a hacer lo mismo. Primero le disparó a David mientras este descendía del auto y luego en cinco ocasiones a Betty Lou, quien intentó correr por su vida.

El 4 de julio del año siguiente, fecha en la que los estadounidenses celebran la independencia con asados y fuegos artificiales, Darlene Ferrin y Michael Mageau se estacionaron en un parque llamado Blue Rock Springs. Era casi medianoche. Un auto se les acercó y se estacionó al lado, pero luego desapareció durante diez minutos para volver a estacionarse, esta vez atrás del auto donde estaba la pareja.

El conductor se bajó, se acercó al auto por el asiento del copiloto y los encandiló dirigiéndoles la luz de su linterna a los ojos. Disparó cinco veces y se marchó. Pero antes de subirse al auto, volvió a revisar los cuerpos y disparó dos veces más. Ferrin murió en el hospital, y Michael sobrevivió, pese a haber recibido disparos en el rostro.

Al día siguiente, un desconocido llamó por teléfono a la policía local para asumir el crimen y también por el asesinato de los adolescentes el año anterior. Según el único sobreviviente, el autor de los asesinatos era un hombre de entre veintiséis y treinta años, de 1,73 metros de altura, blanco y con el cabello corto y ondulado.

En total, se confirmarían cinco asesinatos de los treinta y siete que el desconocido asumió, además de dos personas heridas.

Y se trata de un criminal que llama la atención no solo porque nunca fue capturado, sino que, además, porque toreó con la policía y los medios de comunicación tanto como quiso, revelando una personalidad altamente narcisista: estaba seguro de que se iba a salir con la suya.

Al Asesino del Zodiaco le gustaba enviar mensajes y acertijos. En su primera carta, por ejemplo, escribió: «Me gusta matar personas porque es muy divertido y porque es más divertido que matar animales en el bosque, porque el hombre es el animal más peligroso de todos. Matar me da la experiencia más excitante y es mejor que satisfacerse con una chica. La mejor parte es que cuando muera voy a renacer en el paraíso y todas las personas que he matado serán mis esclavos y no les daré mi nombre porque intentarán detenerme».

Estas cartas iban acompañadas de una serie de faltas de ortografía y palabras sin sentido, como «ebeorietemethoiti», porque todo era en realidad un acertijo que la policía debía resolver.

Los crímenes confirmados del Zodiaco sucedieron entre 1968 y 1969, pero el pánico duró por muchos años más en la zona de la bahía de San Francisco, en California. Porque entre las cartas, que llegaron hasta 1974, se extendieron amenazas hacia niños, a colegios, a buses escolares. Además, con los mensajes mandaba regalos, como ropa ensangrentada, para demostrar la veracidad de sus declaraciones.

El último asesinato del que se tiene certeza que fue cometido por este anónimo fue el de un taxista llamado Paul Stine. Lo mató a tiros y, para adjudicárselo, mandó junto a la carta un pedazo de la camisa de su víctima, manchada con sangre.

En total la policía investigó a más de 2.500 personas en relación con los asesinatos del Zodiaco. Entre ellos, los que más llamaron la atención fueron cuatro, y quienes los acusaron fueron sus hijos. Por ejemplo, un hombre llamado Dennis Kaufman dijo que era el hijastro del Zodiaco porque su padrastro tenía una letra similar. Estaba tan convencido que incluso iba a programas de televisión a dar su testimonio.

Como él, Deborah Perez dijo que, cuando era solo una niña de siete años, su padre le pidió que escribiera con su letra uno de los mensajes donde el Zodiaco se adjudicaba los asesinatos. Pero esto fue rápidamente descartado, así como el testimonio de Steve Hodel, quien acusaba a su padre, un excolumnista del medio al que el asesino enviaba sus cartas, de ser el criminal fugitivo. Por último, un hombre llamado Gary Stewart dijo que no, que en realidad era su padre el Zodiaco… solo que había muerto en 1984.

Ninguno de estos testimonios se comprobó como real y, aunque sigue habiendo sospechas, hasta el momento este es un caso no resuelto. Pero todo puede cambiar y podría ser resuelto en un futuro. No olvidemos que a Joseph DeAngelo lo capturaron gracias a nuevas tecnologías, casi medio siglo después de haber cometido su primer crimen violento.

8.

MARATONES QUE NO SE CORREN

Si este libro te interesó lo suficiente como para llegar acá, seguro vas a agradecer este capítulo. La mayoría de las personas con las que hablo, y que les gusta consumir contenido sobre crímenes reales, empezó por algún documental y probablemente por alguno de los que te voy a dejar a continuación. Aunque yo entré en los casos policiales célebres por un libro –*Helter Skelter*–, hoy las plataformas de *streaming* nos dan acceso a cientos de producciones de *true crime* para todos los gustos.

Por ejemplo, yo evito ver documentales donde las víctimas son niños, porque los relaciono demasiado con mis hijos. Pero ver docuseries sobre asesinos en serie es mi pasión, así como lo es buscar toda la información que pueda sobre casos sin resolver. Lo tomo casi como revisar el History Channel, aprendo sobre la cultura de ciertos lugares, sobre cómo viven personas que están muy lejos de mi realidad y me entero de situaciones impensadas que ocurrieron en el mismo mundo en el que vivo.

Alternativas para ver hay muchas, demasiadas, y entiendo que puede marear un poco la amplia gama de opciones. Acá te dejo mis documentales favoritos, en ningún orden en particular porque no podría elegir cuál me gusta más. Hay de todo: de un episodio largo, de varios episodios, centrados en las víctimas y centrados en los criminales. Espero que te sirva.

1. DIME QUIÉN SOY

Se llama igual que la novela de Julia Navarro, pero es muy distinto. Este es seguramente uno de los documentales más duros que he podido ver, por todo lo que implica. Dentro de lo que más me gustó de verlo fue que cuando lo encontré no sabía de qué se trataba, así que, si quieres hacer lo mismo, sáltate esta parte.

Si te pasara algo horrible y traumático ¿qué preferirías? ¿Poder olvidarlo para siempre y hacer como si nunca hubiese pasado o saber qué te pasó? Y es que, si pudiéramos borrarnos la memoria y reconstruir nuestro presente en base solo a recuerdos alegres, ¿no lo haríamos?

Dime quién soy fue dirigido por Ed Perkins, quien estuvo nominado al Óscar por *Black Sheep*, y cuenta la historia de los gemelos Marcus y Alex. Aunque se ven iguales en casi todo, Alex tiene una gran diferencia: a los dieciocho años sufrió un accidente en moto que lo dejó en coma. Al despertar lo había olvidado todo, menos a su hermano. Por eso sintió que solo podía confiar en él.

El documental se divide en tres partes: Alex, Marcus y Alex y Marcus; y está basado en el libro *Tell me who I am*, que los gemelos escribieron con la ayuda de Joanna Hodgkin.

Cuando le dan el alta, Alex se va a casa con su hermano: ahí vive su padrastro y su encantadora madre, con quien retoma una linda relación. Pero se sorprende al ver que Marcus no actúa igual y que, de hecho, se aleja y evita estar a solas con ella. Y es que, a través de fotos y anécdotas, Marcus ayuda a Alex a reconstruir su historia olvidada, pero le oculta detalles que se van revelando a lo largo del documental y que son realmente horrorosos.

La verdad llegó cuando cumplieron treinta y dos años. La madre ya había muerto y Marcus decide llevar a Alex al ático donde encontraron regalos sin abrir, ropa nueva y una foto en la que se veía a dos niños desnudos, pero no las caras. Eran ellos. Marcus le había escondido a Alex que

su madre había abusado de ellos, y no solo eso, sino que además los había entregado para que personas adineradas lo hicieran.

Toda su vida adulta, Marcus había intentado crear un mundo feliz para su hermano, cargando solo con el peso de la verdad, pero hay secretos que van a salir a la luz de forma inevitable.

Disponible en Netflix.

2. MAKING A MURDERER

La madre de los documentales de *true crime*. Corría diciembre del 2015 y en Chile recién nos acostumbrábamos a usar Netflix como plataforma de series y películas. Y creo que este fue el primer documental con el que nos topamos o al menos el primero en dar realmente de qué hablar. En sitios web de todo el mundo se debatían hipótesis y se levantaban teorías sobre el caso. Pero ¿por qué tanto impacto?

Making a murderer cuenta la historia de Steven Avery, un hombre que estuvo en prisión por casi veinte años y que luego fue exonerado gracias a nuevas evidencias. A su salida, que conmocionó a su pequeña comunidad de Wisconsin, anunció una demanda contra el condado de Manitowoc y a personas puntuales que estuvieron involucradas en su arresto.

Sin embargo, al poco tiempo, Avery vuelve a estar en las primeras planas locales, esta vez acusado por el asesinato de una fotógrafa llamada Teresa Halbach, quien fue vista por última vez con vida en la propiedad de él, haciéndole fotos a un auto. Pero, según la investigación, Avery no actuó solo, sino que con la ayuda de su sobrino Brendan Dassey. Ambos son juzgados y condenados, y pareciera que la historia va a quedar así, pero es ahí cuando empieza.

Porque las estudiantes Laura Ricciardi y Moira Demos, que estaban haciendo un posgrado en la Universidad de Columbia, se topan con el caso y deciden que da para realizar una investigación: algo huele raro. Arman un *dossier* y le llevan la información a las cadenas HBO y PBS, pero ninguna muestra interés por avanzar. Es ahí donde aparece Netflix y el resto es historia… bueno, historia documentada en esta producción.

Hay dos temporadas de *Making a murderer*, pero quiero recomendar solo la primera, porque es ahí donde se expone el caso, y, si bien se nota la tendencia de las creadoras del documental, resulta bien armado y se siente informativo. En el caso de la segunda temporada, en tanto, todo se lee mucho más conspirativo, y siempre es bueno alejarse de los documentales que te dan la impresión de estar inventando realidades.

3. NO TE METAS CON LOS GATOS

A veces me pasa que caigo en obsesiones. Y eso fue lo que ocurrió con este documental, que es realmente magistral y toma las redes sociales de una forma que al menos yo no había visto antes. No es un misterio que Facebook logró armar comunidades inmensas de personas afines, que si bien viven en distintas partes del mundo sí tienen intereses similares.

Personas de distintas edades y sexos se reúnen en un grupo de Facebook para atrapar, o al menos ayudar a que las autoridades atrapen, a un anónimo, un perfil falso, que publica sádicos videos en los que mata a gatitos, asfixiándolos en bolsas selladas al vacío, ahogándolos en la tina o dándoselos de comer a una pitón.

Pero todo se pone más complejo y grave cuando esta persona comparte un nuevo video, en el que no aparecen gatos. Lo muestra apuñalando a un hombre y luego descuartizándolo.

Este grupo de personas se une en una cacería que al principio parece que no va a llegar a puerto, pero que termina desenmarañando una trama que cada vez se hace más compleja. Y es que esta persona que buscan al parecer es más peligrosa de lo que creen, y su narcisismo y ganas de provocar pueden convertirlo en una amenaza para cualquiera.

Hay varios puntos interesantes en este documental de tres partes, pero hay uno que al final se vuelve perturbador. ¿Estos justicieros de las redes captaron a un psicópata que cada vez se volvía más peligroso? ¿O es que fueron ellos quienes, sin quererlo, lo motivaron a cometer crímenes cada vez más desafiantes?

Lo puedes ver en Netflix.

4. EL ESTAFADOR DE TINDER

Esto es como el mítico programa de MTV, *Catfish*, pero aumentado a mil. La historia está contada como un capítulo de *Carmen San Diego*, con un protagonista que casi no aparece y que se escabulle cuando piensas que estás por cazarlo. Está contado principalmente por dos mujeres, Cecilie Fjellhoy y Pernilla Sjöholm. La primera sueña con encontrar un príncipe azul; un caballero que le lleve flores y la saque de la soledad. Y creyó haberlo encontrado en Simon, un misterioso hombre que juega al papel de seductor millonario, pero que realmente está llevando a cabo una especie de esquema Ponzi con sus víctimas, a quienes seduce como parejas o como amigas, en el caso de Pernilla.

La historia que contaba Simon era la siguiente: era hijo del magnate de la industria de los diamantes Lev Levlev y estaba constantemente en peligro debido a los negocios peligrosos de su padre. Simon enamoraba con regalos y viajes, hasta conseguir la conquista. Esto es lo que se conoce como *love bombing* o bombardeo de amor: la persona es exageradamente generosa y amable, pareciera que ama con locura al poco tiempo de conocerse y termina enamorando a su víctima, a tal punto de que esté dispuesta a hacer cosas por él sin pensárselo dos veces.

El tema es que todo este dinero lo obtenía de mujeres seducidas previamente, a las que les decía que habían cerrado su cuenta por seguridad y necesitaba altas sumas de dinero en préstamo. Ellas transferían y Simon usaba el dinero para agasajar a nuevas víctimas y al mismo tiempo aumentar sus ingresos.

Es uno de los documentales de crímenes reales más populares que ha lanzado Netflix recientemente. Pero sin duda dejó un sabor agraz, cuando los comentarios en redes sociales no giraban en torno a los hábitos criminales de Simon, sino que a lo ingenuas que fueron las mujeres que cayeron en sus trampas. Pero ¿quién se podría imaginar que el hombre que está conociendo es realmente un estafador de alto calibre?

5. HEAVEN’S GATE: CULTO DE CULTOS

Uno de los documentales mejor armados del género, con un análisis detallado y sin intención de polemizar o crear más mitología en torno a un grupo que dio vida a la conversación sobre los cultos centrados en alienígenas. Cuenta la historia de un grupo de hombres y mujeres, adultos y

educados, que dejaron todo para seguir a un profesor de música y una enfermera que les aseguraban que los *aliens* estaban entre nosotros y que si los seguían ascenderían a una nueva dimensión, transportados por naves espaciales.

El documental aborda distintos puntos de vista: familiares que le siguieron el rastro al culto por todo Estados Unidos, personas que estuvieron en el grupo hasta el final y algunos que abandonaron al último momento y que hasta el día de hoy creen que algún día podrán acceder a esa nueva dimensión junto con sus compañeros.

Esta producción cuenta con mucho material, especialmente porque hasta el día de hoy un integrante del grupo mantiene un sitio web con videos de despedida, textos extensísimos que explican su ideología y mucho más. Además, a nivel mediático hubo mucha cobertura a la que la producción de HBO Max tiene acceso, porque el «fin» de este culto fue muy especial y lleno de simbolismos, desde las zapatillas Nike hasta los uniformes negros, la insignia y las mantas moradas.

6.THE JINX

¿Quién dijo que los documentales no pueden resolver crímenes? La historia detrás de *The Jinx* es una que motivó películas, series y libros, pero que logró su momento más alto con el estreno del documental y todo lo que sucedió en los días posteriores. Todo nació con la película *Crimen en familia* (2010), protagonizada por Kirsten Dunst y Ryan Gosling. La cinta gira en torno a una pareja, ella es estudiante y él un heredero con una mala relación con su padre y hermanos, y viven en una casona alejada en el estado de Nueva York.

Todo parece idílico pero las peleas, violencia psicológica e incluso física empiezan a aparecer, nublando la vida feliz de la pareja. Y termina con la desaparición de ella y con todo apuntando a que él tuvo algo que ver.

Aunque es ficción, la película se basa en un caso de la vida real, en que el protagonista es el millonario excéntrico Robert Durst, quien efectivamente se casó con una joven llamada Kathleen, la cual desapareció de forma misteriosa. Para sorpresa del director de la cinta, Andrew Jarecki, cuando Durst lo llamó para hablar sobre la película no fue para alegar, sino que para conversar al respecto y conocerse. Durst, de personalidad evidentemente narcisista, se sintió honrado cuando vio que había una película basada en su vida.

Pero la desaparición de Kathleen no es el único crimen en el que Durst estaría involucrado. De hecho, sería el único crimen por el que finalmente no recibiría condena. ¿Y dónde entra el documental? Durst accede a que Jarecki lo entreviste en conversaciones grabadas, las cuales se extienden por un largo periodo de tiempo y que terminan en la más inesperada de las confesiones.

7. I’LL BE GONE IN THE DARK

Michelle McNamara fue una escritora que se obsesionó con el caso del asesino del Golden State, también conocido como el Asesino del Área Este. En el 2006, con el auge de los blogs, lanzó True Crime Diary, un sitio web donde escribía sobre casos de la vida real. Seis años después se sintió interesada por el caso de un criminal no identificado que había realizado una serie de

asesinatos y violaciones en la zona de San Francisco, sobre el que escribió artículos para la revista *Los Angeles*, que llamaron la atención de las autoridades y renovaron el interés por el caso.

A partir de esas publicaciones, firmó un acuerdo para escribir un libro, llamado *I'll be gone in the dark: One woman's obsessive search for the Golden State Killer*, el cual fue terminado póstumamente, pues McNamara murió repentinamente antes de llegar al fin. El documental narra esta historia y de forma paralela la investigación para cazar al depredador que por décadas se mantuvo impune. Pero que, en parte gracias a la tenacidad e insistencia de la autora, fue identificado y capturado en el 2018.

8. I LOVE YOU, NOW DIE

Todas las historias tienen al menos dos versiones, y este documental trabaja ese concepto de forma magistral. En el 2014, un joven de dieciocho años llamado Conrad Roy fue encontrado muerto al interior de su auto. Una investigación concluyó que momentos antes de su muerte había intercambiado mensajes de texto con su polola de diecisiete años, Michelle Carter, quien aparentemente lo inducía a suicidarse.

El caso se vio rodeado de sensacionalismo y de un debate sobre la influencia de las redes sociales y si es que realmente Michelle era responsable del suicidio. ¿Había sido un asesinato? ¿O acaso se trataba de una situación mucho más compleja, que escapaba de la influencia de la adolescente?

Este documental tiene dos partes. La primera da a entender que sí. Que Michelle era una joven narcisista que manipuló a un chico altamente susceptible y con varios problemas de salud mental a cuestas, solo para victimizarse y generar simpatía en los demás.

Pero la segunda parte enseña un lado diferente de los hechos, uno que muestra a dos jóvenes que se hicieron daño mutuamente y a familias que tienen más responsabilidad de la que quisieran asumir. Sí, parte de la mezcla incluyó las inseguridades de Michelle y sus deseos por hacer amigos y sentirse querida, pero lo principal habría sido la salud mental de Roy, quien ya había intentado suicidarse incluso antes de conocerla. ¿Acaso juntarlos era como mezclar todos los ingredientes de una bomba y esperar que detonara? Aunque el documental no te da una tesis certera, sí entrega todas las pistas e información para que el espectador pueda hacerse su propia idea.

9. WILD WILD COUNTRY

Seguramente uno de los documentales más polémicos que voy a recomendar. Al menos así lo viví cuando se publicó, porque entre mis conocidos hay varios seguidores de Osho. Personalmente, aunque las filosofías y la forma de vivir de las que hablaba este gurú no me parecen del todo terribles, siempre me ha complicado el hecho de que haya una figura a la que se venera y que se viva bajo sus enseñanzas al margen de la sociedad.

Este documental, de una forma u otra, viene a confirmar esa idea. Y es que, aunque es cierto que la mayoría de las personas que saben de Osho lo hacen mediante la lectura de sus libros, no se puede negar que fue un líder carismático que llegó a llenar estadios con treinta mil personas,

que incluía prácticas sexuales dentro de su filosofía y que termina comprando, gracias a donaciones y recaudaciones, ochenta mil hectáreas en Oregón para que sus seguidores de todo el mundo puedan vivir bajo su mirada.

Si bien el documental logra mostrar los beneficios de la meditación y de vivir de forma más sencilla, se enfoca en las contradicciones del maestro, que se paseaba con un set de chaperones en uno de sus varios Rolls-Royce de último modelo. Y, por supuesto, en la verdadera guerra que armó contra los habitantes de las ciudades que limitaban con su propiedad.

10. THE VOW

NXIVM es una de las agrupaciones coercitivas más populares de los últimos años. Tiene todo lo que esperarías de una secta: un líder mesiánico que dice tener todas las respuestas y que se pone a la altura del dalái lama, una agrupación secreta detrás de la organización que se muestra para el público, seguidores con poder económico y una ideología que relativiza cualquier tipo de abuso.

Cuando a esto le sumas nombres como el de la actriz Allison Mack, o de la heredera India Oxenberg, la cosa se pone aún más interesante. El auge y caída de NXIVM, liderada por Keith Reinere, ayuda a demostrar que para caer en estos grupos no hay que ser poco inteligente o tener pocos estudios o redes de apoyo. Personas perfectamente educadas y con familias superpresentes –a veces incluso gracias a esas mismas familias– cayeron en las garras de un depredador, de un lobo con piel de oveja que se ganó la confianza de todos, incluso de padres que pagaban altas sumas de dinero para que sus hijas pudieran ser parte.

También es interesante ver, a través de este documental de dos partes, cómo son las redes femeninas las que protegen al líder y también las que buscan a nuevas víctimas para él. Se termina formando algo así como un negocio multinivel, donde está el líder en la posición más alta y luego mujeres reclutadoras de otras, quienes a su vez también empiezan a reclutar.

11. MADOFF: EL MONSTRUO DE WALL STREET

Este documental de paso rápido y de excelente producción de entrevistas debiera ser obligatorio para muchas personas: para periodistas, para trabajadores de mesas de dinero, para abogados y para personas con ganas de invertir. Y es un documental que deja una triste moraleja: no puedes confiar en nadie. Al menos no con tus ahorros.

Bernie Madoff fue un asesor de inversiones y llegó a ser uno de los más importantes de Estados Unidos. Pero también era la cabeza de un esquema Ponzi sin precedentes, que dejaría a decenas de personas –incluso a jubilados y veteranos de guerra– sin ningún peso de sus ahorros.

Lo más impresionante que muestra muy bien este documental es cómo las autoridades dejaron pasar situaciones sospechosísimas por tratarse de una persona medianamente conocida y cómo cayeron en su red de trampas y mentiras, dejándolo robar más de sesenta y ocho mil millones de dólares.

Es un documental un poco más denso que necesita concentración para entender bien, especialmente si no son cercanos a los negocios o a las inversiones. Pero sin duda es uno de los grandes estrenos recientes y una investigación que merece ser vista con atención.

12. SÉ DÓCIL: ORACIÓN Y OBEDIENCIA

Los mormones fundamentalistas, o la Iglesia fundamentalista de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días, siempre me han llamado la atención. Por un lado, tienen excelentes docurrealities, como *Cinco esposas y un marido*, pero también porque dejan entrever una cierta oscuridad entre sus risas y pelos largos.

Este documental narra los horribles crímenes cometidos por Warren Jeffs, presidente de esta Iglesia, que en el 2011 es declarado culpable de delitos de abuso sexual y condenado a cadena perpetua y veinte años encima de eso. El documental muestra cómo Jeffs organizó toda una maquinaria para casarse y abusar sexualmente de niñas preadolescentes, llegando incluso a separar familias completas. Porque entendió que cuando crías en comunidad y los hijos son de todos en realidad no son de nadie, y cuando no son de nadie, ¿quién los cuida realmente?

El último capítulo termina con una grabación real, que sirvió de prueba para demostrar la culpabilidad de Jeffs en la violación de una niña de doce años, con la que se había casado, y que terminó por condenarlo tras las rejas. Pero también muestra cómo para muchos de sus seguidores su influencia no termina junto con su libertad.

13. EL HOMBRE MÁS ODIADO DE INTERNET

Si no conocías a Hunter Moore, lo vas a odiar después de ver este documental. A fines de la década del 2010, Moore creó un sitio web llamado Is Anyone Up?, que básicamente consistía en la publicación de pornografía no autorizada. Por lo general se trataba de pornovenganza, y las víctimas que se veían completamente expuestas no tenían ninguna herramienta o canal para que se bajaran las imágenes. Y es que a Hunter Moore le daba exactamente lo mismo.

De hecho, el sitio comenzó como un blog donde se compartían datos y fotos de fiestas, pero cambió de giro cuando Moore empieza a subir imágenes sin consentimiento de sus propias exparejas, que otras personas le enviaban.

El documental cuenta esa historia y también la de algunas víctimas que decidieron levantar la voz y pelear para que el contenido se bajara y Moore se hiciera responsable del daño provocado. Además, se ve la férrea red de apoyo que rodeaba a Moore, al menos desde el mundo digital: cuando la madre de una de las víctimas empieza a hacer lo posible para ayudar a su hija y a otras mujeres, empieza a recibir amenazas de muerte y ataques de cientos de personajes anónimos, dispuestos a todo por defender a quien consideraban un héroe.

14. OPERACIÓN VARSITY BLUES

Quedar en las universidades Ivy League de Estados Unidos no es fácil. Hay jóvenes que se preparan desde que empiezan el colegio para tener una buena carrera extracurricular, tomar las clases que más llamen la atención de los reclutadores y ojalá conseguir una beca deportiva para amortizar la millonaria colegiatura.

Pero ¿qué pasa cuando se gesta todo un operativo para que hijos de millonarios, sin ningún logro académico, puedan ocupar esos preciados y limitados espacios? En el 2019 se dio a

conocer la operación Varsity Blues, una investigación que reveló que entre el 2011 y el 2018, un hombre llamado William Rick Singer recibió sobre veinticinco millones de dólares de parte de padres que querían asegurar un cupo universitario para sus hijos. Singer, en tanto, inflaba resultados de exámenes y sobornaba a personal de admisión de las universidades para asegurar el cupo.

El documental muestra entrevistas a testigos, a jóvenes que recibieron el beneficio sin saberlo porque sus padres se lo escondieron y al mismo William Rick Singer. Y va más allá, porque mientras por un lado muestra cómo las apariencias siguen siendo lo principal para ciertos grupos sociales, por otro da cuenta del abandono total en el que tienen algunos padres a sus hijos. Les compran todo lo que quieren, pero no los conocen.

15. THE WAY DOWN

Esta es de esas historias que, si no hubiera un documental y demasiada evidencia, nadie creería que es real. *The way down* habla del ascenso y caída –literal, no metafórica–, de Gwen Shamblin, una mujer que empezó como autora de libros para bajar de peso con matices religiosos y que terminó como una millonaria líder religiosa, cuya iglesia estuvo incluso asociada a investigaciones de maltrato infantil con resultado de muerte.

Gwen quería ser famosa. De hecho, le fascinaba la popularidad de las Kardashian y quería protagonizar un *reality* que nunca se concretó con ninguna cadena televisiva, pero que decidió grabar igual para transmitir en su canal de YouTube. Y ojo que la protagonista no era solamente ella, sino que también su segundo esposo, el actor Joe Lara, semifamoso por haber protagonizado la película para la televisión *Tarzán en Manhattan*.

Como suele pasar con estos casos, detrás de una carismática líder que se muestra superabierta y transparente con sus seguidores, existe toda una compleja organización centrada en las recaudaciones y en el poder más allá del dinero. Estamos hablando de familias enteras que fueron despedazadas por no seguir las «recomendaciones» de Shamblin y su alto mando y de vidas destruidas para siempre.

La iglesia que fundó se llama Remnant Fellowship y al parecer va a vivir muchos años más que su propia creadora.

16. LA CHICA DE LA FOTO

Basado en los libros *A beautiful child* y *Finding Sharon*, de Matt Birkbeck, este documental muestra la tristísima historia de una niña, quien fue secuestrada por un delincuente que la cría como un padre abusivo, agrediéndola sexualmente e incluso casándose con ella una vez que llegó a la adultez.

El abandono total en el que vivió esta chica y la crueldad son protagonistas de cada minuto de este documental, que se convirtió en uno de los más vistos de la plataforma y que fue un éxito también en críticas, llegando a un 96 % en el sitio web Rotten Tomatoes. La historia está bien contada y las fuentes y entrevistas que se usan son precisas para armar una foto muy clara sobre lo que sucedió, pero la sensación de desesperanza que queda después de verlo no se va rápido.

17. AUDIENCIA CAUTIVA

De esas historias que no pueden haber pasado, pero pasaron. Este documental se divide en tres partes, las primeras dos sobre Steven Stayner y la tercera sobre su hermano mayor, Cary. La historia de Steven es de no creer: dos hombres lo secuestran cuando tenía solo siete años y uno de ellos toma el rol de su padre –eso sí, un padre que abusa sexualmente de su hijo de forma periódica– durante siete años. En ese tiempo, Steven va al colegio, se hace amigos e incluso tiene una polola, y a nadie le cuenta que su vida no es tan normal como parece. Hasta que un hecho clave lo hace salir de la nebulosa y luchar por su libertad.

La historia de Cary es muy distinta, porque pone a un integrante de la familia Stayner en el banquillo de los acusados. El nombre de este documental se debe al hilo que une ambas historias. Y es que, más allá de ser parte de la misma familia, la cobertura mediática incesable que recibió el caso de Steven terminó por destruir a los Stayner tanto como lo hicieron los crímenes en los que estuvieron involucrados, tanto como víctimas como victimarios.

18. SOPHIE: UN ASESINATO EN WEST CORK

¿Quién mató a Sophie Toscan du Plantier, una elegante ciudadana francesa que pasaba un tiempo en su residencia de Irlanda? Una de las virtudes de este documental es que el caso no es demasiado conocido por estas latitudes, entonces cada información que entrega se recibe como novedosa e incluso impactante. Sophie aparece muerta entre los matorrales en una zona rural y tranquila de Irlanda. El documental sigue cada pista en orden cronológico, para que vayamos descubriendo qué pasó de la misma forma que lo hicieron quienes siguieron el caso en 1996.

Hay situaciones muy inverosímiles –como que la patóloga del lugar no pudo ir a la escena del crimen de forma inmediata, por lo que el cuerpo sin vida de Sophie estuvo en el mismo lugar y forma que como lo encontraron por más de un día– y personajes geniales –como vecinos del pueblo copuchentos–, que hacen que este documental sea muy fácil de ver.

Y termina a la francesa: solucionándolo, pero no del todo. La historia tiene un final, pero es casi como un final de consuelo o una especie de cierre de mentira, para que los involucrados queden contentos.

19. PAPÁ ASESINO

Hay una camada de fanáticos del *true crime* que llegaron al género gracias a este documental de Netflix. Y es que cuando decimos que los asesinos no son monstruos, este es el caso que lo retrata por excelencia. La familia Watts era un clásico clan de los suburbios estadounidenses. Marido y mujer guapos, con dos hijas dulces y un bebé en camino. Todo parecía idílico, tenían una rica casa, un rico auto, viajes y el apoyo de sus familias.

Pero de pronto algo cambia. El título es literalmente un espóiler, por lo que nadie se enoja si contamos que a Chris Watts algo le hace clic de tal forma que termina estrangulando a su esposa y matando a sus hijas.

Este documental espanta porque muestra un caso cercano para la familia tradicional. Si a ellos les puede pasar algo así, ¿por qué a mí no? Además, cuenta con grabaciones del interrogatorio que de verdad parecen sacadas de la ciencia ficción.

20. MADRE MUERTA Y QUERIDA

De esos casos icónicos que nunca está de más revisar. El síndrome de Münchausen es una patología en la que un cuidador simula o produce síntomas de enfermades, o incluso la muerte, a un hijo o a una persona que está bajo su cuidado, ya sea mediante el abuso físico o el emocional. Esto siempre para recibir algún tipo de retribución, como dinero, admiración o empatía.

Hay casos de enfermeras asesinas, cuidadoras de ancianos que se dedican a enfermarlos, etc., pero uno de los casos más bullados es el que llevó al asesinato de Dee Dee Blanchard. Resulta que Dee Dee crío a su hija Gypsy Rose desde su nacimiento como una persona llena de patologías. Desde leucemia hasta problemas en los huesos, se supone que Gypsy nunca sería una persona normal.

Pero todo era una mentira. Es bien impresionante ver cómo decenas de doctores creyeron en Dee Dee y operaron a su hija para sanar males que nunca tuvo o cómo la comunidad se unió para ayudarlas económicamente. Pero, además, es muy triste ver como Gypsy no sabía bien qué era cierto y qué había sido inventado, y presenciar el momento en el que finalmente se produce el quiebre con la realidad que le había inventado su mamá.

21. AMANDA KNOX

Con el paso de los años ha ido cambiando la visión de muchas personas sobre el caso de Amanda Knox, y en este documental finalmente ella cuenta su versión de los hechos. Hechos que la tuvieron como la principal sospechosa del brutal asesinato de una estudiante británica en Italia. Este documental da cuenta de una investigación machista y una cobertura altamente sesgada por parte de los medios de comunicación, que buscaban en Amanda una villana de película, imagen que por muchos años permeó en todas las personas.

Este documental te muestra ambas caras de la moneda. Por un lado, si estás seguro de que Amanda es culpable, puede que nada de lo que te digan te haga cambiar de opinión. Pero, al mismo tiempo, si tienes tus dudas puede que logre convencerte de su inocencia.

Lo que sí queda claro es cómo los medios de comunicación pueden crear realidad y cómo la policía no va a sentir asco al condenar a una persona simplemente porque se apega a su narrativa y necesitan cerrar el caso.

22. ACABO DE MATAR A MI PADRE

Recuerdo que este documental salió casi al mismo tiempo que *La chica de la foto*, y aunque las historias son distintas –distintos protagonistas, otros escenarios y desenlaces muy disímiles– encontré que tenían matices muy similares. Todo empieza con el asesinato de Burt Templet, de

cincuenta y tres años, a manos de su hijo Anthony. Según el joven, su papá estaba bajo los efectos de las drogas y el alcohol y se estaba comportando de manera violenta.

A partir de esta noticia, se van revelando capas de una historia improbable: cuando Anthony tenía solo cinco años, su padre lo secuestró y el chico no volvió a tener contacto con su familia materna, hasta después del asesinato. Durante todo el tiempo que estuvo viviendo con su padre, Anthony habría sufrido de constantes abusos y negligencias, que lo habrían llevado a apretar el gatillo.

Es un buen documental para ver dejando fuera prejuicios e ideas preconcebidas relacionadas con el título. Porque sí, en los primeros minutos nos enteramos que Anthony mató a Burke, pero lo interesante, el foco de la producción, es el porqué.

23. EL CASO ALCÀSSER

Un crimen sin resolver del todo, que conmovió a España a comienzos de los noventa. Tres chicas de entre catorce y quince años salieron a bailar y nunca más se supo de ellas. María Deseada Hernández, Antonia Gómez y Miriam García pidieron permiso a sus padres para ir a la discoteca Coolor, ubicada en una ciudad vecina. No llegaron a destino ni menos a sus casas.

No se supo dónde estaban hasta más de dos meses después, cuando sus cuerpos aparecieron en un sitio rodeado de montañas. Habían sido torturadas y violadas. Pero el documental no se centra ahí, ni en el actuar policial, sino que, similar a lo de Amanda Knox, pone los focos en los medios de comunicación, donde se montó un verdadero circo mediático sin precedentes a la hora de informar sobre este caso.

El género documental de crímenes reales ha demostrado ser tan rentable que mes a mes plataformas como Prime Video, Netflix, HBO max y Star+ estrenan nuevas producciones. Y, cuando no lo hacen, estrenan series o películas de ficción basadas en este tipo de historias. Porque causa curiosidad, pero también porque da mucho miedo ver que quien se esconde tras unos ojos amables puede ser un asesino.

Pero hay que tener ojo, pues es tan amplia la oferta de documentales que a veces nos mareamos y terminamos eligiendo algo que en realidad no nos gusta tanto. Acá te dejo el listado que me hice para elegir las producciones que voy a ver, y la que mejor dejaré pasar.

1. ¿Es un caso del que sé mucho o del que no sé nada? Mientras menos sepa, más interesante es porque más voy a descubrir.
2. ¿Tiene más de tres episodios? Esto para mí es clave, porque no hay nada peor que los documentales que se dedican a estirar el chicle y que en realidad no tienen mucho que decir.
3. ¿Hay buenas entrevistas? Esto es fundamental, especialmente si hablan con sobrevivientes o testigos.
4. Si hay una película de ficción basada en el caso, voy a querer verlo para comparar y ver qué tan cierto es lo que muestran.
5. ¿Hay mucha teoría conspirativa? Si todo el documental está basado en supuestos, creo que es mejor pasar.

De todas formas, para gustos colores.

¿Cuáles son tus favoritos?

9.
EL CLIC

Sería absurdo hablar de crímenes o criminales favoritos. El mismo hecho de que existan es una tragedia. Porque detrás de cada documental, pódcast, libro y video que se ha creado a partir de un caso de la vida real hay víctimas. Personas que tienen padres, hijos, amigos; que luchan por llegar a fin de mes con todas las cuentas pagas, que se juntan con sus primos todos los domingos. Son personas que esperan contigo en el paradero bajo la lluvia y a veces son esos rostros anónimos que duermen en la calle sin mayor protección que un pedazo de cartón.

No, no podemos disfrutar del acto mismo que configura un crimen. Pero es inevitable que una mente mínimamente curiosa quiera escarbar en todo aquello que llevó a que el asesinato/lavado de cerebro/secuestro, se cometiera. Preguntarnos sobre el contexto ha sido parte de distintos avances incluso en cómo hablamos de estos hechos tan terribles: analizando crímenes se descubrió que una persona no «provoca» a su agresor o que los asesinatos no son solo cosa de adultos.

Se entendió también que un psicópata no es un loco ni un monstruo, sino que puede ser una persona que lleva una vida en apariencia normal y que esconde sus intenciones bajo un disfraz perfectamente armado. Hablar sobre crímenes y encontrar similitudes entre distintos casos no solo ayuda a los investigadores a resolverlos, sino que nos da pistas de la sociedad en que vivimos. Al final, el tipo de crímenes que se cometen en nuestro patio son parte de la cultura en la que estamos insertos.

Sin embargo, lo más importante es que la idea de delincuente dejó de ser la de Jack el Destripador: este hombre misterioso de capa y sombrero de copa que descuartizaba a sus víctimas. Dejamos de volcar el sadismo y la lujuria en el misterioso y peligroso Drácula. Nos dimos cuenta de que no hay que temerles a los monstruos que se esconden en las esquinas, sino que a las personas que vemos tanto de día como de noche.

Personas que, por algún motivo, ligado a la biología o a sus experiencias, terminaron cometiendo actos inimaginables, produciéndole dolor a las víctimas y obligándonos a poner pestillo en las noches. Algo les hizo clic y todo se volvió oscuro. Unos tenían antecedentes hereditarios, otros crecieron carentes de amor y apego, pero otros no, otros llevaron vidas perfectamente normales hasta que algo pasó. Hasta que algo hizo clic.

Y, a veces, cuando paso noches de insomnio mirando al techo oscuro, acosada solo por mis ruidosos pensamientos, me pregunto: ¿qué tendría que pasar para que yo hiciera clic? ¿Para que tú hicieras clic?

AGRADECIMIENTOS

No puedo creer que haya escrito un libro. Pero lo hice, gracias a la ayuda de muchas personas: como mis papás, que me consiguieron todos los libros que quise, permitiéndome arrancar a mundos donde aprendí lo que significa ser casi huérfano, encontrar amigos verdaderos en un colegio de magia y perder la cabeza por un amor imposible. O mis abuelos, que en sus estantes infinitos guardaban para mí tesoros literarios que pude descubrir con libertad.

No es normal tener la posibilidad de plasmar lo que siento en páginas impresas. Benjamín Blanco, amor de mi vida, gracias por ser el silencio que necesito cuando solo escucho gritos y la calma que siempre espera después de la tormenta.

Espero que no lean este libro hasta que tengan al menos veinte años, pero cuando lo hagan, hijos adorados, ojalá se sientan orgullosos de su mamá.

Mis hermanos son el marco teórico de mi vida, haberme criado con ustedes me convirtió en la persona que soy. Gracias Kurt, Tommy, Mati y Flo.

Gracias, Nacho, por tu paciencia. Gracias, Vanina, por hacerme sentir mejor de lo que soy.

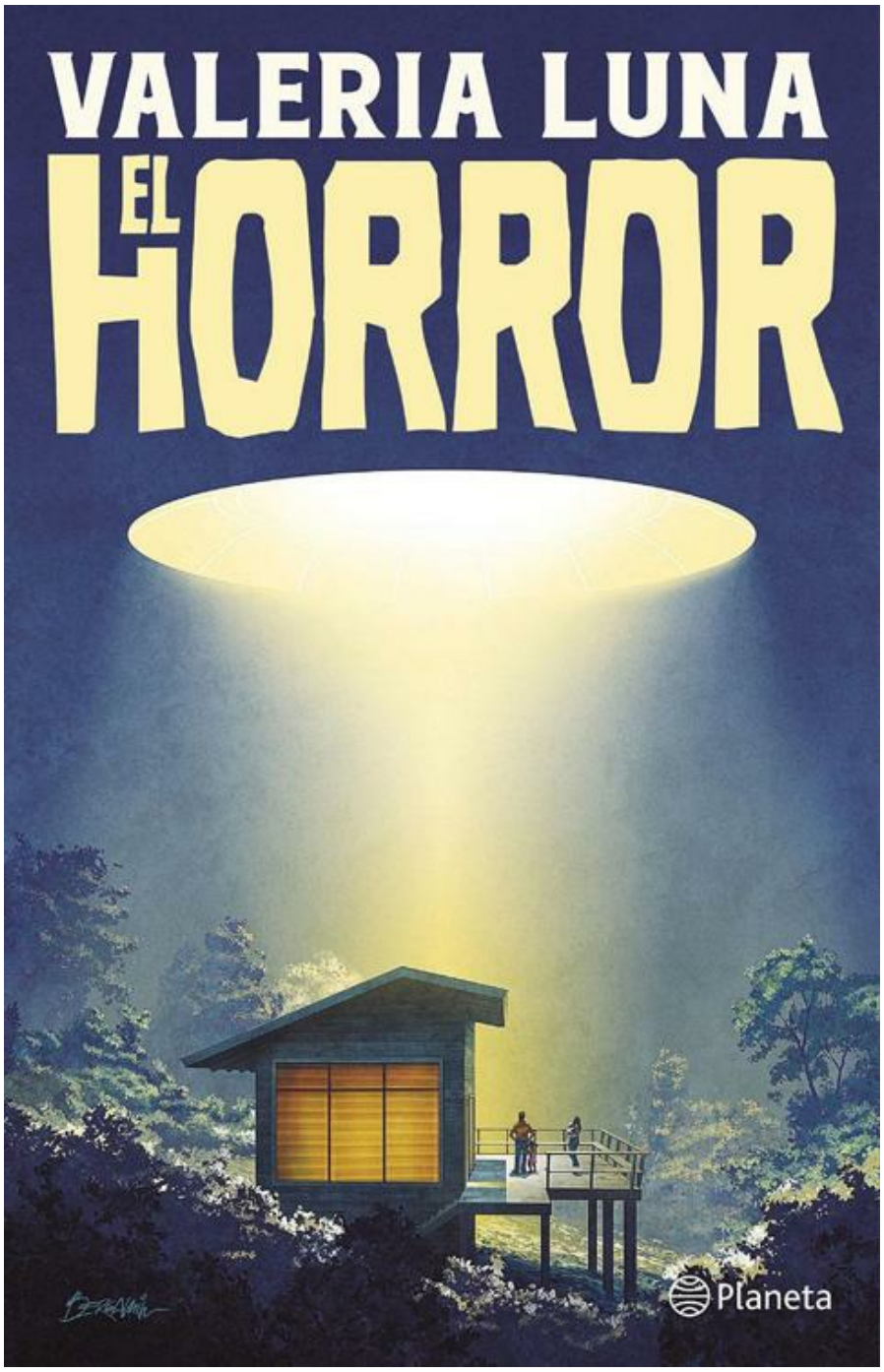
Y gracias infinitas a ustedes, que leyeron este libro y que me ven los domingos en los *lives* de Instagram, que me siguen en TikTok y que siempre me dieron ánimo para publicar. Yo sé que quizás no nos conocemos, pero no sé cómo explicarles lo acompañada que me hacen sentir.

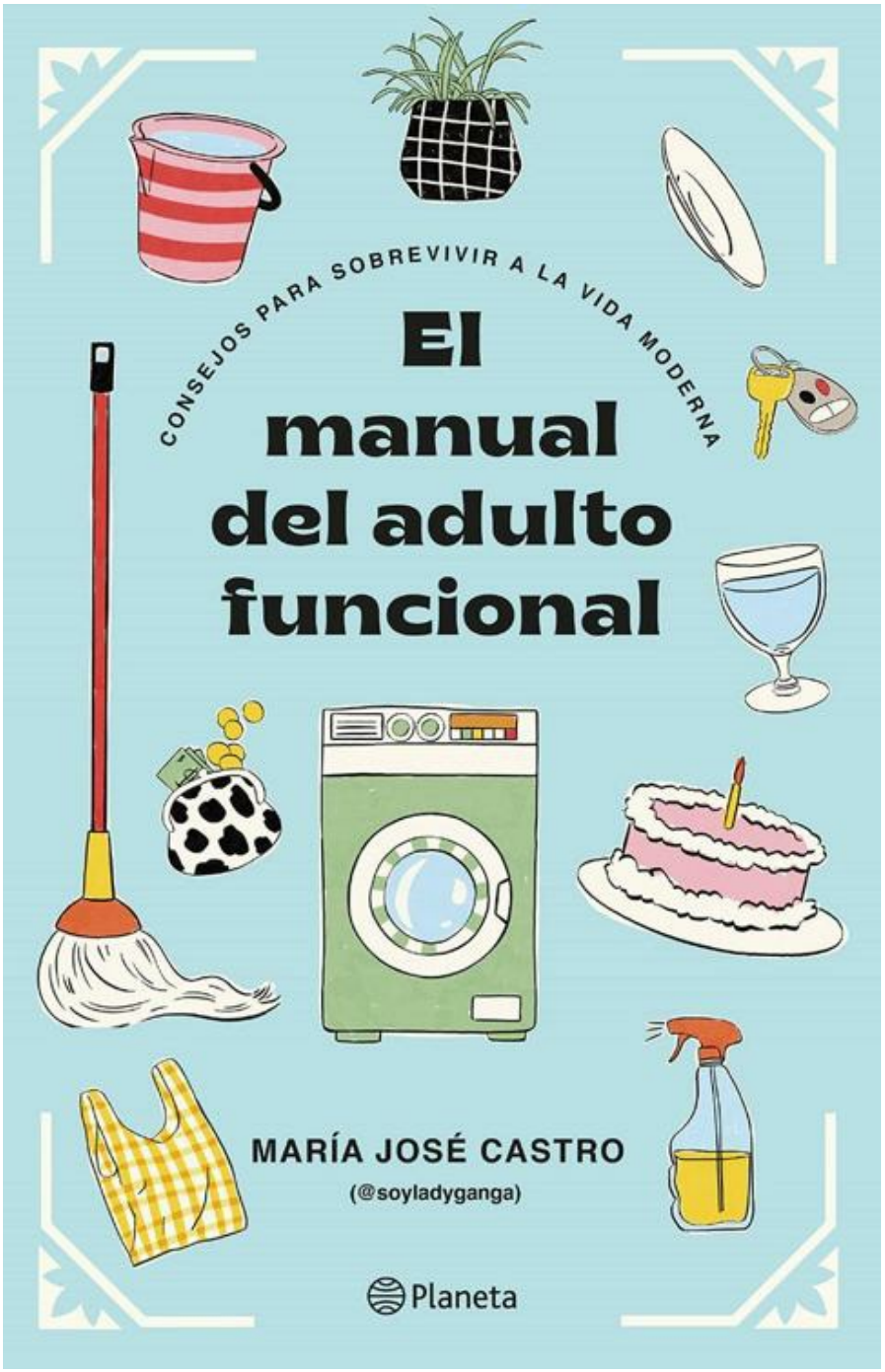
Este libro lo escribí yo, pero a mí me construyeron todos ustedes. Esto es nuestro.

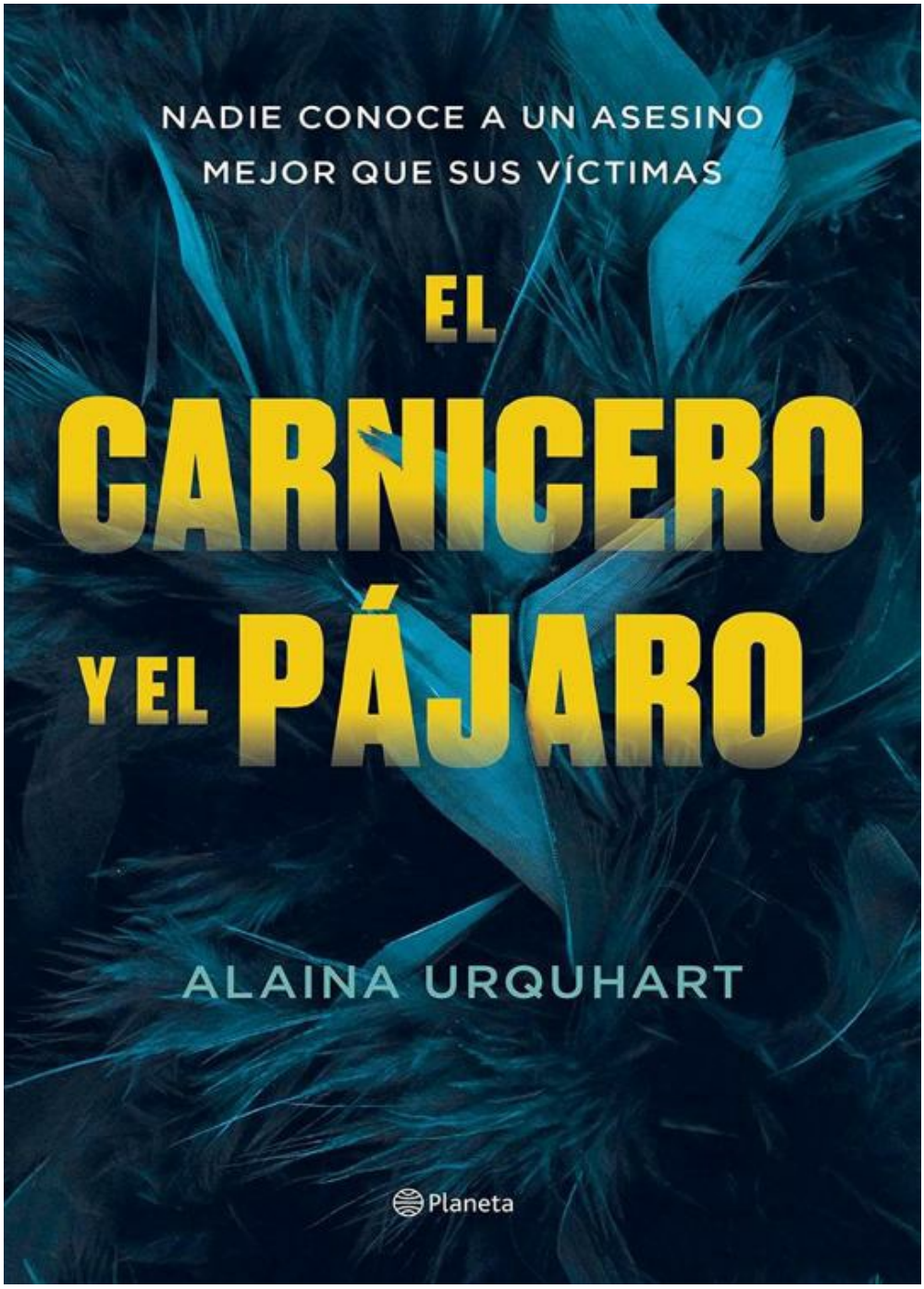
ENCUÉNTRANOS EN...



OTROS TÍTULOS DE LA COLECCIÓN




CONSEJOS PARA SOBREVIVIR A LA VIDA MODERNA
El manual del adulto funcional
MARÍA JOSÉ CASTRO
(@soyladyganga)
Planeta


NADIE CONOCE A UN ASESINO
MEJOR QUE SUS VÍCTIMAS
EL
CARNICERO
Y EL PÁJARO
ALAINA URQUHART
Planeta